La Promesa De Todas Las Edades

Por:

George Townshend

Título Original en Ingles:

THE PROMISE OF ALL AGES

Publicado por primera vez en 1934

Traducido por:
Manuel Melgarejo Gil de Biedma

© Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de España, 1993

****

Índice

Prefacio 03

Introducción 04

01. La Epopeya de la Humanidad 17
02. Dios Se Manifiesta a Sí Mismo 24
03. La Sucesión de Los Grandes Profetas 34
04. La Misión de Cristo Nuestro Señor 47
05. La Vigilia del Día del Señor 53
06. La Puerta del Alba 64
07. La Entrada del Rey de La Gloria 76
08. La Luz de las Leyes del Rey 94
09. El Fuego del Amor del Rey 110

Conclusión 125

****

Prefacio

Este volumen contiene no sólo una exposición, sino también un relato; un relato cargado de interés e implicaciones para cualquier occidental; un relato sobre hombres con visión y de acción; los pioneros de una nueva era; la historia del primer esfuerzo sistemático para reconstruir el orden social a escala mundial y elevar a la humanidad a un nivel y a una responsabilidad social nuevos.

La figura central de este relato es un gran vidente, que predijo en tonos proféticos el carácter y la magnitud del Día de Dios (que entonces alboreaba), y con la palabra y el ejemplo, en sus epístolas a los reyes y en otros escritos, hizo un llamamiento a su propia nación y a todas las demás para que redujeran sus armamentos, procuraran unirse y llegar a la paz y se prepararan para esa civilización prometida desde antaño en la que la rectitud y la justicia imperarían sobre la tierra.

Puesto que iba por delante de su época, no fue comprendido y, junto a todos sus seguidores, fue proscrito, anatematizado y cruelmente perseguido. Mas cuando ha llegado la hora para una verdad, los prelados y tiranos no tienen poder para ahogarla. Cuando un fuego intenso es sofocado en la superficie, se ve empujado hacia el interior y allí se extenderá a lo largo y a lo ancho y, más adelante, reaparecerá en un lugar distante de donde se originó. Los ideales espirituales y los nobles propósitos de paz que hallan creciente expresión en tierras de Occidente son como rebrotes de un fuego oculto, vislumbres de aquel plan ordenado y equilibrado para la reforma del mundo que fue realizado y promulgado por Bahá'u'lláh en su encarcelamiento hace unos setenta años.

El desafío que implica este relato, el entusiasmo de sus héroes, su energía incansable y su fe radiante, deleitarán y elevarán a toda mente espiritual. Porque no es el desafío del cínico o del escéptico, sino el de quienes, siendo igualmente creyentes en Dios, sacrificaron con alegría todo lo que tenían y todo lo que eran, en un esfuerzo por establecer la paz mundial sobre cimientos imperecederos.

Ripley Dundrum

Co. Dublin

****

Introducción

Este ensayo se propone delinear, en forma de exposición coherente y continua, la doctrina religiosa de Bahá'u'lláh en torno al tema de la unidad de la humanidad y el establecimiento en este siglo de una paz universal y permanente.

Bahá'u'lláh presentó un plan global y concreto con vistas a una nueva economía mundial. Los hombres, afirmó Él, lograrían poner esto en práctica tan pronto como comprendieran sinceramente la unidad esencial de la raza humana; pero sólo podrían alcanzar esta ampliación de su conciencia por medio de su instinto religioso y su obediencia total a un único Dios bajo un único Nombre. Conectó indisolublemente la idea de paz con la de religión. La paz entre las naciones sólo puede asegurarse por la sumisión de todos los hombres a un Dios de amor. Edificar sobre cualquier otro cimiento es edificar sobre arena. Acomodando la acción a las palabras, inauguró un gran renacimiento religioso, y fue tal su poder, que despertó energías latentes de espiritualidad y amor en aquellos que se volvieron hacia Él en busca de educación, de modo que vieron con sus propios ojos la realidad y autenticidad de los ideales de hermandad y concordia y olvidaron sus diferencias en su servicio en común al Altísimo. El resurgir abrazó a hombres de diversas naciones y diversas confesiones, uniéndoles con el fervor de un propósito único. No se detuvo con el fallecimiento de su autor, sino que con pasos lentos y pacientes se extendió hacia oriente y occidente. Hoy ha alcanzado tales dimensiones que el programa de Bahá'u'lláh para una federación mundial está empezando ya a tomar forma entre aquellos que aceptan sus enseñanzas.

En una época como ésta y en un mundo roto en fragmentos por envidias entre facciones, la aparición de un sistema de orden mundial basado en la fe espiritual, es un fenómeno que debería despertar un cálido interés en toda mente religiosa. La presencia en medio de nosotros de un movimiento, aun a escala tan pequeña, que ha tomado la paz como su primer objetivo de tipo práctico, y que en el ámbito mundial, está encaminando todos sus esfuerzos humanos y educacionales a este fin inmediato, es una realidad que no pueden ignorar los amantes de la paz. Sin embargo, no parece que ninguna institución cristina haya prestado atención a la comunidad bahá'í o a las enseñanzas de su fundador; y el público en general conoce poco o nada del trabajo que ha suscitado, a nivel mundial, por la paz. A pesar de los brillantes tributos rendidos por individuos altamente distinguidos de Europa (eruditos y científicos, hombres de letras y funcionarios, e incluso por la misma realeza), el movimiento bahá'í sigue siendo poco conocido en Occidente. Aunque persigue con un nuevo y juvenil entusiasmo los mismos ideales elevados

de rectitud y concordia, para todo el mundo que recomiendan las confesiones cristianas, su aparición apenas ha sido percibida y su potencia escasamente reconocida; su lectura de la historia no ha despertado interés alguno; sus esperanzas no han sido compartidas ni sus advertencias atendidas; el esplendor espiritual del carácter de su fundador no ha sido apreciado, y nadie – más que unos pocos – ha experimentado el poder regenerador de sus enseñanzas.

Hace unos cincuenta años[1], cuando el movimiento se encontraba ya bien establecido en Oriente y había recibido no poca publicidad en Occidente gracias a los escritos de orientalistas y viajeros, uno de su tres grandes líderes trajo hasta nuestras costas su mensaje de unidad y paz y desde entonces ha servido de tema para una cantidad cada vez mayor de ensayos en lengua inglesa.

'Abdu'l-Bahá, hijo y sucesor del fundador del movimiento, fue recibido de modo hospitalario en Londres, y viajó por el oeste hasta Bristol y por el norte hasta Edimburgo. En público y en privado, en iglesias y templos, en mezquitas y salones, presentó las enseñanzas de Bahá'u'lláh y atrajo en aquella época una notable atención de la prensa. Representantes de muchos oficios y profesiones – clérigos, educadores, periodistas y otros – le conocieron y conversaron con Él sobre el tema de su misión. Cierto número de sus conversaciones y alocuciones fueron registradas y publicadas posteriormente en forma de libro. Su anfitriona, Lady Blomfield, ha contribuido recientemente al cuarto volumen de **The Bahá'í World** con un relato sobre la visita que Él realizó a su casa y la multitud de buscadores que durante semanas se presentaban constantemente a sus puertas.[2]

Sacerdotes de varias creencias se encontraban entre los que acudían. Uno de éstos, el reverendo R.J. Campbell, invitó a 'Abdu'l-Bahá a que hablara en el templo de la ciudad; ahí se produjo la primera proclamación pública del mensaje a una audiencia occidental, el 10 de septiembre de 1911. “El movimiento bahá'í está íntimamente relacionado – creo que podría decir que es idéntico – al propósito espiritual del cristianismo”, dijo el pastor en su presentación del orador de aquella tarde. Como para respaldar esta afirmación, 'Abdu'l-Bahá, antes de abandonar el edificio, escribió en la antigua biblia del templo:

“Este libro es el libro santo de Dios, de inspiración celestial. Es la Biblia de la salvación, el noble evangelio. Es el misterio del Reino y su luz. Es la bondad divina, el signo de la guía de Dios”.

Y añadió su firma.

[1] 1911-1912 (N. del E.)
[2] Ver también Blomfield, **The Chosen Highway**, p. 147-148. (N. del E.)

Al domingo siguiente, por invitación del archidiácono Wilberforce (capellán de la Cámara de los Comunes y predicador escogido de la universidad de Oxford), 'Abdu'l-Bahá se dirigió a la congregación de la iglesia de San Juan, en Westminster, al final del servicio vespertino. Como dice la crónica publicada de la reunión:

"El archidiácono hizo colocar la silla del obispo en las escaleras del presbiterio en honor de su invitado y de pie a su lado leyó él mismo la traducción de la charla de 'Abdu'l-Bahá. La congregación quedó profundamente conmovida y, siguiendo el ejemplo del archidiácono, se arrodilló para recibir la bendición del Siervo de Dios…".

Durante su visita a Oxford 'Abdu'l-Bahá estuvo como invitado del señor y señora Cheyne. El doctor Cheyne era – por supuesto – un teólogo de reputación internacional, el editor jefe de la **Encyclopaedia Bíblica**, el autor de la **Crítica Bíblica**, de **Profecías de Isaías**, de **Los fundadores de la crítica del Antiguo Testamento** y de otros libros; y unos años antes había renunciado en Oriel a la cátedra de interpretación de las Sagradas Escrituras. La personalidad de 'Abdu'l-Bahá produjo una impresión inmediata y profunda sobre él. Esa reunión estuvo "cargada de los más hondos sentimientos", escribió Lady Blomfield, quien se encontraba presente en aquella ocasión. "Parecía demasiado íntima para describirla; nuestros corazones se conmovieron profundamente al contemplar y comprender apenas algo de las emociones de aquel día".

Tres años más tarde el doctor Cheyne expresó sus conclusiones maduras respecto al movimiento bahá'í y sus tres grandes figuras (el fundador, Bahá'u'lláh; el precursor El Báb; y el modelo, 'Abdu'l-Bahá) en su obra **La reconciliación de las razas y religiones**.

'Abdu'l-Bahá le recordaba a san Francisco de Asís; pero san Francisco "desdeñaba el conocimiento humano", y por eso 'Abdu'l-Bahá "era un hombre mucho más completo". "Nadie", escribe de nuevo, "hasta donde alcanzan mis observaciones, ha vivido la vida de perfección como 'Abdu'l-Bahá, y Él mismo nos dice que no es sino el reflejo de Bahá'u'lláh". En cuanto al heraldo o precursor del movimiento, cuyo sobrenombre es La Puerta o El Báb, el doctor dice:

"Su combinación de suavidad y poder es tan poco frecuente que hemos de situarle en la misma categoría que los hombres supranormales… Se cuenta que en momentos importantes de su carrera, después de haber estado en éxtasis, fluía tal irradiación de poder y majestad de su semblante que nadie podía soportar el mirar la efulgencia de su gloria y belleza. Y no pocas veces acontecía que personas no creyentes inclinaban involuntariamente la cabeza en humilde reverencia al contemplar su santidad…"

A Bahá'u'lláh, a quien El Báb como 'Abdu'l-Bahá honoraban como el origen y el prototipo de toda la virtud y la sabiduría manifiestas en ellos, rindió el doctor Cheyne su tributo más elevado.

“Vivía aún hace muy poco – escribió él – ser humano de tan consumada excelencia que muchos creen que es tan permisible como inevitable identificarle místicamente con la invisible divinidad”.

Refiriéndose a los varios avatares o encarnaciones que figuran en muchas religiones mundiales, comentó la dificultad de obtener evidencias contemporáneas y fiables respecto a ellos, y siguió diciendo:

“El deseo de tener completa seguridad sobre la autenticidad de la vida o de fragmentos de la vida de una encarnación humana de Dios será experimentado cada vez más y más intensamente. Sólo existe un caso así: es la vida de Bahá'u'lláh. Oremos, por tanto, a través de Él, en este siglo XX, en medio de las múltiples dificultades que obstaculizan nuestra reconstrucción social y política, para que Él sea el príncipe de los ángeles que transmita nuestras peticiones al Altísimo”.

Al llevar el mensaje al continente, 'Abdu'l-Bahá visitó Francia, Alemania, el imperio austro-húngaro. En Budapest llegó a su presencia Arminius Vambery, profesor de idiomas orientales en la universidad, cuyos libros de viajes y cuya calurosa defensa de la justicia británica en Oriente habían hecho que su nombre fuera amplia y favorablemente conocido en Inglaterra.

Vambery escribió posteriormente sobre 'Abdu'l-Bahá del siguiente modo:

“Toda persona se ve forzada necesariamente a alistarse de vuestro lado y a aceptar con alegría la perspectiva del establecimiento, por medio de sus esfuerzos, de una base fundamental para una religión divina universal. He visto a vuestro padre desde lejos. Me he dado cuenta del sacrificio y del noble valor de su hijo y no encuentro límites en mi admiración. Expreso el mayor respeto y la mayor devoción hacia vuestros principios y propósitos, y si Dios, el Altísimo, me confiere larga vida, seré capaz de servirle bajo todas las condiciones”.

América fue incluida, junto a Europa, en el viaje misionero de 'Abdu'l-Bahá, quien así difundió el conocimiento de la venida de Bahá'u'lláh a lo largo y a lo ancho de Occidente, Próximo y Lejano.

Sin embargo, no era su mensaje la primera noticia sobre el movimiento que llegaba a Occidente. Las nuevas del maravilloso nacimiento comenzado en Persia habían sido llevadas cincuenta o sesenta años antes a Europa y América por los reportajes de algunos viajeros, y a partir de aquella época se habían hecho cada vez más corrientes las referencia a Él por parte de orientalistas y otros escritores. En

sus anotaciones a **A Traveller's Narrative**, publicada en 1901, el profesor Browne enumera veintisiete referencias diferentes a El Báb y al babismo en obras publicadas en varias ciudades: Londres, Leipzig, Berlín, Viena, París, San Petersburgo y Pest. Considera ser la más valiosa de todas ellas la de **Les religions et les filosophies dans l'Asie Centrale**, del Conde Gobineau, que dedica más de la mitad del volumen al movimiento babí. El profesor Brown escribe:

"Esta obra tan brillante, gráfica y encantadora es suficientemente bien conocida como para necesitar alguna descripción detallada… Los hechos no sólo son examinados con un buen juicio poco común y dispuestos con destreza consumada, sino que los personajes y escenarios de este emocionante drama están retratados de manera tan pura, tan vívida y tan natural que la obra en cuestión ha de permanecer para siempre como un clásico insuperado y realmente sin parangón en el tema del que trata".

Lord Curzon, cuya obra no se halla incluida en la lista del profesor Browne, trató el renacimiento babí en su **Persia and the Persian Question** con cierta extensión y en tono de onda simpatía. Escribiendo a partir de investigaciones hechas en el país en que se había originado y cuyo gobierno había tomado tan crueles medidas para expulsarlo, habló de los "relatos de magnífico heroísmo" que adornaban sus páginas, de la "pura y doliente vida de El Báb, su muerte ignominiosa, el heroísmo y el martirio de sus seguidores…". "De no poca importancia", dice, "deben ser los principios de un credo que es capaz de despertar en sus seguidores un espíritu de autosacrificio tan hermoso y tan poco común".

Sostiene que, puesto que las nuevas enseñanzas, a pesar de la persecución, se están extendiendo en Persia [Irán] y están ganando sus adeptos de entre las mentes más nobles del islam, "puede llegar el momento en que expulse al islam de Persia" y "se imponga finalmente".

Sin embargo, el propio profesor Browne hizo más que ningún otro escritor para llevar la Fe babí al conocimiento del público inglés culto de finales del siglo pasado [diecinueve]. Como profesor de árabe de Sir Thomas Adams y miembro de la junta de gobierno del Pembroke College en la universidad de Cambridge, se convirtió en una autoridad en literatura e historia persas, y en su estilo atractivo escribió abundantemente sobre dichas materias. Entre sus numerosos escritos que tratan de Persia, sus **Materials for the Study of the Bábí Religión, The New History of the Báb, A Traveller's Narrative, A Year Among de Persians**, por no mencionar tratados más breves, contienen una cantidad inmensa de información sobre los primeros días del movimiento. Además, tuvo una experiencia personal durante el transcurso de sus investigaciones sobre la Causa bahá'í o babí que no fue compartida por ningún otro escritor europeo y que da a su relato un valor y un

interés únicos. Ni él ni ninguno de los escritores mencionados llegaron a ver a El Báb; pero él, y sólo él, conoció a Bahá'u'lláh. En 1890, dos años de la muerte del Profeta, visitó Siria para completar sus investigaciones sobre la Fe bahá'í, y tuvo la suerte de convertirse en huésped de la colonia bahá'í de 'Akká, donde Bahá'u'lláh aún era retenido como prisionero. Durante su breve estancia se le concedió una entrevista – en realidad cuatro entrevistas – con Bahá'u'lláh y escuchó de los propios labios del Maestro algunos de los puntos sobresalientes de su doctrina.

En la introducción a **A Traveller's Narrative** cuenta cómo llegó a realizarse esta entrevista, y continúa diciendo:

"Así pues, estaba instalado aquí en Bahjí (sic) como un huésped, en medio precisamente de todos aquellos personajes de los más nobles y sagrados; pasé cinco días muy memorables, durante los cuales disfruté de oportunidades inigualables e inesperadas para mantener relaciones con quienes son la mismísima fuente de ese poderoso y maravilloso espíritu que trabaja con fuerza invisible, pero en continuo aumento, por la transformación y la vivificación de gentes adormecidas en un sueño similar a la muerte. Fue en verdad una experiencia extraña y conmovedora, mas no tengo esperanzas de trasmitir acerca de ella nada salvo una muy débil impresión. Podría, bien es cierto, esforzarme en describir con mayor detalle las caras y formas que me rodeaban, las conversaciones que tuve el privilegio de poder escuchar, la solemne y melodiosa lectura de los libros sagrados, la sensación general de armonía y contento que imperaba en el lugar, y los fragantes y sombreados jardines donde por las tardes acudíamos algunas veces; pero todo esto era como la nada comparado con la atmósfera espiritual de la que me encontraba cercado. Los musulmanes persas, a menudo, te dirán que los babís hechizan o drogan a sus invitados de modo que éstos, impulsados por una fascinación que no pueden resistir, lleguen a verse afectados de manera parecida por lo que dichos musulmanes consideran una extraña e incomprensible locura. Aun siendo, como es, esta creencia absurda y vana, descansa sin embargo, sobre una base real más sólida que la que sostiene la mayor parte de lo que suelen alegrar en relación a éstas gentes. El espíritu del que se encuentran impregnados los babís es tal, que difícilmente puede dejar de afectar de la manera más poderosa a todo el que está sujeto a su influencia. Puede causar horror o atracción: no es posible ignorarlo o permanecer indiferente. Aquellos que no lo han visto, que no me crean si no quieren; pero si alguna vez les fuera revelado a ellos ese espíritu, experimentarían una emoción que no es probable que olvidaran".[3]

[3] A Traveller's Narrative, págs. 38-39.

El relato de su encuentro con Bahá'u'lláh permanece como el único registro conocido de alguien del mundo occidental sobre una entrevista de tal naturaleza. Tras algunas descripciones preliminares escribe:

"Pasaron uno segundos antes de que, estremecido de asombro y reverente temor, tuviera conciencia de que la habitación no estaba vacía. En el ángulo donde el diván se apoyaba en la pared, distinguí una extraordinaria y venerable figura, coronada con un tocado de fieltro, parecido a los llamados 'taj' usados por los derviches, pero diferente en la hechura y mucho más alto, y en la base del cual estaba arrollado un pequeño turbante. El rostro de Aquel a quien contemplé, nunca lo podré olvidar y, no obstante, no puedo describirlo. Esos ojos penetrantes parecían leer en mi propia alma; en su amplia frente había poder y autoridad, mientras que las profundas arrugas de su ceño y su faz denotaban una edad que parecía negar el negro azabache de su cabello y su barba, que descendía exuberante casi hasta la cintura. ¡No necesitaba preguntar en presencia de quién me encontraba al inclinarme ante Aquel que es objeto de una adoración y un amor que los reyes podrían envidiar y por los cuales los emperadores suspiran en vano!

"Una voz digna y suave me pidió que me sentara, y dijo a continuación: ***'¡Alabado sea Dios por haber llegado hasta Mí!... Has venido a ver a un prisionero y un desterrado. Nosotros sólo deseamos el bien del mundo y la felicidad de las naciones; sin embargo, nos consideran causantes de sedición y de rivalidades, merecedores de prisión y destierro… Que todas las naciones tengan una Fe común y todos los hombres sean hermanos, que se fortalezcan los lazos de afecto y unidad entre los hijos de los hombres, que desaparezca la diversidad de las religiones y se anulen las diferencias de raza. ¿Qué mal hay en esto?... Pero esto se cumplirá, esas luchas sin objeto, esas guerras desastrosas desaparecerán y la "Paz Más Grande" reinará… Ustedes en Europa ¿no necesitan también de esto? ¿No fue esto mismo lo que anunció Cristo?... Sin embargo, vemos a vuestros reyes y gobernantes disipando sus tesoros más en medios de destrucción de la raza humana que en aquello que proporcionaría felicidad a la humanidad… Estas luchas, este derramamiento de sangre y esta discordia cesarán y todos los hombres serán como miembros de una sola familia… Que ningún hombre se gloríe de que ama a su patria, que más bien se gloríe de que ama a sus semejantes…'***

"Éstas son, más o menos, las palabras que puedo recordar y que, además de muchas otras, yo escuché de labios de Bahá'u'lláh. Que aquellos que las lean consideren por sí mismos si tales doctrinas merecen muerte y prisión y si el mundo es más probable que gane o pierda por su difusión."[4]

[4] A Traveller's Narrative, págs. 39-40

Así fue cómo viajeros y eruditos, antes de la vista de 'Abdu'l-Bahá, habían llevado al público occidental alguna información del gran renacimiento que estaba surgiendo en Oriente. Han quedado pruebas que certifican que estos relatos, si bien fueron escasos, causaron en algunos sectores una profunda impresión.

El profesor Carpenter, director del Manchester College, en un discurso pronunciado en Oxford el 31 de diciembre de 1912, afirmó que:

"El difunto doctor Jowett le dijo una vez que le habían impresionado tanto las enseñanzas y el carácter de El Báb que pensaba que el babismo, tal como por entonces se conocía al movimiento, se habría de convertir en el movimiento religioso más importante desde el nacimiento de Cristo.[5]

El doctor Caird, sucesor del doctor Jowett como director de Balliol, ha sido citado en un sentido similar.

Las nuevas sobre el movimiento se habían extiendo más allá de los círculos académicos. Revistas prestigiosas contenían noticias sobre él (el **Spectator** de abril de 1892, por ejemplo; el **Scottish Review** del mismo mes; el **Academy** de marzo de 1895; el **Arena** en noviembre de 1904). También se habían desplazado investigadores de Inglaterra y América, individualmente o en grupos a 'Akká para recoger del propio 'Abdu'l-Bahá, más información.

Pero no sólo llegó a ser conocido el movimiento bahá'í en la parte occidental de Europa. Su fama había penetrado hasta Rusia, y Tolstoi le había dado su más cálida aprobación.

Escribió lo siguiente en una carta del 22 de octubre de 1903:

"Hace mucho tiempo que conozco a los babís y siempre he estado interesado en sus enseñanzas. Me parece a mí que estas enseñanzas tienen gran futuro, por la misma razón de que, rechazando todas esas incrustaciones deformadoras que causan la división, aspiran a unir a toda la humanidad en una religión común. Por ello, las enseñanzas de los babís – en tanto que han rechazado las viejas supersticiones musulmanas y no han establecido nuevas supersticiones que les separarían de otras nuevas supersticiones… y en tanto que se atienen a las grandes ideas esenciales de hermandad, igualdad y amor – tienen un gran futuro ante ellas… Por lo tanto, yo simpatizo con el babismo de todo corazón, pues enseña a la gente la hermandad y la igualdad, y a sacrificar la vida material para servir a Dios".

Y nuevamente, en 1908, en una carta a Fridul Khán Wadelbekow escribe:

[5] Christian Commonwealth, 22 de enero de 1913

“Las enseñanzas de los babís que nos llegan a partir del islam han sido desarrolladlas gradualmente a través de las enseñanzas de Bahá'u'lláh y nos ofrecen ahora la forma más pura y elevada de las enseñanzas religiosas.”

De este modo había sido, en cierta medida, preparado el terreno para 'Abdu'l-Bahá antes de que viniera en persona para sembrar por Occidente las semillas de las cuales afirmó que, pasado el tiempo, surgiría un milenio de paz. El resultado inmediato fue logar que el movimiento fuera conocido por el público en general, darle una forma más definida, comunicarle un impulso nuevo y marcar las pautas para su curso y sus progresos en el futuro. Su influencia como maestro parece haber llegado mucho más allá de sus oyentes o del círculo de sus seguidores declarados. Algunos de los principios que Bahá'u'lláh había proclamado en la décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, y que 'Abdu'l-Bahá transmitió en sus viajes misioneros, han entrado desde entonces en la mente occidental y han sido aceptados como señas distintivas de lo que según el espíritu moderno es lo mejor.

También han rendido tributo explícito al carácter beneficioso de los ideales y del trabajo de los bahá'ís muchas personas que no están asociadas de ninguna manera a la comunidad: el doctor Estlin Carpenter, en su **Comparative Religion** (págs. 70-71); el reverendo J. Tyssul Davis, en **A League of Religions** (Londres); Charles Baudouin, en **Contemporary Studies**; H.C. Lukach, en **The Fringe of the East**, y Sir Francis Younghusband, que dijo en **The Gleam** (El Destello), refiriéndose al precursor de Bahá'u'lláh:

“Así pues, con sólo treinta años, terminó la carrera heroica de un verdadero Dios-hombre. La sinceridad de su convicción de haber sido designado por Dios. La manera en que murió es la prueba más concluyente de la sinceridad. Creyendo que de ese modo salvaría a otros del error de sus actuales creencias, sacrificó con gusto su vida. Y de su poder para atraer los hombres hacia sí, la apasionada devoción de centenares e incluso miles de hombres que dieron su vida en su Causa es testimonio convincente… Él mismo no era sino ***‘una letra surgida de aquel Libro poderosísimo, una gota de rocío de ese ilimitado Océano’***. Él que había de venir revelaría todos los misterios y enigmas. Así era la humildad del verdadero discernimiento. Y ha tenido su efecto. Su movimiento ha crecido y se ha expandido y tiene un gran futuro ante sí.

Durante los nueve años de Su ministerio, cuatro de los cuales pasó en cautividad, había impregnado toda Persia con sus ideas. Y desde su muerte el movimiento se ha extendido a Turquía, Egipto, India e incluso hasta Europa y América. Sus partidarios se cuentan ahora por millones.”

Es, sin embargo, en el fortalecimiento y la extensión de la comunidad bahá'í donde el efecto de la gira de 'Abdu'l-Bahá se percibe más decisivamente. Se formaron grupos de estudiantes en Inglaterra y en diversas partes del continente, al igual que en América, para estudiar y promover las enseñanzas sociales y religiosas de Bahá'u'lláh. Empezaron a aparecer y a multiplicarse libros y revistas bahá'ís. El texto más provechoso que se ha publicado hasta el momento presente sobre la Fe bahá'í fue escrito por un escocés: **Bahá'u'lláh y la Nueva Era**, del doctor Esslemont. Pero quien más incansablemente ha trabajado por la Causa bahá'í de este lado del Atlántico fue probablemente el profesor Auguste Forel, cuya entusiástica propaganda hizo que el nombre de Bahá'u'lláh fuera más conocido en Suiza de lo que parece serlo en ningún otro país europeo. Era un pensador profundamente independiente; pero explicó que tras la guerra, cuando entró en contacto con los bahá'ís, encontró que "sus principios estaban tan de acuerdo con mi religión científica del bien social que dejé ésta a un lado y me convertí en bahá'í". En 1923, fundó el primer grupo bahá'í de Suiza y dedicó la mayor parte de los últimos años de su vida a la promulgación de la Causa bahá'í, declarando en su testamento su esperanza en el futuro de aquélla: "… C'est la vraie religion du bien social humain… Je suis devenu bahá'í. Que cette religion vive et prospère pour le bien de l'humanité; c'est là mon voeu le plus ardent…"[6]

La extensión actual de la comunidad bahá'í en el mundo, la esfera de lo que constituyen sus intereses primordiales, el carácter y el alcance de sus actividades, pueden determinarse mediante un examen detenido del volumen noveno, y más reciente de la publicación bianual ***Bahá'í World***[7], que es el registro oficial del progreso del movimiento bahá'í y del cual se han tomado (se puede mencionar) la mayor parte de las citas recién hechas.

En él se muestra que la comunidad se encuentra establecida en más de ochenta países, que el libro de divulgación ***Bahá'u'lláh y la Nueva Era*** ha sido publicado ya en treinta y siete idiomas y están haciéndose los preparativos para su aparición en varios más.[8] En todos estos centros y en todos estos idiomas se trabaja por el único propósito común de reconciliación y de paz en todo el mundo, de acuerdo a los principios establecidos por Bahá'u'lláh. Ni en este volumen ni en parte alguna de su trabajo entran los bahá'ís en el terreno de la política. Las reuniones de sus grupos son asambleas espirituales, y sus asuntos se limitan a cuestiones

[6] "… Ésta es la verdadera religión del bien social humano… Yo me hice bahá'í. Que esta religión viva y prospere para el bien de la humanidad; éste es mi más ardiente deseo…"

[7] Ver vol. XIII para los años 1953-1963

[8] La Fe bahá'í está establecida actualmente en más de 350 países independientes, territorios e islas importantes; su literatura ha sido traducida y publicado en 802 idiomas. **Bahá'u'lláh y la Nueva Era** está publicado en más de 100 idiomas y dialectos. (N. del E. 1986)

humanitarias y espirituales. La preocupación primordial de todos es difundir el mensaje bahá'í de buena voluntad y paz y el cumplimiento de la promesa de Dios de derramar su espíritu sobre todo el género humano. Hace algunos años, una princesa inglesa, la reina regente de Rumania, publicó en Canadá un texto encomiástico de la Causa, y dijo:

"… Es un mensaje maravilloso el que nos han dado Bahá'u'lláh y su hijo, 'Abdu'l-Bahá. No lo han establecido en forma agresiva, sabiendo que el germen de verdad eterna que yace en su corazón no puede sino echar raíces y propagarse… Es el mensaje de Cristo recogido nuevamente, casi en las mismas palabras pero adaptado a los mil años y más de diferencia que se extienden entre el año uno y hoy… Si alguna vez el nombre de Bahá'u'lláh o de 'Abdu'l-Bahá atrae su atención, no aparten de ustedes sus escritos. Investiguen sus libros y dejen que sus palabras y lecciones gloriosas, pacificadoras y generadoras de amor, penetren en sus corazones como han penetrado en el mío."

Y posteriormente vino este renovado tributo de la reina de Rumania a la belleza y poder de los libros bahá'ís.

"La enseñanza bahá'í trae paz y comprensión.

Es como un gran abrazo que une en un haz a todos aquellos que por largo tiempo han buscado palabras de esperanza.

Acepta a todos los grandes profetas que han venido antes, no destruye ningún otro credo y deja abiertas todas las puertas.

Entristecida por las continuas luchas entre los creyentes de múltiples confesiones y cansada de su intolerancia entre sí, descubrí en las enseñanzas bahá'ís el verdadero espíritu de Cristo tan a menudo negado y malentendido.

Unidad en lugar de contienda, esperanza en lugar de condenación, amor en lugar de odio y una gran certidumbre para todos los hombres".

Muchos miembros seglares de las iglesias cristianas (no los menos serios, ni los menos leales, ni los menos agradecidos por la elevada tradición en la que han sido criados) se han conmovido profundamente con la presentación de la verdad cristiana hecha por 'Abdu'l-Bahá. Ellos percibieron que se encontraban ante alguien que hablaba con una nueva convicción y un poder que arrastraba; alguien que amaba verdaderamente a Cristo y que por la Causa de su Padre Celestial, había soportado con desbordante y jubilosa alegría la más implacable persecución. Sus palabras, tan amables y carentes de dogmatismos, tenía un extraño poder para penetrar y germinar, por medio del cual calaban en el corazón y allí daban fruto abundante y continuo. Su exposición de los Evangelios desvelaba para ellos dificultades antiguas y respondía a dudas nuevas, devolviéndoles lo que la teología moderna y la infección de la creencia habían debilitado: la confianza en la Biblia

como Palabra de Dios y en Cristo como Hijo de Dios. Su descripción de lo que es un verdadero cristiano era tal que ningún miembro del clero la aceptaría sin reservas actualmente; sin embargo, se dieron cuenta de que demostraba ser la única base sobre la que se puede efectuar una unión duradera de todas las iglesias cristianas.

"Ser un verdadero cristiano", dijo Él, ***"es ser un siervo de la Causa y el Reino de Cristo, marchar hacia delante bajo el estandarte de la paz y el amor hacia toda la humanidad, ser abnegado y obediente, estar vivificado por el aliento del Espíritu Santo, ser un espejo que refleja el resplandor de la divinidad de Cristo, ser un árbol fructífero en el jardín de su heredad, refrescar al mundo con el agua de vida de sus enseñanzas; ser como Él en todas las cosas y estar lleno del espíritu de su amor".***[9]

Ellos sentían que en Él había una auténtica y radiante fuerza espiritual que podría ser el comienzo de un renacimiento general de la fuerza religiosa dentro del cristianismo, y que en sus enseñanzas había muchas cosas que podrían ayudar y modelar esa reafirmación del cristianismo que tanto se deseaba. Ellos hubieran querido que otros, más competentes que ellos mismos, consideraran detenidamente las exposiciones de 'Abdu'l-Bahá sobre los Evangelios, y que la experiencia que a ellos les había proporcionado una renovación tan completa de sus esperanzas y aspiraciones pudiera ser transmitida a multitud de sus compañeros. Su sentimiento de urgencia ante la necesidad de tal renacimiento no fue disminuido en absoluto por la desesperación que llenaba su alma al ver en todas partes de la progresiva decadencia de las antiguas lealtades cristianas y observar, en no pocas tierras, iglesias anticuadas sujetas no sólo a la negligencia sino a la degradación o la esclavitud.

Este ensayo, sin embargo, no pretende ordenar o recopilar las enseñanzas de 'Abdu'l-Bahá sobre la obra de Cristo. Busca más bien promover en esta época aquella Causa que Cristo amaba tan profundamente y tan cálidamente bendijo, la que ahora se ha convertido en la más vital de todas las empresas existentes en el mundo: la causa de la paz, y más especialmente de la reconciliación entre las escisiones y tendencias del cristianismo. Considera esta Causa desde un ángulo nuevo y presenta un argumento que relaciona de una manera nueva el problema de la unidad con los movimientos actuales.

La afirmación que fue el punto de partida del mensaje de 'Abdu'l-Bahá a Occidente y que constituyó el fondo de todos sus discursos fue el anuncio hecho por Bahá'u'lláh de que Dios había cumplido en esta época Su antigua Promesa a la humanidad, y que por Su intervención los corazones de los hombres serían

[9] Promulgation of Universal Peace, vol. 1, pág. 4.

transformados rápida y completamente, de manera que dentro de este siglo XX se alcanzaría la paz universal y todas las naciones se unirían para fundar una nueva civilización mundial. Este tema se ha tomado como objeto del presente ensayo. Está desarrollado refiriéndose en especial a la religión cristiana, y está expresado en una forma de lenguaje occidental con la suficiente claridad y franqueza (así se espera) como para representar fielmente las enseñanzas de 'Abdu'l-Bahá.

¡Qué buenas nuevas podrían ser más gozosas para un mundo doliente que saber que el nacimiento de la paz tan largamente prometida está a un paso! ¿Quién podría admirarse de que los bahá'ís, al aceptar esto, sean el más esperanzado, el más ilusionado, el más activo de todos los grupos religiosos? En cuanto a los demás, en medio de la estrechez de miras y la arrogancia de una edad encaprichada de sí misma, éstas buenas nuevas parecen en su inmensidad extrañas y desafiantes. Mas cuando uno contempla con ojos entristecidos y corazón dolorido a la cristiandad, y más allá de los límites de ésta, y ve por todas partes el desmoronamiento inevitable del orden social y económico, el abandono de la religión, el continuo debilitamiento de todo lo que es tierno, noble y creativo dentro de la naturaleza humana, y el absoluto fracaso de todos los esfuerzos para transformar o pacificar las pasiones oscuras y asoladoras que amenazan hundir a toda la humanidad civilizada en la ruina final, uno se pregunta si algún mensaje menos terrible que este del toque de la trompeta de Israfil proclamando la inmediata consumación del Apocalipsis de Dios, podría sobresaltar a la humanidad y sacarla de un sueño tan profundo que parece la misma muerte.

Ojalá que, por la Gracia Divina, esta visión de la unidad esencial de la humanidad no quede olvidada, sino que aliente a quienes aman a Dios y a su paz con una sensación nueva de poder y una nueva certeza en la victoria.

****

Capítulo 1
La Epopeya de la Humanidad

Bahá'u'lláh reveló una visión sublime de la historia humana, como una epopeya escrita por el dedo de Dios y desarrollada a lo largo de un curso ordenado hasta llegar a un clímax, cuya naturaleza estaba definida exactamente antes de dar comienzo la historia y cuya aparición, en la fecha ordenada por el Autor, ningún malentendido u oposición por parte humana podría impedir o posponer.

Él enseñó que la historia humana es de principio a fin un todo conectado e inteligible, que gira en torno a un único tema y desarrolla un propósito común. Desde el comienzo del ciclo hasta el momento presente, y más allá del presente hasta el lejano final del ciclo, se va revelando, en una serie de etapas marcadas, un Plan Maestro. El escenario sobre el que la acción tiene lugar es la totalidad del globo, con todos sus continentes y mares; y no hay raza o nación, tribu o individuo que no tenga un lugar designado dentro del desenvolvimiento del Gran Designio de Dios.

Esta doctrina de la unidad de la historia universal tuvo en la Revelación de Bahá'u'lláh una posición de importancia cardinal. Él distaba mucho de ser, entre los Mensajeros de Dios, el primero en revelarla. Aquellos ***"Profetas que han sido desde el comienzo del mundo"***, y, al igual que Ellos, otros videntes menores, se han referido a ella en símbolos y en parábolas haciéndolos vislumbrar a la humanidad. Verdaderamente se encuentra en todas las religiones históricas de la raza humana, y ninguna de las religiones mundiales existentes puede ser comprendida plenamente si ignora esta verdad. Pero Bahá'u'lláh fue el primero en exponerla con amplitud y en términos sencillos, aunque con un gran énfasis. Sobre ella descansa el significado de su propio advenimiento y la oportunidad de sus reformas humanitarias; y a ella se refieren sus enseñanzas sobre el propósito y los métodos de la Providencia en Su relación con la humanidad.

Este Plan es llevado a cabo por el poder de la Voluntad de Dios y tiene su origen en el deseo de Dios de cuidar del bienestar de Sus criaturas. Su objetivo es el adiestramiento de los pueblos del mundo para que vivan y trabajen juntos en armonía y establezcan, con la ayuda especial de Dios, una civilización universal en la que todas las facultades humanas encuentren por fin expresión adecuada y completa. El logro de esta meta es, desde el punto de vista del Autor Divino, el inicio del principal movimiento de la historia humana. Todos los acontecimientos

previos y anteriores tienen carácter de introducción. Son escalones en un largo ascenso, causas de un resultado deseado. Por muy importantes que sean, su significado no se apoya completamente en sí mismos, sino en el hecho de que ansían y conducen a un punto trascendental sin el cual nunca habrían sido llamados a la existencia.

No se puede decir que las escuelas de pensamiento seculares hayan aplicado ni adoptado una concepción tan amplia de la unidad integral de toda la historia humana. En épocas pasadas, verdades tan grandes no encontraban fácil acceso a la mente de los hombres. Puesto que era muy difícil lograr un conocimiento preciso, tanto de pueblos lejanos como de acontecimientos pasados, este tipo de doctrinas solían quedar como ideas incorpóreas e indemostrables para los eruditos. Hoy las historias de la humanidad realizadas a escala global han llegado a ser numerosas; mas, de ellas, las que presentan la historia completa con una trama orgánica, como una epopeya bien desarrollada, son con seguridad verdaderamente pocas.

En la esfera de la religión, sin embargo, el caso es diferente. La idea de que el curso de los acontecimientos humanos es dirigido por una Voluntad más poderosa que la del hombre, y con una visión más clara que la suya, hacia un fin predeterminado, se encuentra en más de una Revelación. Se dice que ha sido mencionada por los Fundadores de todas las Religiones mundiales. Si bien en ninguna otra época ha sido de interés tan crítico como lo es hoy, ni ha sido tratada anteriormente de modo tan completo como lo ha hecho ahora Bahá'u'lláh, sin embargo no ha permanecido nunca totalmente oculta para el hombre. Existen referencias a ella en las escrituras o en las tradiciones que son suficientemente claras como para mostrar que esta verdad es parte del conocimiento religioso común de la humanidad, al tiempo que suficientemente escasas como para probar que no ostentaban en las enseñanzas de ningún Profeta Mayor la misma importancia que en las de Bahá'u'lláh.

A este hecho general de que Dios ordena los acontecimientos humanos mucho tiempo antes de que tomen forma sobre esta tierra (del mismo modo que un dramaturgo completará su obra antes de que sea llevada a la acción sobre un escenario), aludió Jesús cuando dijo sobre los justos en el último día: ***"Entra en el gozo de tu Señor… tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo…"***[1]; y nuevamente se refirió a ello el apóstol Pablo en muchas ocasiones, como en: ***"… Él mismo nos eligió antes de la creación del mundo"***[2], y Pedro al hablar en modo similar de ***"la presciencia de Dios Padre"***[3].

[1] Mateo 25:34
[2] Efesios 1:4
[3] I Pedro 1:2

Muhammad, el Profeta, atestiguó lo mismo cuando reveló que lo primero que creó Dios fue una pluma, y que le dijo: ***"Escribe"***. Ésta le contestó: ***"¿Qué he de escribir?"***, y Dios dijo: ***"Anota la cantidad de cada una de las cosas diferentes que han de ser creadas"***. Y escribió todo lo que fue y todo lo que ha de ser por toda la eternidad.

Más específicamente, la Religión hindú enseñó, siglos antes de que hubiera alguna palabra sobre la evolución, que la historia progresa bajo la Guía Divina hacia una culminación distante pero segura.

En fecha que nos es desconocida, la alegoría hebrea sobre la creación del mundo en siete días aludió crípticamente a la sucesión de las grandes Religiones y a la consumación final del propósito de Dios, en toda su plenitud, en el séptimo día, el día de la madurez, el cumplimiento y el descanso. Los profetas del pueblo hebreo, elevados al Reino eterno por medio de la inspiración, divisaron signos o rasgos del lejano Día de Dios, el climatérico preordenado de la historia humana, y, en un tono exaltado, expresaron su visión profética sin comprender plenamente lo que veían ni medir el intervalo que les separaba de su cumplimento. Isaías proclama:

"Sucederá en días futuras, que el monte de la casa de Dios será asentado en la cima de los montes… confluirán a él todas las naciones… forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas; no levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra".[4]

O Zacarías:

"… viene el día de Dios… Y será Dios rey sobre toda la tierra. ¡El día aquel será único Dios y único su nombre!"[5]

O también Joel:

"… llega el día de Dios… como jamás hubo otro ni lo habrá después de Él en años de generación en generación… Comeréis en abundancia hasta hartaros, y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios… que hizo con vosotros maravillas… Yo derramaré mi Espíritu… vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones, hasta en los siervos y en las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y realizaré prodigios en el cielo y en la tierra… El sol se cambiará en tinieblas, y la luna en sangre antes de la venida del día de Dios, grande y terrible. Y sucederá que todo el que invoque el nombre de Dios estará a salvo…".[6]

[4] Isaías, 2:2-4
[5] Zacarías 14:1-9
[6] Joel 2:1,2,26,28-32

Confucio, más de cinco siglos antes de Cristo, esbozó en su libro **Anales de Primavera y Otoño** el plan ordenado de la historia, en forma breve pero sencilla.

Dividió la historia en tres etapas. En la primera, que él llamó la etapa del desorden, la mentalidad social era muy tosca; existía una marcada distinción entre el propio país y los demás, y por tanto se prestaba más atención a las condiciones en la propia patria que en el exterior. En la segunda etapa, el avance de la paz, había una distinción entre países civilizados, por un lado, y los incivilizados, por otro; el alcance de la civilización se extendía y la amistad entre las naciones se hacía mayor. La gente baja podía hacer oír su voz. En la tercera y última etapa, la paz suprema, no existía distinción alguna entre las naciones del mundo. Todas se civilizaron y coincidieron en un mismo nivel. La rectitud prevalecía y el mundo estaba unificado.

Jesús habló largamente sobre el último día (solía llamarlo el Reino de Dios) que se aproximaba. ***"El Reino de Dios está cerca".*** No acentuó, como había hecho Confucio, el aspecto histórico del período climatérico por venir, pero retomando las advertencias de los profetas hebreos del pasado, habló de lo inesperado de su advenimiento y de la situación de gran peligro a la que llevaría a la humanidad. Incluso en momento tan avanzado de la historia, habría resultado prematuro un relato completo del desarrollo y destino de la raza. Mantuvo la plenitud de esta verdad entre aquellas cosas que Él tenía que decir a sus discípulos, pero que en aquel momento ellos aún no podían sobrellevar.

Pero ahora ha surgido una nueva ocasión. Nuevas oportunidades, nuevos problemas, nuevos peligros confrontan a la humanidad; y con estas nuevas condiciones ha llegado la necesidad de un nuevo conocimiento. Quien antes del nacimiento de la raza humana fijó la fecha en la que aquella raza aún increada alcanzaría la cima de su trayectoria y lograría la madurez de sus capacidades, ha declarado ahora que la fecha ha llegado. Quien en edades oscuras y distantes, desde las cuales ha transcurrido mucho tiempo, ratificó solemnemente con su pueblo una Alianza y les hizo una firme Promesa de que les llevaría a todos a su Reino a su debido tiempo, ha sido fiel a su antigua Promesa y ha cumplido la Alianza en su totalidad.

La época actual es la época de Dios. La época actual es la era a la que han cantado desde el comienzo del mundo los profetas y videntes. Repentinamente –inesperadamente -, de improvisto, sin observación (exactamente como dijo Jesús), la plenitud de la Gloria de Dios ha irradiado sobre el globo desde oriente hasta lo más lejano de occidente. El Día del Señor ha amanecido. Cumpliendo Su compromiso, Dios ha abierto de par en par ante los hombres un nuevo campo de vida y actividad, les ha conferido nuevos poderes, les ha impuesto nuevas

responsabilidades; y exige entren tan rápido como sea posible en este Nuevo Orden de existencia y se acomoden a estas condiciones más elevadas.

La naturaleza de las cargas que han de ser impuestas a la humanidad en el Día de Dios puede deducirse de una lectura comprensiva de los profetas de Israel. Aquellos videntes escribieron como lo haría un gran poeta, con la mente vuelta hacia Dios y el corazón encendido y jubiloso por una fe ardiente. No controlaban la visión que les era otorgada: no podía ni completarla ni situarla en su propio entorno y perspectiva, ni sondear sus significados, ni tan siquiera contar los años que habrían de transcurrir antes de que descendiera del Reino en el que ellos la vieron hasta el reino actual. Cuando uno lee a los profetas con este espíritu, tal como los leyeron Jesús y los evangelistas, aparece ante nosotros un esbozo claro y nítidamente trazado de los acontecimientos mundiales que desde la creación quedaron guardados en espera de esta hora.

El cuadro es tal que ha confundido, fascinado y llenado de temor a la mente cristiana. La impresión que dejó esta visión sobre los profetas-videntes fue profunda. Escriben o cantan en un tono de exaltación que encuentra su respuesta pasados los años en la fe entusiasta del Apocalipsis y la emoción controlada pero no menos honda de Cristo cuando habló de Su segunda venida. Las escenas, hechos y prodigios extraños que aparecen en el cuadro apenas son más sobrecogedores que el contraste violento de los colores con los que fueron pintadas. Aquí el infierno parece llegar hasta las puertas del paraíso; parece que todo, el engaño y el conocimiento, la desesperación y la victoria, la fosa sin iluminar y el brillo de la misma Presencia de Dios, tiene aquí un lugar, y tras una purificación por medio de sufrimientos infernales el hombre cobra débilmente nueva vida para heredar la Promesa de todas las edades.

El acontecimiento, que los profetas hebreos vieron anticipadamente, no había de ser un suceso aislado; era parte de una serie de acontecimientos: era el último de muchos días. Pero trascendía de tal manera todo lo anterior, que era sobresaliente y supremo. Su esplendor eclipsaba todo esplendor precedente, y sus bendiciones quedaban tan por encima de todas experiencias anteriores, que los hombres vivirían en un nuevo mundo y ni siquiera recordarían las cosas pasadas que habían quedado atrás tan definitivamente. Será tan completa la Revelación otorgada por Dios en el último Día, tan gloriosa la efulgencia de esta suprema Teofanía, que la oscuridad y el error no podrán resistir el impacto de su poder. Huirán y perecerán. El resplandor se extenderá por todo el orbe, de oriente a occidente. Se establecerá y morará en todas las tierras. La humanidad llegará a ser una sola, y estará organizada en torno a una Autoridad central única, a la que reconocerá como divinamente designada. Una sola ley imperará por toda la tierra. Las distinciones nacionales no serán destruidas; las diversas naciones se igualarán en un mismo

nivel pero conservarán su diferente identidad. Todos los pueblos y razas se relacionarán entre sí de un mismo modo. Una Religión universal unirá los corazones de todos. La humanidad formará una congregación única, siendo reconocido su Dios por todas partes como el mismo y único Dios, dotado con los mismos atributos y conocido por el mismo Nombre. La Gloria del Altísimo será derramada a lo largo y a lo ancho por toda la tierra; y los dones espirituales que fueran alguna vez privilegio de unos pocos serán posesión de muchos. Se abandonará la guerra. La habilidad de los que hacían armas de destrucción se dedicará a usos benéficos. En todo el mundo, los hombres serán capaces de disfrutar de sus hogares y su prosperidad en seguridad y paz.[7]

Ésta es la descripción dada por los profetas de las condiciones del mundo en el último Día; éstos son los cambios, creen los bahá'ís, que el hombre está llamado a realizar en este hora.

Adivinando la crisis y las dificultades que aguardaban más adelante, Bahá'u'lláh, hace ochenta años[8], con previsión oportuna, ofreció a la humanidad los conocimientos que la capacitarían para asumir las nuevas responsabilidades que le iban a ser impuestas inmediatamente. No sólo perfiló un gran plan de reformas, sino que explicó, con un énfasis, una plenitud y precisión nunca antes empleadas, la hermandad de la humanidad y la unidad de su desarrollo desde la infancia de la raza hasta el momento actual.

Él enseñó que la historia es, en toda su longitud y extensión, una y única. Es una en su estructura. Es una en su mecanismo. Desde el principio del tiempo toda la raza humana ha estado sujeta a una ley que rige su desarrollo; y ha avanzado época tras época de acuerdo con un principio que es uno y el mismo y mediante la aplicación de un método que es uno y el mismo. Todo su movimiento tiene un origen y una causa y se dirige hacia una meta. La unificación del mundo, en lugar de ser una idea de última hora o de necesitar un milagro improvisado para su consecución, es la conclusión normal de un proceso que ha estado en marcha desde el nacimiento de la especie. Cada una de las religiones mundiales tiene su propio lugar determinado dentro de esta vasta administración. Cada una es irradiada a través de un Profeta Mayor de Dios por un principio que es uno y el mismo y da testimonio de una fase de una verdad indivisible. Ninguna religión ha sido exhaustiva o autosuficiente. Todas admiten el desarrollo e invitan a él. Si todas ellas se desarrollaran de este modo, obedeciendo a Dios, siguiendo cada una en línea con la verdad implícita en su interior, no se apartarían cada vez más y más, sino que, por el contrario, se aproximarían las unas a las otras hasta que al final se

[7] Ver, por ejemplo, Isaías 2:2-4; 15:17-25; Zacarías 9:10; 14:9; 8:20 ss.; Sofonías 3:9; Miqueas 4:1-5; etc.
[8] Ahora hace más de cien años. (N. del E.)

fundirían y se convertirían en una sola. El ideal último de todas ellas, si bien no sería igual que cualquier ideal de aquellas religiones de las que nació, sería, sin embargo, consecuente con la esencia de cada una de ellas. Es la Religión universal: el fruto y la perfección de todas las que la precedieron. Quien la acepta en su aparición no negará la antigua Fe de sus antepasados; la reafirmará, y al mismo tiempo aceptará todas las demás Fes reveladas a la humanidad.

Cuando todos los hombres sepan la certeza de su historia común y de su unidad orgánica, entonces, dijo Bahá'u'lláh, sobe tal conocimiento se edificará el templo de la paz y el entramado de la civilización futura.

Capítulo II
Dios Se Manifiesta a Sí Mismo

Bahá'u'lláh no sólo completó el esbozo fragmentario de la historia universal que habían trazado los Profetas Mayores del pasado, sino que reveló también más plenamente los principios y métodos mediante los cuales Dios ha asegurado el continuo despliegue de Su Plan. Lleva a los hombres a leer la historia de nuevo, viendo los acontecimientos del pasado bajo una nueva perspectiva, agrupándolos conforme a nuevas relaciones y juzgándolos según nuevos valores. La actitud que en ellos suscita al revisar la historia de la humanidad es la misma que impone Jesús a un hombre al contemplar su propia trayectoria individual. En las enseñanzas de Jesús la vida de cada ser humano aparece en última instancia como un drama entre dos voluntades: la voluntad propia y la Voluntad de Dios. De todas las cuestiones, la más crítica para él es esta relación interior entre él mismo y su Hacedor. Si ésta funciona mal, todas las cosas irán mal y sus esfuerzos no conducirán finalmente a nada. Si es armoniosa, seguirá adelante bajo las directrices y la protección de Dios y tendrá garantizada la recompensa. Bahá'u'lláh no enseña que esta actitud haya de cambiar en el hombre al considerar los asuntos del mundo, mucho más vastos. También aquí el tema central es el mismo: el interés vital de la raza y la nación, como para cada ser humano, es la cooperación con la Voluntad creadora y la disponibilidad para seguir el Plan diseñado por Dios para el progreso y las realizaciones, un Plan que todo lo abarca. Otras consideraciones, si bien son importantes, son sin lugar a dudas menos importantes que ésta. Quien aprenda de Cristo y de Bahá'u'lláh a leer la historia correctamente, asumirá este punto de vista como punto de partida de su pensamiento y verá todos los acontecimientos girando, aunque sea remotamente, en torno a este centro inmutable del Decreto de Dios.

Es posible que en la literatura clásica resulte difícil encontrar ilustración para este punto de vista. Desgraciadamente no se han escrito muchas historias notables sobre este tema, y pocos autores han encarnado en sus obras semejante concepción de la evolución de la raza humana. Sin embargo, existe un antiguo libro de renombre incomparable e imperecedero, que de principio a fin presenta el curso de la historia humana como impulsado por el poder y la Voluntad de Dios, tomando forma entre las manos de aquellos líderes de la humanidad cuya única intención ha sido ejecutar lo que fuera de Su agrado y llevar a cabo Sus órdenes. Por muchos defectos que sus críticos hayan encontrado en la Biblia y sean cuales sean las

limitaciones de algunos de sus escritos, su perspectiva general de la humanidad es la de los videntes del mundo e iluminadores de la raza, y muestra el ejemplo más señalado que existe actualmente de la filosofía de la historia que ha sido planteada por Bahá'u'lláh.

Bahá'u'lláh sostuvo – en total acuerdo con las Escrituras cristianas – que el desenvolvimiento del Plan de Dios depende, no de la buena voluntad consciente de las multitudes, sino de los esfuerzos conjuntados de una sucesión de grandes Almas designadas especialmente y dotadas para la tarea. Estas grandes Almas, que son hombres y aun más que hombres, son las Figuras clave de la historia. Ellos son quienes inspiran el movimiento hacia adelante de la humanidad y determinan las múltiples fases del progreso y la instrucción de los seres humanos.

Esto es así porque el desarrollo de la civilización no sucede de manera paralela a la que la ciencia observa en la evolución de la vida material. La humanidad no avanza en su sabiduría, virtud y felicidad por medio de la presión interior de alguna fuerza anónima o la inspiración de algún poder original innato dentro de él. Nada más lejos. Ya que todo lo que le eleva por encima del nivel de un hombre animal humano depende de un principio nuevo y especial que no se encuentra en las etapas inferiores del ser. Este principio es parte del proceso creativo y es la causa de todo lo que es noble y agradable en la vida. Está activo en la actualidad al igual que ha estado activo desde la época de Adán, y los hombres dependen completamente de él para su bienestar, tanto ahora como en el pasado.

Este principio es el de la Manifestación de Dios: Dios se manifiesta a Sí Mismo en la condición humana de la existencia.

La actuación de este principio es la fuerza que da a la historia su dirección y su continuidad. El papel que juega la voluntad del hombre en el perfeccionamiento de la civilización es un papel secundario. Su dependencia de la Voluntad de Dios es más completa de lo aquel su ignorancia le permite darse cuenta y más servil de lo aquel su orgullo le inclina a admitir. Si no fuera por la intervención especial de Dios en los asuntos humanos – así lo enseña Bahá'u'lláh-, la tierra sería una selva de deseos viles y violentos apetititos, y el hombre mismo parecería el más desagradable y peligroso de los animales. La historia (si los anales de tal raza pudieran llamarse historia) no tendría coherencia ni sentido y la elevación de la humanidad sería imposible. Si Dios no se hubiera mostrado en este reino humano haciendo descender Sus dones del Cielo, el hombre carecería tanto de la capacidad como de la voluntad para desarrollarse. No habría espiritualidad, ni visión, ni verdadera vida: las mentes y los corazones de los hombres estarían envueltos en una oscuridad infernal. Pues Dios no sólo guía a la humanidad hacia delante,

mediante Su gracia, hasta una meta predeterminada, sino que además la capacita para seguir Su guía.

Esta Ayuda divina no la presta directamente el Altísimo. Nos llega por la mediación de grandes Almas a quienes Dios prepara, dotándolas con Su dominio y transmitiéndoles la totalidad de Sus perfecciones. Estos Seres, santos y trascendentes, ocupan para la humanidad el lugar de Dios. Únicamente a través de ellos Él otorga Sus bendiciones y dones a la humanidad, y sólo por medio de ellos podemos acercarnos a Él o conocerle. Volverse hacia ellos es volverse hacia Dios. Deshonrarles es deshonorar a Dios.

Pues Dios en Su propio Ser es inaccesible e inescrutable para siempre.

"Es evidente para todo corazón perspicaz e iluminado que Dios, la Esencia incognoscible, el Ser divino, es inmensamente exaltado por encima de todo atributo humano, tal como existencia corpórea, ascenso y descenso, salida y retorno. Lejos está de Su gloria el que lengua humana pueda apropiadamente referir Su alabanza, o que el corazón humano pueda comprender Su misterio insondable. Él está y ha estado siempre velado en la antigua eternidad de Su Esencia y permanecerá en Su Realidad eternamente oculto a la vista de los hombres. 'Ningún ojo le abarca, pero Él abarca a todos los ojos; Él es el Inescrutable, el Perspicaz'. Ningún lazo de relación directa puede atarle a Sus criaturas. Se mantiene exaltado más allá y por encima de toda separación y unión, de toda proximidad y alejamiento. Ningún signo puede indicar Su Presencia o Su ausencia; ya que por una Palabra de Su Mandato han llegado a existir todos los que están en el Cielo y en la tierra, y por Su deseo, que es la Voluntad primordial misma, han salido todos de la total inexistencia al reino de ser, al mundo de lo visible…

Todos los Profetas de Dios y Sus elegidos, todos los sacerdotes, los eruditos y los sabios de cada generación reconocen unánimemente su incapacidad para alcanzar la comprensión de aquella Quintaesencia de toda verdad y confiesan su incapacidad para comprender a Aquel que es la más íntima de todo lo creado."[1]

Pero, debido a que (tal como afirma Bahá'u'lláh) el propósito de la existencia es la aparición de perfecciones divinas, para que éstas puedan llegar a conocerse, Dios envía a ciertos Seres santos que son el Lugar de la Manifestación y en quienes la luz y gloria del Altísimo se reflejan como en espejos puros y brillantes hacia el mundo del hombre.

"La Fuente de la gracia infinita ha hecho que aparezcan del reino del espíritu aquellas luminosas Joyas de Santidad, en la noble forma del templo

[1] Kitáb-i-Íqán, p. 97

humano, y sean reveladas a todos los hombres, a fin de que comuniquen al mundo los misterios del Ser inmutable y hablen de las sutilezas de Su esencia imperecedera. Estos Espejos santificados, estas Auroras de antigua gloria, son todos y cada uno los Exponentes en la tierra de Aquel que es el Astro central del universo, Su esencia y propósito último. De Él procede Su conocimiento y poder; de Él proviene Su soberanía. La belleza de Su semblante es solamente un reflejo de Su imagen; Su revelación, un signo de Su gloria inmortal. Ellos son los Tesoros del conocimiento divino y los Depósitos de la sabiduría celestial. A través de ellos se transmite una gracia que es infinita y por ellos se revela la luz que jamás palidece. Así, Él ha dicho: 'No hay distinción alguna entre Tú y ellos, salvo que ellos son Tus siervos y son creados por Ti."[2]

En el mismo sentido habló El Báb al anunciar al Rey divino a quien Dios iba a manifestar:

"Verdaderamente Él es quien exclamará en todos los tonos: 'Verdaderamente Yo soy Dios. ¡No hay Dios sino Yo, el Señor de todas las cosas, y todo salvo Yo es creado por Mí! Vosotros habéis de adorarme.'"

Y El Báb declaró: ***"Verdaderamente Yo soy el primero de aquellos que Le adoran".*** 'Abdu'l-Bahá, cuando se le pidió que expusiera el grado del poder de las Manifestaciones de Dios, comparó Su influencia sobre la humanidad a la del sol sobre la tierra y los planetas. Vertida de manera aproximada al inglés, su respuesta fue, en parte, come sigue:

"Considera el mundo de las cosas materiales. El sistema solar se hallaría en absoluta oscuridad si no fuera por las radiaciones que el sol derrama desde su centro. Todos los planetas del sistema giran en torno a su poder y participan de su munificencia. Él es la causa de la vida y la luz y es el medio por el cual crecen y se desarrollan todos los seres del sistema solar. Sin estas bendiciones no podría existir ningún ser vivo: la oscuridad y la muerte lo envolverían todo. De manera similar, las santas Manifestaciones de Dios son los centros de la luz de la Verdad, los Manantiales de Misterio y las bendiciones del Amor. Su esplendor es irradiado sobre el mundo de los corazones y pensamientos, y derrama gracia eterna sobre el mundo de los espíritus. Confieren vida espiritual y Su gloria es la de la Luz de Luces, la íntima Verdad de Verdades. La iluminación del mundo del pensamiento viene de estos Sagrados Prototipos de Radiación y Misterio. Sin el conocimiento y la instrucción que ellos otorgan, el reino intelectual y el espiritual del hombre carecerían de brillo, envueltos en una completa oscuridad."[3]

[2] Kitáb-i-Íqán, págs. 110-111.
[3] Respuestas a Unas Preguntas, p. 197

La Biblia testifica esa misma verdad cuando en Éxodo 4:16 Dios define la relación de Moisés con Aarón: ***"Tú serás su Dios"***; y de nuevo en Juan 14:6, etc., cuando Cristo declara: ***"Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por Mí… quien me ha visto a Mí, también ha visto al Padre… Creedme que Yo estoy en el Padre y que el Padre está en Mí…"***

Estos Seres santos, encontrándose entre lo visible y lo invisible, y mediando entre Dios y el hombre, tienen parte de la naturaleza humana y de la divina. Como hombres poseedores de un cuerpo físico y un alma humana racional vienen a la existencia en un momento determinado: hubo un tiempo en el que no existían. Pero en Su esencia verdadera e interna, en virtud de aquella Paternidad que, como Cristo dijo, está en el Hijo, y de Su posición como Palabra de Dios, se encuentran exaltados muy por encima de los hombres y pertenecen a un orden diferente del ser. Van más allá del alcance de la mente humana. Las aspiraciones no pueden remontarse al lugar donde Ellos moran. Por muy elevada santidad que adquiera un hombre, de ningún modo puede entrar en el Reino que es Su hogar. Ni Isaías, ni Pedro, ni Pablo, ni Francisco pueden compartir jamás la cercanía de Cristo con el Padre.

Como expresión de la energía divina, estos Vicarios y Representantes de Dios han venido una y otra vez a la tierra desde el comienzo de los tiempos, en respuesta a las necesidades del hombre, y seguirán viniendo en el futuro hasta ***"el fin que no tiene fin"***. Las bendiciones de Dios son derramadas sobre la humanidad eternamente, y estas bendiciones son otorgadas únicamente por la mediación de estos Mensajeros sagrados. Es función Suya el ***"exhalar el Espíritu Santo sobre el cuerpo muerto del mundo"***, llevar a los hombres del sueño a la vigilia, de la oscuridad a la luz, de una vida puramente animal (que Ellos consideran igual que a la muerte), a la vida espiritual. Ellos transmiten la virtud; y cualesquiera virtudes que lleguen a poseer los hombres en un momento determinado no son originales, sino derivadas, habiéndoseles otorgado por la gracia de los Profetas Mayores de Dios. La evolución superior de la humanidad es debida a la influencia de estos Portavoces divinos, que llevan al mundo hacia delante, despliegan gradualmente el Plan redentor de Dios y dan a la historia universal su estructura y su unidad.

Aunque hasta ahora la humanidad ha contemplado a estos Grandes Profetas solamente en lo que les distingue y diferencia, sin embargo en Sus aspectos más importantes y eternos son Uno e indivisibles.

"Todos Ellos no son más que una Persona, un Alma, un Espíritu, un Ser, una Revelación… Todos habitan en el Trono de la Revelación divina y están establecidos en la Sede de la divina Ocultación… Si alguna de las

Manifestaciones de Dios, que todo lo abarcan, declarase: '¡Yo soy Dios!', diría la verdad…".

Bahá'u'lláh también declara que Jesús, dirigiéndose un día a Sus discípulos, se refirió a Su partida y, encendiendo en su corazón el fuego de la aflicción, les dijo: ***"Me voy y volveré a vosotros".*** Y en otro lugar Él dijo: ***"Me voy y vendrá otro que os dirá todo lo que Yo no os he dicho y completará todo lo que Yo he dicho".*** Ambas expresiones no tienen sino un solo significado.[4] 'Abdu'l-Bahá, escribiendo para un periódico inglés en 1911, dijo:

"Todas las enseñanzas de los Profetas son una cosa: una Fe, una Luz divina que brilla sobre todo el mundo. Ahora, bajo la bandera de la unidad de la humanidad, todas las personas de todos los credos deberían apartarse del prejuicio y hacerse amigos y creyentes en todos los Profetas."[5]

En una de sus cartas a un creyente americano escribió:

"En este sentido, Cristo es una expresión de la Realidad divina, la Esencia simple y la Entidad celestial que no tiene principio ni fin. Aparece, se eleva, se manifiesta y se pone en cada uno de los ciclos".[6]

Esta enseñanza contemporánea no hace sino corroborar y ampliar los testimonios de Escrituras más antiguas. Muhammad atestiguó la misma unidad cuando dijo:

"¡No hacemos distinción entre ninguno de Sus Mensajeros!... Yo soy todos los Profetas… Yo soy el primer Adán, Noé, Moisés y Jesús… Nuestro propósito ordenado no es sino uno solo."

Del mismo modo hizo Jesús con Su declaración a los judíos[7]: ***"Abraham, vuestro padre, se regocijó por ver Mi día; y lo vio y sintió gozo… En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham existiera, Yo existo"***.

Los seguidores más próximos a Jesús aprendieron esta verdad y dieron testimonio de ella. El autor del Apocalipsis llamó a Jesús ***"alfa y omega, el principio y el fin… Él que es y era y será"***.[8] El autor de los Hebreos afirma que Moisés estimaba ***"el oprobio de Cristo"***[9] en más que los placeres de la corte de Faraón. Y Pablo, al hablar de los viajes en que los israelitas erraban por el desierto, menciona dos veces a Cristo, diciendo que la roca que les seguía era Cristo y que

[4] Kitáb-i-Íqán.
[5] 'Abdu'l-Bahá in London, p. 33
[6] Epistles, i, 138
[7] Juan 8:56 y 58
[8] Apocalipsis 1:8 y 22:13
[9] Hebreos 11:26

ellos ***"tentaron al Señor"***.[10] De otras tierras y de una época aún más distante proviene la misma enseñanza en la declaración de Sri Krishna: ***"De edad en edad Yo me manifiesto a Mí mismo para el establecimiento de la religión"***[11]; y en el mismo fragmento, el **Gita** declara que siempre que la religión decline y la irreligión impere harán un Avatar o Teofanía.[12]

Por otro lado, los Profetas Mayores aparecen ante la humanidad no como uno y el mismo, sino como muchos y diferentes. Cada uno de ellos tiene dos condiciones: una de identidad con todos los demás, la otra con separación de todos ellos. La unidad esencial que subsiste entre todos ellos tiene que ver con las cosas del cielo; su diversidad tiene que ver con las cosas de la tierra.

"… Cada Manifestación de Dios tiene una individualidad propia, una misión definitivamente señalada, una Revelación predestinada y limitaciones especialmente designadas. Cada una de ellas es conocida por un nombre diferente y se caracteriza por un atributo especial…"[13]**.**

En este segundo carácter de diferenciación, ellos manifiestan servidumbre absoluta ante Dios, máxima pobreza y completo olvido de sí mismos.[14] Caminan entre los hombres con la mayor humildad y sencillez, eligiendo una vida de pobreza, e incluso al afirmar su condición profética y declarar la sublimidad de su cargo, se comportan personalmente como el más sumiso entre los sumisos, como el más amable de los amables. En la esfera de su distinción aparecen en períodos y lugares diferentes y forman una sucesión o red profética cuya influencia se extiende por todo el mundo durante todas las épocas. Cada uno es como un médico que prescribe el remedio para una enfermedad particular (pues las necesidades de la humanidad cambian y exigen ahora un tipo de tratamiento y después otro). Cada uno es como un profesor que adapta la lección a la capacidad de los alumnos. Cada uno es como un guía que conduce a los caminantes durante una parte determinada de su trayecto. Cada uno, a su vez, funda una gran religión; y, sin embargo, aunque todas las religiones en esencia son la misma, cada una tiene su distinción por ser en su pureza el mejor canal posible para las energías espirituales de la gente en ese momento. Todos los grandes sistemas religiosos dan testimonio del único Dios que se manifiesta a Sí mismo; si es que plantean diversos aspectos de la Verdad y si algunos son más ricos y completos que otros, esto es debido a que cada Profeta

[10] I Corintios 10:9

[11] Bhagavad-Gita 4:8. Una traducción posterior de este verso es: "Para la protección del bien, para la destrucción de los malvados, para el establecimiento de la ley de la rectitud, yo vengo a la existencia de edad en edad". De Zaehner, R. C., Manhabharata (Bhagacad-Gita), Oxford, 1969

[12] Ídem 4:70

[13] Kitáb-i-Íqán

[14] Ídem

Mayor tiene su misión individual y adapta sus enseñanzas a los requerimientos de la gente de su época. Si Moisés dio una revelación menos exaltada que Jesús; si no ordenó a sus seguidores devolver bien por el mal, bendición por maldición, ni prometió vida eterna a los fieles, la razón no se encuentra en los límites de su propio conocimiento – Dios no lo permita – sino en la condición más atrasada del mundo al que Él se dirigió. Si, como 'Abdu'l-Bahá ha dicho, las enseñanzas de Confucio eran menos sublimes que las de Buda, la causa hemos de buscarla, no en los propios Representantes, sino en la distinta receptividad de los pueblos a los que fueron enviados.

También la cultura material que surge en cada dispensación debe su origen a la influencia y voluntad de un Profeta Mayor. Guarda una relación clara con sus enseñanzas espirituales; su carácter es determinado por Su decreto y sus límites marcados por Su mandato. Por todo el mundo, la humanidad ha honrado a los Portavoces de Dios y ha adoptado Sus enseñanzas. Reverencia a Cristo, Buda, Zoroastro, Krishna y a otros Profetas Mayores como a sus más destacados líderes. Pero no los ha observado en Su mutua relación. Ha pensado en Ellos como rivales, competiendo para que el mundo Les rinda homenaje. Ha imaginado que aceptar la Revelación de Uno es negar la Revelación de cualquiera de los Otros, y que los devotos de algunos de los Grandes Profetas no son leales a su Señor a menos que Le consideren el Único que viene auténticamente de Dios a revelar Su Palabra. Ha contrapuesto a los Profetas Mayores Uno contra Otro como si estuvieron en los platillos de una balanza, de modo que cuando Uno sube los Otros deben bajar; y los fanáticos de una Fe han despreciado a todos los demás como infieles y sinvergüenzas, proscritos en este mundo y condenados a la perdición en el próximo. Así, la influencia de la religión, que debería haber tendido a unificar los pueblos del mundo, ha engendrado, por culpa de los malentendidos, hostilidad y lucha. Los Grandes Profetas nunca hablaron mal Uno de Otro; el antagonismo se originó con Sus seguidores. Krishna en el **Gita** no sugiere crítica alguna hacia otro Avatar que no sea Él. Jesús no minimizó a Moisés; ni Muhammad a Jesús. Todos los Grandes Profetas afirmaron que Sus enseñanzas habían de ser aceptadas como divinas por aquellos para quienes Él había sido enviado y que contenían todo lo necesario para su salvación. Ningún afirmó que Su Revelación era final o exhaustiva; y en relación a anteriores Reveladores dentro de su propia sucesión, sólo afirman que Su Revelación desarrolló las enseñanzas anteriores.

Ahora, en el Último Día, Bahá'u'lláh ha explicado largamente la naturaleza de Su viceregencia y condición profética, clarificando, ampliando y añadiendo a lo enseñado anteriormente sobre el tema.

Con precisión nueva, Él retiró todo lo que había sido revelado sobre este Misterio central y sumamente importante, y enfatizó en particular la interconexión

de los Profetas divinos y Su servicio común a una única Causa. Los presentó a todos como algo semejante a guías que se relevan para conducir a los pueblos del mundo en el ascenso por las laderas de una montaña, siguiendo caminos diferentes para encontrarse en la cumbre. Pues al final, en el Último Día, todos los pueblos del mundo estarán reunidos bajo la sombra de una Teofanía[15] universal. Las diferentes regiones del globo tienen sus propias cadenas proféticas. No parecen surgir Profetas Mayores más que del Oriente, y hay en el Oriente varias líneas de sucesión, entre las cuales ocupa una posición central la que tiene su asiento en la Tierra Santa. Diferentes períodos de tiempo tienen su medida apropiada de Revelación. No existe exclusividad ni parcialidad en las relaciones de Dios con Sus hijos de los hombres, sino que hay método, orden y sistema.

Bahá'u'lláh cita el sura [verso] 15 del Corán, en el que está escrito: ***"No existe cosa alguna, mas las reservas de la misma están en Nuestras Manos; y éstas no las distribuimos salvo en medida determinada"***. Él mismo afirma en **Los Siete Valles**:

"A pesar de que la munificencia del Todomisericordioso es incesante y perpetua, asimismo, en cada período y época, cierta porción es asignada, y determinada gracia es decretada; y éstas son otorgadas en medida y porción dada".[16]

Más específicamente 'Abdu'l-Bahá, en respuesta a una pregunta relativa al significado del la repetición de los ciclos en el mundo de la existencia, incluyó la siguiente declaración referente a la Suprema Manifestación en el Último Día:

"En breve, decimos que un Ciclo universal en el mundo de la existencia significa un largo período de tiempo, e innumerables e incalculables etapas y épocas. Durante tal Ciclo aparecen las Manifestaciones en el reino de lo visible, con gran esplendor, hasta que una grande y Suprema Manifestación transforma al mundo en el centro de Su refulgencia. Su aparición hace que el mundo alcance la madurez, y la extensión de Su Ciclo es muy grande. Tiempo después, otras Manifestaciones surgirán bajo Su sombra, las cuales, de acuerdo con las necesidades de la época, renovarán ciertos mandamientos relativos a las cuestiones y asuntos materiales, pero siempre permaneciendo bajo Su sombra.[17]

De este modo, la historia de la humanidad toma forma en los Escritos de Bahá'u'lláh como un tejido orgánico, cuyas partes están coordinadas y colocadas en su debido lugar dentro de un diseño acabado. La historia, por muy larga, compleja y tumultuosa que parezca, es una y única en su núcleo, y sagrada en su esencia. La

[15] Manifestación de Dios
[16] Los Siete Valles
[17] Respuestas a Unas Preguntas

fuerza motriz que impulsa el movimiento de la historia no es la voluntad de la raza humana, y mucho menos la acción de una casualidad ciega; es la Voluntad consciente e inteligente de un Señor preexistente. Esta Volición abarca a todos los acontecimientos y sucesos, grandes y pequeños, y su alcance es ilimitado. La historia no puede leerse correctamente a menos que nuestra visión de ella comprenda también el conocimiento del Centro en torno al cual gira y de la Energía de la que toda ella está imbuida. Aquel que intente interpretar los cambios del mundo sin referirse a su Origen no podrá – y menos aún en una crisis como la actual – analizar la situación correctamente o actuar respecto a ella con previsión. El orden completo de los acontecimientos sólo es conocido en su totalidad por Dios. Pero todos los hijos de los hombres pueden ahora apreciar, por medio de la Revelación de Bahá'u'lláh, su estructura general y reconocer que no hay modo alguno de llegar a un logro, a un progreso, a una esperanza o a una liberación sino mediante la sumisión a Dios y la obediencia a Su Mandato declarado.

Capítulo III

La Sucesión de los Grandes Profetas

Así como Bahá'u'lláh ha revelado que los Grandes Profetas son la figuras dominantes de la historia universal, ha revelado también que sus misiones designadas ponen de manifiesto el propósito de la Voluntad primordial en su proceso de desarrollo y maduración, y marcan las etapas más críticas del progreso humano y las divisiones más importantes del tiempo histórico.

El advenimiento de un Mensajero Divino no parece estar representado como un fenómeno aislado, como una simple aventura angelical, en el canon o escritura sagrada de ninguna religión mundial, y con toda seguridad no es representado así en el cristianismo; tampoco se nos muestra al Mensajero como una figura solitaria. Viene expresamente como parte de una serie de maestros y es envidado con una misión específica. Aparece invariablemente en cumplimiento de una antigua promesa investida de autoridad. Buda predijo que en la plenitud del tiempo surgiría otro Buda llamado Maitreya, y enseñó que el trabajo del Buda era más bien revivir la religión y recrear el orden que traer a la existencia algo completamente nuevo.

"Como un hombre, hermanos (son palabras atribuidas a Él), ***que vagara entre los árboles por la selva montañosa y viera un antiguo camino, hollado por hombres de una época anterior y, siguiéndolo, descubriera un antiguo municipio, un palacio antiguo donde habitaban hombres de épocas pasadas, rodeado de un parque, una arboleda y un estanque y muros, un lugar delicioso; y que regresara y anunciara al rey o a su ministro: '¡Contemplad, señor, y enteraos de lo que he visto!' Y habiéndole dicho esto, invitara al rey a reconstruir esa ciudad y esa ciudad llegara a ser al poco tiempo floreciente, populosa y rica una vez más. Así, hermanos, Yo he visto un antiguo camino, una antigua carretera hollada por budas de una época pasada…, y habiéndola seguido entiendo ahora la vida y su acontecer y devenir. Y, entendiéndolo, he declarado lo mismo a la fraternidad y a los legos, de modo que la vida entera florezca y se extienda hacia todas partes una vez más, y se propague ampliamente entre los hombres".***[18]

También Confucio puede citarse en este sentido:

"Mi trabajo es indicar más que originar".

[18] Buddhism, de Mrs. Rhys Davis, págs. 33-34.

Moisés predijo un sucesor.[19] Hablando al pueblo de Israel dijo:

"Yahvé tu Dios suscitará de en medio de ti, de entre tus hermanos, un Profeta como yo, al cual escucharéis…".

Los profetas hebreos ampliaron esta predicción; y Pedro prestó atención a estas palabras en Hechos 3:24:

"Todos los profetas, desde Samuel y los que en pos de él vinieron, todos en su mensaje anunciaron también estos tiempos".

Juan el Bautista citó las palabras de Isaías, diciendo que indicaban cuál era su propio trabajo y el del Señor para quien él estaba preparando el camino:

"Éste es, en efecto, el anunciado por el profeta Isaías cuando dice: 'Voz de uno que clama en el desierto: Disponed los caminos del Señor, allanad Sus sendas'".[20]

Al igual que Moisés enlazó Su misión con la de Su sucesor, no menos íntimamente conectó Jesús la Suya con la de Moisés. Él se consideró a Sí Mismo igual a Moisés, afirmó Su autoridad para cambiar la Ley mosaica y presentó Su tarea como algo tan unido a la de Moisés que la aceptación sincera de una implicaría la aceptación de la otra: ***"Porque si creyerais a Moisés, creeríais en Mí…".***[21]

Muhammad ***"reconoció la verdad de los signos, profecías y palabras de Jesús y testificó que todos ellos eran de Dios".***[22] De hecho, Él declaró: ***"Yo soy Jesús".*** Afirmó para Sí la posición de ser el último de todos los Grandes Profetas que precedían a la suprema Teofanía. Él cerraba la línea: ***"Yo soy el sello de los profetas"***, como Él dijo.

Los dos maestros, Shaykh Ahmad -i-Ahsá'í y Siyyid Kázim-i-Rashtí, que anunciaron el advenimiento de El Báb y el alba de "El Último Día", atestiguaron la continuidad de la línea profética. Tal como la presenta Nabíl, Ahmad consideraba que su tarea era "preparar el camino para Aquel que necesariamente se hará manifiesto en la plenitud del tiempo".

"Sabía, y por la Voluntad de Dios era su destino el demostrar, que nada menos que una Revelación nueva e independiente, como atestiguaban y

[19] Deuteronomio 18:15
[20] Mateo 3:3
[21] Juan 5:46
[22] Kitáb-i-Íqán

anunciaban las Escrituras sagradas del Islam, podía hacer revivir la fortuna y restablecer la pureza de esa Fe decadente".[23]

Kázim también enseñó que el advenimiento de El Báb y el de Bahá'u'lláh estaban planeados y anunciados desde hacía mucho tiempo por Dios, haciéndose referencia a Ellos, por ejemplo, en el Corán:

"Hubo un toque de trompeta y todos los que están en los cielos y en la tierra expiraron, salvo aquellos a quienes Dios permitió vivir. Entonces sonó otro toque y, ¡he aquí!, levantándose, miraron a su alrededor. La tierra resplandeció con la luz de su Señor y el Libro fue establecido; llamaron a los Profetas y a los testigos; tuvo lugar un juicio entre ellos con equidad, y ninguno fue agraviado".

Predicción que Kázim, siguiendo a Ahmad, explicó:

"En verdad digo, después del Qá'im (El Báb) ***se manifestará el Qayyum*** (Bahá'u'lláh)***. Porque una vez que se haya puesto la estrella del primero, el sol de la belleza de Husayn se levantará e iluminará a todo el mundo".***[24]

Kázim solía decir también del advenimiento que se aproximaba que era el tiempo en que los Profetas del pasado habían anhelado atestiguar.

El mismo Báb ratificó esa enseñanza de Sus precursores, afirmando que Él era el sucesor de Muhammad, que había dado testimonio de Él y que Su misión particular era ser el heraldo del más importante de todos los advenimientos y la más grande de todas las dispensaciones.

"En verdad declaro que nadie sino Yo en este día, ya sea en el Oriente o en el Occidente, puede pretender ser la Puerta que conduce a los hombres al conocimiento de Dios. Mi prueba no es otra sino aquella mediante la cual fue establecida la verdad del profeta Muhammad."[25]

Y, de nuevo, en el mismo Evangelio se cita:

"¡Yo soy, Yo soy, Yo soy el Prometido! Yo soy Aquel cuyo nombre habéis invocado por años, a cuya mención os habéis puesto de pie, cuyo advenimiento habéis añorado atestiguar y la hora de cuya Revelación habéis orado a Dios para que la apresure. En verdad Yo os digo, que incumbe a los pueblos, tanto del Oriente como del Occidente, obedecer Mi Palabra y jurar lealtad a Mi Persona."[26]

[23] Ídem.
[24] Nabil, págs. 41-42.
[25] Ídem. p. 34.
[26] Ídem. págs. 315-316

Si se desea una afirmación aún más clara, más completa y más enfática de esta Verdad, puede encontrarse en las Palabras de Bahá'u'lláh, pues Él expresamente ha basado firmemente Su trabajo para la humanidad, sobre los cimientos establecidos por todo el trabajo de todos los Grandes Profetas de épocas pasadas.

Así es cómo, en Su aparición, todos los Grandes Profetas, como una parte de Sus credenciales, dan gran importancia al cumplimiento, con Su venida, de predicciones auténticas; y antes de partir predicen la continuación de la línea profética por medio de Su propio retorno. Parece no existir excepción para esta costumbre. Cuando Muhammad dijo: ***"Yo soy el sello de los profetas",*** no quería decir que se cerraba la sucesión para siempre y que después de Él las puertas de la comunicación entre Dios y el hombre nunca más volverían a abrirse. Al contrario, repetidamente dijo Él que volvería de nuevo.

Tanto si un Gran Profeta, al hacer Su acostumbrada predicción dice: ***"Volveré otra vez"***, como si dice: ***"Otro como Yo vendrá"***, el significado es el mismo, y el propósito es, en ambos casos, dar testimonio de la continuidad de la Revelación. No se encuentra registrado en ninguna línea profética que el mismo individuo (el mismo hijo de una misma madre) regresase a la tierra para realizar su propio trabajo, pues aunque todos los Portavoces de Dios tienen las mismas cualidades, funciones y efectos, tienen diferentes personalidades. El río es el mismo aunque el agua cambia. Si un hombre mantiene una lámpara ardiendo en una habitación, la luz de ésta a medianoche será la misma que una hora antes en lo que se refiere a sus cualidades y efectos; pero será diferente en cuanto a los elementos constitutivos de esa luz. Lo mismo podríamos decir si la luz se apagara y fuera encendida nuevamente.

Jesús habló de Sí mismo y de Su retorno en primera o en tercera persona según se viera en uno u otro de los dos aspectos. Si pensaba en Sí mismo como la Palabra de Dios, la imagen del Padre, decía: "Volveré". Si, en caso contrario, se refería a Su personalidad humana, decía: "Cuando Él venga", porque Su Sucesor sería una Persona humana diferente.

Esta idea de la renovación de la misma cualidad en otra persona aparece en el Evangelio con referencia a Elías y al Bautista. Juan, en espíritu y en fuerza, era verdaderamente Elías que había vuelto. Pero como hombre mortal él no era Elías; era, al contrario, el hijo de Zacarías e Isabel, y nadie más. De este modo se podía decir de él, con la misma veracidad, pero con diferente significado, que era Elías o que no lo era; y entre estas dos afirmaciones la contradicción no es real sino aparente. Cuando Jesús dijo que ***"Elías había venido verdaderamente"***, aludió al espíritu y fuerza de Juan, que eran idénticas a las de Elías; y su pronunciamiento

no estaba en conflicto con la enfática negativa de Juan. ***"¿Eres tú Elías?"*** Y él dijo: ***"No lo soy." "¿Eres tú ese profeta?"*** Y él respondió: ***"No"***.[27]

Sea cual seas Su idioma, todos los Profetas, al proclamar Su propia era, pronostican el desarrollo sistemático y permanente del propósito de Dios tanto a través del futuro como del pasado. Es posible que en épocas posteriores sus seguidores no aprecien esa verdad ni reconozcan lo que está implícito en la sucesión profética. Puede que caigan en el exclusivismo, que se engañen a sí mismos con la idea de que ellos tienen el monopolio del conocimiento divino y que cualquier otro Maestro diferente del suyo es un aventurero. Puede ser que mantengan estos estrechos conceptos, ya que no siguen sinceramente a su propio Profeta. Pero los errores humanos, por muy firmemente establecidos que estén, no invalidan la Verdad. El testimonio general de los Mensajeros de Dios sobre Su propio lugar en la historia es incontrovertible; y uno de los beneficios mayores de la existencia de predicciones en todas las Revelaciones es que ayuda a imprimir sobre la mente humana la eterna coordinación de advenimientos y de eras y la constante providencia de una Mente omnisciente y todopoderosa.

La gran tarea mundial de redención universal es responsabilidad común de todos los Grandes Profetas. Cada Uno tiene parte, Su porción designada. Cada Uno toma la tarea de las manos de Su predecesor y la lleva adelante hasta que en la hora señalada cede Su obra ya completa a Sus propios sucesores.

Los poderes con los que están dotados estos Maestros son trascendentales e inmensurables:

"Cualquiera que sea la época o ciclo en que se Les envíe a este mundo desde Sus invisibles Moradas de Antigua Gloria para educar las almas de los hombres y dotar de gracia a todo lo creado, están sin excepción provistos de un Poder que todo lo somete, e investidos de invencible Soberanía. Por cuanto estas Joyas ocultas, estos recónditos e invisibles Tesoros, manifiestan y establecen por Sí mismos la Realidad de estas santas palabras: 'Ciertamente Dios hace lo que es Su Voluntad, y ordena lo que es Su deseo'".[28]

Sin embargo, no es de ningún modo el esplendor de los Grandes Profetas lo que impresiona a todos los que Les observan e impone el homenaje inmediato de las multitudes. Como hombre, está marcado por la simplicidad y la amabilidad y la carencia de ambiciones personales. A menudo nace de padres humildes, es desconocido e indigente. Es siempre un hombre con pocos estudios. No busca para ejecutar Su misión ninguno de los medios que suelen usar los conquistadores, reyes y aspirantes a puestos elevados, tales como la influencia familiar, la riqueza, el arte

[27] Juan 1:21
[28] Kitáb-i-Íqán

de la insinuación o la fuerza armada. Comparado con los poderosos de los campos de batalla, de las asambleas y de la corte, Él aparece como el más débil de los débiles. Frente a la violencia, parece indefenso. Sujeto como cualquier otro hombre a los males de los que la carne es heredera (como el hambre, la sed, el abatimiento, la enfermedad y similares), Él se encuentra a merced de Sus enemigos y cae como víctima fácil para quienes Le colman de indignidades y sufrimientos.

Pero Bahá'u'lláh, en el libro anteriormente citado, escribe sobre los Profetas:

"Aunque Su habitación sea el polvo, Su verdadera morada es la Sede de Gloria en los Reinos de lo Alto. Aunque están privados de todo el bien terrenal, vuelan por los Reinos de Riquezas insondables. Y en tanto que sufren dolorosamente en manos del enemigo, están sentados a la Diestra del Poder y del Dominio Celestial. En la lobreguez de Su humillación, brilla sobre Ellos la luz de Gloria Inmarcesible; y sobre Su impotencia, se vierten las señales de invencible Soberanía."

Pues el poder distintivo de los Grandes Profetas es espiritual e intelectual. Es de una clase que otros hombres no poseen ni pueden entender. Opera en un Plano del ser que se encuentra más allá de la percepción humana. Actúa directamente sobre las facultades subliminales de la raza. Es creativo; infunde a los niveles más profundos del ser humano un Poder nuevo, un Poder de pensamiento y de sentimiento que no se encontraba antes en él. Eleva realmente a la humanidad a un nuevo nivel de conciencia. Estimula habilidades latentes y permite al hombre llegar un poco más alto que el alcanzado en el reino espiritual que le rodea. El Profeta Mayor siempre trae un Nombre de Dios nuevo; no solamente un Título nuevo, sino un nuevo Atributo de Dios: esto es, introduce en la conciencia humana un Atributo nuevo por el que Dios es conocido, una concepción más completa de Dios.

Su autoridad sobre la humanidad es, por tanto, de tal magnitud que no hubo jamás potentado terrenal alguno que lo compartiera, se aproximara a ella o siquiera soñara con ella. Él es inigualable, supremo, invencible. Su Soberanía sobre la humanidad es descrita por Bahá'u'lláh como:

"… el Poder que abarca y penetra todo y que es ejercido inherentemente por el Qá'im, ya sea que aparezca o no ante el mundo ataviado de la majestad del dominio terrenal. Esto depende únicamente de la voluntad y agrado del propio Qá'im. Esa Soberanía es el ascendente espiritual que Él ejerce en grado sumo sobre todo lo que hay en el cielo y en la tierra, y que a su debido tiempo se revela al mundo en proporción directa a su capacidad y receptividad espiritual."[29]

[29] Kitáb-i-Íqán

Explica que esta Soberanía espiritual trascendente ***"reside en Ellos y gira en torno de Ellos desde la eternidad hasta la eternidad. Ni por un momento puede ser separada de Ellos. Su dominio abarca a todos los que están en el cielo y en la tierra."***

El desarrollo que produce el *fiat* creativo del Gran Profeta en los corazones y almas de los hombres aparece de muchas formas. Un nuevo fundamento para el acuerdo llega a la comprensión de los hombres. Y gentes divididas durante mucho tiempo por prejuicios de raza o clase se encuentran unidas en grupos sólidos con armonía y afecto. Se eleva el nivel de la moral en naciones enteras. La sociedad pide nuevos medios para auto-expresarse. Surgen nuevas instituciones y toma forma gradualmente una nueva civilización material que se encuentra mejor adaptada que la antigua, a la conciencia evolucionada de los pueblos.

Una reconstrucción tan vasta, implica no pocas cosas que demoler. El mismo Gran Profeta, aunque reafirma todas las enseñanzas espirituales de la anterior Revelación, no duda en modificar o revocar los reglamentos de tipo material y las ceremonias ordenadas por Sus predecesores. Éstas eran adecuadas para la mente de las personas en una etapa determinada de su crecimiento. Pero en un mundo que cambia continuamente, los ritos y las reglas que son convenientes hoy no lo serán mañana. Las formas exteriores de la adoración y las ordenanzas sobre fiestas y ayunos, sobre la comida, la bebida, el matrimonio y cosas similares no son sagradas en sí mismas como lo son las verdades eternas. Por tanto, estas cosas vuelven a ser reguladas nuevamente de tiempo en tiempo. Pero el Mensajero divino nunca es un revolucionario, ni es siempre un reformador en el sentido ordinario de la palabra. Más que por medio de un despliegue externo de poder, cambia el corazón de los hombres y la economía de las naciones avivando el proceso de crecimiento; y el resultado de Su influencia no aparece inmediatamente. Se muestra muy cuidadoso para no dejar que Su Causa parezca política, e instruye a Sus seguidores para que observen un cuidado similar. Los pensamientos y tendencias que transmite a la humanidad son como semillas: crecen de modo natural, gradual y lentamente. Como en el mundo vegetal los árboles de larga vida no maduran rápidamente, del mismo modo los grandes desarrollos que inicia el Profeta sólo aparecen en toda su trascendencia después de muchos años. Primero la gente debe elevarse espiritual y moralmente; y cuando esta educación ha avanzado lo suficiente, entonces aparece seguidamente el progreso en cuestiones seculares, en las leyes, el orden, el arte, la música, la literatura y cosas semejantes.

Un Gran Profeta funda la civilización material de Su era sobre una base de espiritualidad y la preserva mediante la influencia de la religión. Puede que pasen siglos antes de que llegue a establecerse la nueva economía, pero antes o después habrá de aparecer. A lo largo de toda Su dispensación, Su dominio es completo y

Su voluntad inagotable. Sus preceptos y ordenanzas han de ser obedecidas puesto que provienen de Dios; Sus enseñanzas son suficientes para la salvación: nadie puede aproximarse a Dios salvo a través de Él, pues Dios Se manifiesta sólo en Él, y apartarse de Él es apartarse de Dios. Por poco merecedora de Su ayuda que sea la gente y por muy escasa que sea la respuesta a Su llamada, Su tarea no puede fracasar ni Su misión quedar incumplida. Pues la Presencia de Dios abarca todos los hechos de la gente de todas las épocas y la medida de su desobediencia no ha sido olvidada en el Plan determinado. Una etapa tras otra, el Propósito divino avanza exactamente como fue preordenado en el comienzo. Por regla general, cada Dispensación continúa durante muchos cientos de años, pero la duración varía enormemente. Se dice que la de Abraham duró entre quinientos y seiscientos años; la de Moisés, unos mil quinientos; la de Cristo fue de seiscientos veintidós años, y la de Muhammad duró mil doscientos sesenta años lunares. La duración de la era de El Báb, sin embargo, no fue más que de diecinueve años. La fecha exacta del final de una era está fijada claramente, a veces por un oráculo designado de antemano por Dios: el testimonio de las profecías en las Escrituras lo demuestra. Sin embargo, el Mensajero de Dios parece no predecir y quizás no conocer durante Su vida el año del ***"fin del mundo"*** y de Su regreso. Jesús esbozó proféticamente los fenómenos que señalizarían Su segunda venida, y ahora se ve que Su descripción fue maravillosamente clara y exacta; pero declaró que la fecha era desconocida para todos salvo para el Padre. ***"… Y nadie conoce lo referente a aquel día, o a aquella hora; ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre"***, dijo Jesús.[30] Y en otra ocasión habló de que el Padre había dejado para Sí Mismo el poder sobre los períodos y épocas.

Pero si bien las dispensaciones proféticas son de diversa duración, el desarrollo de la influencia de cada Profeta sobre el mundo sigue un curso invariable. No es quizá lo que uno esperaría. No está, como la de un gobernante mundano, sujeta a las circunstancias y casualidades mundanas. Ni alcanza su clímax al final para así concluir en su mayor esplendor. Sigue la misma ley de generación y corrupción, de crecimiento y decadencia que se observa en cualquier otro punto de la creación divina. Jesús asemeja la Causa de un Gran Profeta, a la que Él llama en este caso el Reino del Cielo, a una semilla, la más pequeña de todas las semillas, que crece hasta convertirse en un árbol tan grande como para abrigar a los pájaros del firmamento. Al final el árbol cae y muere. La Causa de cada Profeta, surgiendo en los más insignificantes comienzos, madura gradual y lentamente, hundiendo sus raíces profundamente y extendiéndose con fuerza cada vez mayor en todas direcciones hacia arriba y a su alrededor; hasta que cuando ha alcanzado el límite de su poder decae lentamente, y al final, cuando ya no da ni sombra ni fruto, muere

[30] Mateo 13:32.

y cae. En otro lugar Jesús advierte más específicamente sobre la repetición del crecimiento y la decadencia cuando habla de Su era como de una ***"generación"***, asemejando la declinación final de Su Causa al hundimiento de la vida humana en la decrepitud y la muerte: ***"No pasará esta generación, sin que suceda todo esto".***[31]

Pero el símbolo más común bajo el que se describe en las Escrituras una dispensación es el del día, siendo el Gran Profeta su sol, ***"la Luz del mundo"***. El esplendor del alba que engalana la tierra con luz y color y revela los objetos ante la vista del hombre, es un emblema natural para el efecto animador y revelador de la venida de un Gran Profeta; mientras que la puesta del sol al acabar el día corresponde al final de una era y la terminación de la misión de un Gran Profeta.

Algunas veces 'Abdu'l-Bahá comparaba la venida de un Profeta a la de la primavera, asemejando Su poder creativo sobe el espíritu de los hombres al de la oleada primaveral sobre el mundo vegetal. Por ejemplo, en **Respuestas a Algunas Preguntas** escribe:

"Ahora considera la influencia del sol en los seres de la tierra: cuántos signos y resultados se hacen evidentes y manifiestos, por su cercanía o su lejanía, por su surgimiento o su ocaso. En cierto tiempo es el otoño, en otro tiempo primavera, y luego verano o invierno. Cuando el sol pasa la línea del ecuador, la vivificante primavera se hace manifiesta en todo su esplendor, y cuando aquél se halla en el solsticio de verano, los frutos alcanzan el mayor grado de perfección, las mieses y plantas entregan su cosecha y los seres de la tierra alcanzan su más completo desarrollo y crecimiento.

De igual modo, cuando la santa Manifestación de Dios, que es el Sol del mundo de la creación de Dios, brilla sobre el mundo de los espíritus, pensamientos y corazones, aparece, entonces, la Primavera espiritual y la nueva vida; se hace visible el poder de la maravillosa Primavera y se observan portentosos beneficios. Como habrás observado, en el tiempo de la aparición de cada Manifestación de Dios ha sucedido un progreso extraordinario en el mundo de las mentes, los pensamientos y los espíritus. Por ejemplo, en esta Época divina, observa cómo el mundo de la mente y del pensamiento se ha desarrollado, aunque ahora sólo nos encontramos en el comienzo de ese amanecer. Y pronto presenciarás las nuevas Generosidades y las Enseñanzas divinas iluminando este mundo tenebroso y transformando estas tristes regiones en el Paraíso del Edén."

[31] Mateo 24:34.

El año tiene su invierno, el día su noche y la vida humana se cierra con la muerte. Así cada era (siguiendo una trayectoria espiral) vuelve sobre sí misma y regresa a la oscuridad de la que surgió. Cuando la soberanía del Gran Profeta ha alcanzado el cenit de Su Manifestación; cuando bajo Su cetro se han establecido una gran iglesia y una gran civilización; cuando es aclamado abiertamente como verdadero Mensajero de Dios, y eruditos e incultos profesan reverente temor hacia la menor de Sus afirmaciones; cuando los reyes se consideran a sí mismos menores que el más sencillo de Sus apóstoles; entonces la era cruza su meridiano y comienza un curso descendente. Entre los seguidores del Profeta aparece la debilidad; el entusiasmo y la obediencia desfallecen poco a poco; la fe se debilita, el amor se enfría. Las viejas formas permanecen y aun reciben un respeto supersticioso, pero los hombres pierden el contacto con el espíritu del Profeta ya ascendido, y la vasta estructura que había sido construida bajo su protección cae gradualmente en la desintegración.

Si no fuera por esta declinación hacia las tinieblas de la discordia y la incredulidad, la reaparición de la Luz divina no se haría necesaria. Siguiendo una ley espiritual permanente, la necesidad del hombre es la que requiere la ayuda del Cielo. Y en la hora de la muerte y la miseria espirituales, es cuando el Sol de la Verdad se aproxima una vez más y el Alba de un nuevo Día irrumpe sobre la oscuridad. Todos los Advenimientos, todos los Avatares que han aparecido en el mundo lo han hecho en momentos de emergencia en los que el fuego de la religión ardía ya débilmente y la gente se encontraba inmersa en el materialismo más bajo. Jesús dijo que así había ocurrido en los tiempos de Noé y que así ocurriría en la época de El Báb y Bahá'u'lláh. Así fue en la época de Su propia venida. En consecuencia, el Profeta no se encuentra con una respuesta general y favorable de aquellos a quienes ha vendo a beneficiar. La gente no entiende que sea necesario y no reconocen a su Libertador. Autocomplacientes y absortos en el materialismo de todas las clases, buscan cualquier cosa excepto una nueva revelación de la Verdad, un nuevo nacimiento espiritual, el advenimiento de un nuevo Señor en lugar de Aquel a quien falsamente parecen seguir y profesar reverencia. No sólo en algún Avatar particular, sino en cada Uno de Ellos, ***"la Luz brilla en la oscuridad y la oscuridad no Lo entiende"***.

En Su **Libro de Certeza**, Bahá'u'lláh expone el hecho de esta ceguera eternamente repetida y explica sus causas, siendo su propósito declarado ayudar al hombre a reconocer a la Teofanía del momento actual.

"Considera el pasado: Cuántos hombres, elevados y humildes, han esperado ansiosamente, en toda época, el advenimiento de las Manifestaciones de Dios en la santificada Persona de Sus Elegidos. Cuántas veces han esperado Su venida; con qué frecuencia han suplicado para que sople la brisa de la Misericordia

divina y aparezca la Belleza prometido desde detrás del velo del encumbramiento y sea revelada a todo el mundo. Y siempre que se abrieron las puertas de la gracia y las nubes de Munificencia divina se vertieron sobre la humanidad y la luz del Invisible brilló sobre el horizonte de Poder celestial, todos ellos Le negaron y se apartaron de Su Rostro, el Rostro de Dios Mismo. Remítete, para verificar esta verdad, a lo que ha sido escrito en todos los Libros Sagrados."

Y continúa: ***"En todos los siglos y épocas, las Manifestaciones de poder y gloria han sido sometidas a crueldades tan atroces, que ninguna pluma se atreve a describirlas".*** Bahá'u'lláh expone claramente las causas de esta trágica y desastrosa torpeza. Afirma que quien desee ser capaz de identificar a un Mensajero en Su aparición ***"debe purificarse de todo lo terrenal: sus oídos, de la palabrería ociosa; su mente, de las imaginaciones vanas; su corazón, de las aficiones mundanas y sus ojos, de aquello que perece."*** Y no debe ***"considerar las palabras y acciones de los hombres como norma para la verdadera comprensión y reconocimiento de Dios y Sus Profetas".***

"Reflexiona: ¿Cuál pudo haber sido el motivo de tales hechos? ¿Qué pudo haber inducido a semejante comportamiento para con los Reveladores de la belleza del Todopoderoso? Aquello que en días pasadas fue la causa del rechazo y oposición de esos hombres, ahora ha ocasionado la perversidad de la gente de esta época. Sostener que el testimonio de la Providencia era incompleto y que por eso ha sido la causa del rechazo de los hombres no es sino blasfemia evidente. ¡Cuán lejos está de la gracia del Todomunífico, de Su amorosa Providencia y tierna Misericordia, elegir a un alma de entre todos los hombres para que guie a Sus criaturas y luego, por una parte, privarle de la medida plena de Su testimonio divino y, por otra, infligir severo castigo a Su pueblo por haberse apartado de Su Elegido! Es más, las múltiples generosidades del Señor de todos los seres han rodeado, en todo tiempo, mediante las Manifestaciones de Su divina Esencia, a la tierra y a todos los que viven en ella. Ni por un momento ha sido retenida Su Gracia, ni tampoco las lluvias de Su amorosa Bondad han dejado de verterse sobre la humanidad. Por consiguiente, semejante comportamiento no puede atribuirse sino a la estrechez de mente de aquellas almas que vagan en el valle de la arrogancia y el orgullo, que están perdidas en el desierto del alejamiento, que caminan tras sus vanas fantasías y siguen las órdenes de los jefes de su fe. Su interés principal es la mera oposición y su único deseo es desconocer la verdad. Para todo observador perspicaz es evidente y manifiesto que si en los días de cada una de las Manifestaciones del Sol de la Verdad estos hombres hubiesen santificado sus ojos, sus oídos y sus corazones de todo lo que hubieran visto, oído y sentido, de seguro no se habrían privado de ver la Belleza de Dios ni se habrían extraviado lejos de los Aposentos de Gloria. Pero

pesaron el testimonio de Dios con la medida de su propio conocimiento, tomado de las enseñanzas de los jefes de su fe, y al encontrarlo en desacuerdo con su limitado entendimiento, se levantaron a perpetuar actos tan indignos.

Los jefes religiosos, en toda época, han impedido a la gente alcanzar las orillas de la salvación eterna, por cuanto sostienen las riendas de la autoridad en su poderoso puño. Algunos por ambición de poder, otros por falta de comprensión y conocimiento, han sido causa de esa privación de la gente. Por su sanción y autoridad, todos los Profetas de Dios han tenido que beber del cáliz del sacrificio y han alzado el vuelo hacia las Alturas de Gloria. Quienes han ocupado las sedes de autoridad y erudición, ¡qué indescriptibles crueldades han infligido a los verdaderos Monarcas del mundo, a esas Joyas de virtud divina! Contentos con un dominio transitorio, se han privado de una Soberanía sempiterna. Así, sus ojos no vieron la luz del Rostro del Bienamado, ni tampoco escucharon sus oídos las dulces melodías del Pájaro del Deseo. Por esta razón, en todos los Libros Sagrados se ha hecho mención de los sacerdotes de la época… Las recusaciones y protestas de estos jefes religiosos se han debido principalmente a su falta de comprensión y conocimiento. Jamás entendieron ni desentrañaron aquellas palabras pronunciadas por los Relevadores de la Belleza del Dios único y verdadero, que exponían las señales de la Manifestación siguiente. De ahí que levantaron el estandarte de la revuelta y provocaron discordia y sedición."

La misión de cada Profeta ha de enfrentarse, por tanto, en su nacimiento y en su infancia, con las críticas de los sofistas y la persecución de los poderosos. Su Causa se convierte en la piedra de toque mediante la cual el Señor de la Verdad prueba a las almas de los hombres para que se conozca la pureza de su fe y la realidad de su devoción. Separa a quienes parecían estar unidos por lazos muy íntimos: al camarada de su camarada, al amigo de su amigo, la hermano de su hermano, al padre del hijo.

Aquellos a quienes la prueba divina manifiesta como verdaderos creyentes son dotados por el Profeta con un poder sobrehumano si se levantan para confesar su fe y propagar la Causa. Su testimonio sobre Él nadie lo puede negar. Aunque posiblemente sean pocos, pobres, iletrados o gente oscura, o estén afligidos por dolencias corporales; aunque la oposición les estorbe o el encarcelamiento y el martirio les silencien, el Mensaje que ellos transmiten lo cogen otros y es transmitido sucesivamente. Al final prevalece. Es aceptado en todas partes y reconocido por todos como la Palabra de Dios. El período de transición, conocido en las Escrituras como el día del Juicio, queda entonces terminado. El segundo período de la era – el del desarrollo material – se abre y siguiendo su curso, como

en todas las eras anteriores, el correr de los siglos volverá a traer el fenómeno repetido de la debilidad y la decadencia.

Ésta es la procesión de las edades que los Grandes Profetas conducen, según su orden, uno tras otro, avanzando por la avenida del tiempo histórico. Todas son similares en estructura y movimiento; y todas están formadas según el mismo modelo cíclico por el que se conforman también dentro de la naturaleza el día, el año y la vida del hombre. Sin embargo, cada edad, si bien está inseparablemente atada a todas las demás, es una unidad completa, sirve a su propósito especial y no tienen duplicado alguno dentro de la serie completa.

El progreso de la humanidad tal como aparece en la historia no es uniforme, constante e imperturbable. Recuerda en su dinámica a la marea creciente, con olas que avanzan y retroceden, más que a una corriente que se desliza suavemente. Para usar otra imagen: el Gran Profeta es en relación a la humanidad como el corazón al cuerpo humano. La vida que Él infunde al mundo tiene sus latidos rítmicos como la sangre que es impulsada a través de las arterias. Este flujo de olas, estos pulsos del corazón, son impulsos de la Energía divina y constituyen los elementos vitales de la historia. Los advenimientos de los Profetas Mayores fijan las grandes épocas históricas y la duración de Sus misiones marca las grandes divisiones históricas del tiempo.

Capítulo IV

La Misión de Cristo nuestro Señor

La tarea de Cristo se diferenciaba de la de cualquiera de los Grandes Profetas que Le precedieron en que a Él Le fue asignado el deber de anunciar que el supremo Advenimiento de todos los tiempos estaba ahora cerca y había que completar la educación de la humanidad para tan augusto acontecimiento. Su Dispensación se distingue de todas las anteriores en que corona el período de preparación y conduce directamente a esa Edad de Dios para la que todos los Mensajeros anteriores habían preparado el camino.

Nunca hasta ahora se ha dado a los hombres la oportunidad de ver el trabajo de Cristo en su verdadera perspectiva ni discernir las proporciones plenas de Su sabiduría y beneficencia. Quienes se han sentido perdonados y redimidos por Él, han cantado a lo largo de toda la era cristiana Su alabanza con diversos acentos; y todo lo que sus labios pudieran pronunciar no alcanzaría a relatar plenamente su gratitud ni a expresar la felicidad que Él había traído a sus vidas. Los historiadores, desde la creencia y el escepticismo, han ensalzado la belleza radiante de Su carácter, la influencia elevadora de Sus enseñanzas y la transformación del mundo occidental que ha sido efectuada por medio de Su poder. Pero no fue hasta que el Alba de Dios clareó sobre la tierra que Bahá'u'lláh habló de la Revelación Progresiva de Dios a través de una secuencia de Maestros Divinos, tan antigua como el mundo, cuando el hombre pudo contemplar el Mensaje de Cristo en Sus aspectos más importantes y situarlo en Su verdadera relación con todo el propósito redentor del Dios eterno.

Ahora que los fieles vuelven la mirada hacia el pasado a través de los portales de la Edad de Oro de Dios, es posible discernir, desde un ángulo nuevo, valores en las enseñanzas de Cristo que antes estaban ocultos y explorar con visón más clara el contenido y el significado de muchas de Sus expresiones. Las indicaciones de Jesús, por supuesto, fueron hechas con amoroso cuidado, como las de cualquier otro Gran Profeta, a la medida de las necesidades y capacidades de las personas encomendadas a Su ministerio. De todo el ilimitado tesoro de Su conocimiento, Él derramó sobre ellos lo que pudiera ayudarles más. Pero Su misión especial de preparar a la humanidad para el Gran Clímax que se avecinaba dio a Sus enseñanzas un carácter muy especial. La esencia de Su Revelación fue diseñada para preparar a la humanidad para esa severa prueba de amor y espiritualidad a la que tan pronto sería sometida. Su corazón estaba fijo en el Reino que había de

venir y Su objetivo central fue adecuar a la gente para esta gran emancipación y fortalecerles ante los peligros del terrible Día de Juicio.

Ahora en el siglo veinte, cuando ese Día del Juicio ya se ha alzado sobre nosotros; cuando los principios de ese Reino han sido revelados divinamente y cuando su perfil está tomando forma visible sobre la tierra, ahora puede el creyente, por primera vez, discernir cómo la Revelación de Cristo fue concebida para llevar por una gradación natural a la edad de Bahá'u'lláh; ahora por primera vez puede apreciar algo de la presciencia y la sabiduría de Aquel cuya visión de largo alcance abarcó más allá de la amplia vista de Su propia Dispensación hasta los sucesos de este recién nacido Día de Dios.

El Mensaje central de Jesús fue Su promesa y Su advertencia de que antes de mucho (al final de una era más, la era que entonces empezaba) Dios establecería de hecho el Reino sobre la tierra; Sus cimientos serían establecidos en los corazones de los hombres, y quienes fueran hallados indignos serían destruidos. El acontecimiento con el que los poetas habían soñado, que los videntes habían descrito y que los profetas habían predicho, pronto dejaría de ser un sueño, una esperanza o una predicción para convertirse en un hecho histórico logrado al fin.

Éste fue el gran tema de la predicación de Jesús desde el principio al fin de Su ministerio, como lo había sido de Su precursor, Juan:

"Desde entonces comenzó Jesús a predicar, diciendo: 'Convertíos, porque ha llegado ya el Reino de los cielos'".[1]

Por orden Suya, la venida de ese Reino habría de ser la oración de los fieles a lo largo de toda Su Dispensación: ***"Venga Tu Reino, hágase Tu Voluntad en la tierra como en el cielo."*** Y la predicción de que un día Él volvería a tener comunión con los fieles en la tierra en el Reino de Su Padre es uno de los pensamientos de Su despedida en Su discurso de la última cena.

La Revelación de Jesús no fue exclusivamente espiritual. Fue, en parte, histórica. No sólo abrió las puertas de la vida futura más allá de la tumba, sino las puertas de la vida futura de la humanidad sobre la tierra. No sólo enseña a los hombres a mirar hacia su interior, donde Dios ha puesto Su santuario dentro del corazón humano, sino a vivir con la ilusión puesta en un tiempo en el que Dios establecerá Su tabernáculo entre los hombres. La esperanza se convirtió en una virtud cristiana; y el objeto de la esperanza no era sólo la salvación espiritual del individuo, sino la salvación social de la raza. Ordenó a los creyentes que no temieran, pues era deseo del Padre darles el Reino (palabras con las que, por supuesto, no se dirigía solamente a quienes estaban ante Él en ese momento, como

[1] Mateo 4:17.

cuando dijo: ***"Vigilad, pues no sabéis en qué hora vendrá vuestro Señor"***; o ***"Estoy con vosotros siempre, incluso hasta el final de la dispensación"***, sino a todos los fieles de su ***"generación"*** y posteriores). El Evangelio de Mateo cita cuatro de los más famosos discursos de Cristo. En cada uno de ellos – el Sermón de la Montaña, las palabras en las que confió Su misión a los doce; las siete parábolas del capítulo 13 y las palabras que pronunció en el monte de los Olivos – hay una referencia a la venida del Reino del Padre; y en una de ellas, no la menos sublime, no se hace referencia notoria a ninguna otra cosa.

La intensidad de la espiritualidad de Jesús, el vigor de Su insistencia en que la cuestión vital en la vida es que exista una relación adecuada del alma individual con Dios, hacen aún más asombrosas, más cautivadoras por contraste, aquellas predicciones históricas en las que se refiere a sucesos externos y acontecimientos mundiales y habla no sólo para el individuo, sino especialmente para las naciones y para la raza humana como un todo.

No es que las leyes y mandatos de Jesús sean diferentes en carácter y esencia de Sus predicciones y promesas. La perspectiva y el espíritu son siempre inalterables. Verdaderamente, bajo la luz de la Revelación posterior de Bahá'u'lláh, la conexión entre las dos partes de la enseñanza de Jesús se percibe íntima y cercana. La distinción es real; sin embargo, es evidente ahora que los principios espirituales que Cristo recomendó más encarecidamente son los mismos principios sobre los que está basado hoy el Reino de Su Padre en el mundo. Sus enseñanzas religiosas parecen haber sido dirigidas al propósito de preparar a la humanidad para ese regalo prometido que es el Reino, y haber sido diseñadas para elevarla y fortalecerla con vistas a la tarea de establecerlo sobre la tierra.

Y ello porque el Reino del Padre es verdaderamente un reino terrenal, en el sentido de que se establece firmemente sobre la sólida tierra para que todos los hombres lo vean, lo conozcan y habiten en él. Pero no es menos cierto que es un reino espiritual. El gobierno del Padre se establece primeramente sobre los corazones de los hombres, y es ganando sus corazones como controla su voluntad y sus acciones. Hasta que el corazón del hombre no se abre a Dios y llega a estar dispuesto y adecuado para recibirle, es imposible tal gobierno; y es a preparar el corazón para Dios a lo que Cristo dirige la mayor parte de Sus enseñanzas. Pónganse las instrucciones de Jesús junto a las del poderoso Profeta que le precedió, y en nada veremos un mayor aumento que en la insistencia en la espiritualidad y el amor. Moisés, adecuando Su Mensaje para una gente más ruda y una edad más atrasada, no había dicho nada de la vida eterna. Su religión era la religión de un solo mundo. Quienes obedecieran fielmente los mandamientos de Dios vivirían largamente en la tierra disfrutando de paz y abundancia. Pero la de Cristo era una religión de dos mundos, el exterior y el interior, el material y el

espiritual; y de los dos el segundo cobra mucha más importancia. No enseñó a los creyentes a que estimaran sobre todo las recompensas materiales, sino más bien a desear las bendiciones imperecederas de una visión de Dios, la admisión ante Su Presencia y el disfrute de Su misericordia. Moisés había dado un código global de estatutos y regulaciones; Jesús, hasta donde el canon nos informa, dio sólo dos ordenanzas materiales. Liberó a los hombres de la ley del sábado e hizo más restringida la ley del divorcio. Quitó un sistema complicado de rituales y sacrificios materiales, y no hay constancia de que instituyera en su lugar más de dos ceremonias, las cuales eran ambas esencialmente simbólicas. En contraste con los ofrecimientos exigidos por las viejas leyes, estos ritos no requerían desembolso material en ningún momento. La antigua ordenanza de que nadie que fuera a adorar a Dios debería aparecer ante Él con las manos vacías no se cumplía en ellos. No se pedía ni el regalo de un novillo, ni de un carnero u oveja, ni siquiera de una paloma pequeña o un par de pichones. Un simple arroyo y una comida corriente proporcionaban al cristiano todo lo que necesitaba para el bautismo y la partición del pan. El sentido y el valor de la observancia descansaban completamente en la realidad espiritual que representaban. El bautismo con agua tipificaba el bautismo con el Espíritu Santo y el fuego del amor de Dios (del que hablaba Juan) que Cristo confirió a quienes eran capaces de recibirlo. El carácter bendito de la fiesta de conmemoración estaba en su capacidad para renovar aquel amor espiritual que dio a la última pascua del Señor su gloria única e imperecedera.

Moisés, como todos los Grandes Profetas anteriores o posteriores, proclamó la ley del amor. Todos los Grandes Profetas lo hicieron. ***"Todas las leyes y ordenanzas",*** dijo Bahá'u'lláh, ***"han sido cambiadas de acuerdo a los requerimientos de los tiempos, excepto la ley del amor, que como un manantial fluye eternamente y cuyo curso nunca sufre cambio alguno".*** Moisés ordenó[2]: ***"Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza"*** y ***"… amarás a tu prójimo como a ti mismo".***[3] Pero Jesús reveló la ley de un modo más completo e insistió en una obediencia mayor a ella. ***"Un mandato nuevo os doy: Que os améis unos a otros…"*** Hizo del amor la prueba por la que se distinguía a Sus discípulos: ***"En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si os tuviereis amor unos a otros".***[4] Si bien enseñó que Dios era espíritu, los hombres aprendieron de Él que Dios era amor. La suma de todos los deberes del hombre hacia su Hacedor y hacia sus iguales estaba comprendida en la práctica del amor. Cuando Él llevó a los hombres a la cima de todas Sus muy exaltadas y

[2] Deuteronomio 6:5.
[3] Levítico 19:18.
[4] Juan 13:34-35.

exigentes demandas, les ordenó que fueran perfectos como su Padre, cuya naturaleza reveló que era espíritu y amor.

Si los hombres hubieran aprendido durante la era cristiana esta lección de espiritualidad y amor de su Maestro, el establecimiento del Reino del Padre sobre la tierra sería hoy una tarea fácil. El hecho de que el Reino – tal como lo creen los bahá'ís – ya ha sido de hecho inaugurado, de que ahora se yergue firme sobre cimientos inamovibles y toma forma en medio del caos de las naciones, es la prueba mayor que existe de la sabiduría, el poder y el triunfo de Cristo, nuestro Señor.

Cristo no solamente reveló los principios más importantes del Reino que, según dijo Él, habría de venir tan pronto, sino que dio numerosas señales por las que podría reconocerse la proximidad de ese Reino y de Su propio advenimiento. Él no dio la fecha: sólo era conocida por el Padre. Pero presagió una serie de acontecimientos y augurios, algunos inequívocos y portentosos, por los cuales ordenó a los hombres vigilar. El periodo había de ser lejano. El evangelio sería llevado a todas las tierras; y, sin embargo, antes de que el Hijo del Hombre viniera, la fe sería difícil de encontrar y la gente, cada vez más descuidada y desobediente, caería en la opresión y la tiranía y se entregaría a propósitos mundanos. El destino de los judíos, sin embargo, sería el pronóstico más definitivo del tiempo del fin. Durante la era cristiana habrían de ser dispersados por el extranjero y obligados a permanecer en el exilio. Cuando hubieran cumplido su sentencia y se les permitiera volver a su propia tierra, el mundo conocería que una época había concluido y una nueva edad había empezado para el mundo entero.

Una predicción así era clara que parecería que Cristo había hecho imposible no reconocer Su venida. Todavía fue más allá. Habló repetidamente sobre Su propia venida. Su lenguaje, que era (como siempre) sencillo, sin embargo era tal que atraía la atención y exigía ser examinado. Anunció que vendría con poder en la gloria del Padre; que enviaría a Sus ángeles por todo el mundo y que destruiría al impío; y que Su esplendor brillaría en la oscuridad desde el Oriente al Occidente. Pero también dijo con énfasis no menos grande que Su venida cogería a la humanidad por sorpresa: así como un ladrón entra a hurtadillas por la noche y está en la casa mientras el dueño duerme sin enterarse; así vendría Él a un mundo envuelto en la ignorancia espiritual y no sería observado por aquellos para quienes vendría.

No se encuentran señales de que Sus discípulos Le preguntaran por el significado de advertencias tan importantes y aparentemente tan contradictorias, ni nos ha quedado explicación alguna sobre cuestiones en las que parece no haber

concordancia. Dio a los hombres la suficiente información para guiarles rectamente cuando surgiera la emergencia y dejó el resto a sus propios esfuerzos.

El tono en el que dio a conocer estas profecías sobre el alba del Último Día no era el que Sus oyentes habrían esperado. No habló de la proximidad de la redención del mundo en estilo jubiloso y triunfal. Por el contrario, Sus palabras fueron de premonición y ansiedad. Aunque el gran Día que tenía el privilegio de predecir era el tiempo de la victoria de Dios, que acabaría con la tristeza, las lágrimas y la muerte espiritual, e introduciría el reinado de la concordia, la paz y la felicidad divina en el que los rectos brillarán como el sol en el Reino del Padre, sin embargo Sus palabras sobre la proximidad del Reino estaban imbuidas de graves presentimientos. Habló extensamente sobre la idea de un gran Juicio en el que figuraría como Juez y Se vería llamado a condenar a muchos que usaban Su nombre y se contaban entre Sus amigos; e imprimió firmemente en la mente de los hombres el miedo hacia un juicio estricto y universal y una exculpación final que sólo se obtendría tras la prueba de una calamidad sin precedentes.

Capítulo V

La Vigilia del Día de los Días

Tan profunda fue la impresión causada por las predicciones de Cristo que, desde la época de los apóstoles en adelante, la espera de una segunda venida en poder tuvo una posición prominente en la creencia cristiana ortodoxa durante varios siglos. Fue una característica importante de las enseñanzas de Pedro y Pablo. Constituye el tema de esa maravillosa serie de visiones que cierran el canon del Nuevo Testamento. Está asociada con los nombres de algunos de los primeros y más importantes padres de la iglesia: con Papías, con Ireneo, con Justino Mártir y con Tertuliano. Se encuentra en algunos de los primeros escritos cristianos, en la *Epístola de Barnabás*, en los testamentos de los doce patriarcas y en *El Pastor de Hermas*.

A pesar de las decepciones (pues los primeros creyentes habían tomado en un sentido demasiado restringido la promesa de que el advenimiento habría de suceder pronto), el entusiasmo de esta esperanza persistió durante unos tres siglos y no empezó a decaer hasta el reinado de Constantino. Desaconsejado por las autoridades eclesiásticas, para el siglo V ya había desaparecido de la escena y durante mil años a partir de esa fecha apareció más bien poco en la historia.

Sin embargo, jamás desapareció de la mente popular, y con el Renacimiento y la Reforma comenzó a encontrar una vez más su lugar dentro de las creencias e ideas cristianas. Nada menos que en los comentarios del siglo XIV, desde la época de Dante y Giotto en adelante, el arte y la poesía de Italia retratan el Juicio Final en obras que son aún famosas. Orcagna, por ejemplo, tiene un cuadro sobre el mismo en el camposanto de Pisa; Lucha Signorelli en la catedral de Orvieto; Miguel Ángel en la Capilla Sixtina (1541), mientras que Fra Angélico y Tintoretto trataron este tema más de una vez. Más tarde aparecieron representaciones del mismo tema en Alemania y en muchos otros lugares, ocupando el *Dies Domini* de Sir E. Burne-Jones la posición de epílogo de la larga serie. También escritores antiguos no tan distinguidos como Dante cantaron al Juicio Final en versos que no se han olvidado:

"Judicabit omnes gentes
Et et salvabit inocentes.
Dies illa dies vitae,
dies lucis inauditae
Dies Qua nox omnis destruetur

et mors ipsa morietur”.[1]

Los poetas inglesas del siglo XVII empezaron a escribir sobre el día que había de venir. Por ejemplo, Henry Vaughan:

“… Aquel día, límite supremo del Tiempo,
en el que todo perecerá salvo lo Divino,
cuando el potente sonido de la gran trompeta
conmoverá los cimientos de la tierra,
hasta que las duras roca tiemblen
y se fundan como montones de nieve,
y como granizo caigan los relámpagos
y los blancos tronos se establezcan en lo alto.
Aquel día, enviado en su gloria por el Padre,
el Príncipe de la vida reunirá a sus elegidos;
millones de ángeles en torno a Él volando,
mientras todas las razas de la tierra estarán llorando
y Él entronizado sobre las nubes
pronunciará al fin su última y justa sentencia:
quién debe vivir, quién morir.”

Y John Dryden:

“Como por la fuerza de unos Versos sagrados
las esferas comenzaron a moverse
y cantaron la alabanza del Supremo Creador
para todos los benditos que están en lo Alto;
así, cuando la hora última y terrible
devore este gran teatro que se deshace,
se oirá en lo alto la Trompeta,
los muertos vivirán, los vivos morirán
y una música desafinará en los cielos”.

En el siglo XVIII, grandes pensadores y maestros de muchas escuelas de pensamiento comenzaron una vez más a recordar la esperanza del retorno de Cristo. Uno de ellos fue Bengel, cuyo trabajo como erudito es la base de toda la crítica moderna en torno al Nuevo Testamento (murió en 1752). Otro fue sir Isaac Newton; otro Charles Wesley. El período de la Revolución Francesa elevó el interés por las profecías bíblicas. Durante la primera mitad del siglo XIX la

[1] Juzgaba a toda la gente y salvaba a los inocentes. Aquel día de la vida, día de la luz sin par. Cuya noche fue destructora y hasta la muerte fue muerta.

expectación general ante el retorno de Cristo tuvo dentro de la creencia cristiana un papel mayor que en ningún otro momento desde el siglo II, y se asemejaba a las creencias de aquellos primeros tiempos en que se pensaba que el advenimiento era inminente. Confinada casi totalmente a las confesiones protestantes, fue compartida, si no en todas, en la mayoría de las iglesias, por cristianos individuales, y despertó en algunos sectores de la cristiandad el mayor entusiasmo. Fue proclamada por cuerpos como los irvingitas, y se convirtió en un principio distintivo de varios grupos adventistas. La enseñaban teólogos ilustres del continente al igual que de Inglaterra: Delitzsch y Godet, así como el arzobispo Trench, el obispo Ellicott, el obispo Ryle, el canónigo Fremantle y el señor Moody. La literatura sobre este tema, desde la época de la **Exposition of the Apocalypse** de Bengel y su **Ordo Temporum a Principio per Periodos Economiae Divinae Historicus atque Propheticus**, se hizo más y más voluminosa, y las interpretaciones de las antiguas profecías más y más variadas. Un erudito fijó la fecha del retorno en 1785. Bengel dio 1836; William Miller, 1843-1844; Cumming, 1866. A veces, la manera, el lugar y el mismo día de la segunda venida fueron determinados por los cálculos de los piadosos; y en una ocasión notable una congregación de devotos se reunió en un punto designado para observar las nubes desde las que un Mesías vestido de blanco habría de descender a la tierra antes de la caída de la noche.

Sería fácil, sin embargo, exagerar hasta qué punto esta expectación llegó a ser la actitud predominante. La totalidad de las Iglesias Romana y Ortodoxa, y una mayoría conservadora dentro de las confesiones más liberales parecen no haber sido afectadas.

Mas la actitud de expectación religiosa no estuvo limitada al cristianismo. Fue compartida por los seguidores de otras religiones mundiales: por los budistas, que aguardaban la venida del quinto Buda; por los zoroastrianos, que buscaban al Sháh-Bahrám; por los hindúes, que habían esperado por tanto tiempo a la décima encarnación de la Verdad llamada Kalki[2]; y por el islam, que esperaba tan ansiosamente la doble Manifestación predicha por Muhammad.

Hacia mediados del siglo pasado las expectativas cristianos sobre el Segundo Advenimiento habían alcanzado su cenit. Después de aquella fecha empezaron a declinar y finalmente desaparecieron del panorama. Incluso cuando se cumplió la señal del regreso de los judíos a Palestina tan dramáticamente como para sobrecoger la imaginación de quien estuviera familiarizado con las predicciones de

[2] "Vishnú es el dios que de tiempo en tiempo se encarna para rehabilitar el mundo… El número de estas encarnaciones o descensos no está fijado… Al final de la era aparecerá como Kalkin, que inaugurará una era nueva y mejor". (Zaehner, **Hinduism**, p. 120. Cita del Ed.)

Cristo, no se volvió a despertar la expectación anterior y el corazón de la cristiandad no se sintió impulsado a buscar explicación a tan asombroso fenómeno.

¿Fue, entonces, esta esperanza ardiente y fervorosa una repetición del error de los cristianos del siglo II? ¿Fue todo este entusiasmo y esta actividad el producto de una fantasía desordenada y supersticiosa? ¿Fue probado por estos acontecimientos que aquellos que no mostraron interés alguno por el movimiento de expectación, y que no eran conscientes de ningún impulso proveniente de lo Alto, estaban en lo cierto, y que los que observaban vigilantes para ver el cumplimiento de la antigua promesa estaban demostrable y totalmente equivocados? Eso es lo que piensa el mundo hoy; pero los bahá'ís sostienen una opinión opuesta. Mantienen que el Adventismo Cristiano no era un sueño insensato y vacío, sino una respuesta intuitiva a un hecho verdadero. Mantienen que la esfera del pensamiento espiritual dentro de la que habita el hombre fue cargada y sobrecargada con las nuevas de la inminente Manifestación, y que las mentes espirituales que estaban en contacto con esta esfera fueron impresionadas con una percepción auténtica del Nacimiento Divino que había de producirse.

Está registrado que en la época de la Primera Venida de nuestro Señor una advertencia mística se difundió por todas partes, emanando de la Presencia de Dios y alcanzando a los espíritus humanos aquí y allá. La creencia de que un gran gobernante surgiría de la tierra de Judá estaba extendida por todo el Oriente. Es mencionada por Suetonio. Tácito pensó que había sido cumplida por Vespasiano, quien, después de la represión de la revuelta judía y la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., celebró juntos a su lugarteniente Tito un triunfo conjunto por aquella victoria tan señalada. Alcanzó, quizá, hasta un lugar tan al oeste como Roma, donde Virgilio introdujo en una de sus églogas una misteriosa alusión que los cristianos han interpretado siempre como una referencia directa al nacimiento de Cristo; y su inspiración otorgó un conocimiento exacto de la verdad a observadores tan alejados como el anciano Simeón en Jerusalén y los Reyes Magos en cierta región desconocida hacia donde salen las estrellas.

Por muy extendida y constante que alcanzase a ser esta creencia, no indujo a los compatriotas de Virgilio o de los Magos, ni a ningún pueblo entre los gentiles, a buscar una epifanía de Dios o a reconocer al Libertador del mundo en el Profeta de Galilea. Incluso los propios judíos, a pesar de sus extraordinarios privilegios, a pesar de haber sido guiados especialmente a través de su historia y de sus Escrituras, y aunque su tierra había sido designada como centro de la expectación general, permanecieron tan ciegos ante el Acontecimiento Divino como cualquiera de los que ellos despreciaban por ser extranjeros y paganos alejados de la luz.

La incapacidad de los judíos para apreciar la importancia de Jesucristo es comparada por los bahá'ís a la incapacidad del mundo de la época actual para apreciar la importancia de Bahá'u'lláh y de Sus enseñanzas. Se dice que las razones de la insensibilidad de la humanidad en la actualidad son del mismo carácter que las que causaron una insensibilidad similar al comienzo de esa era. En el caso de los judíos, el prejuicio y el tradicionalismo habían pervertido el juicio de la gente y de sus líderes y habían llevado en especial a profundos errores en la interpretación de las profecías. No se tomaron las predicciones de manera espiritual o figurativa, sino en un sentido que era puramente literal y a veces infantil, de modo que en lugar de ser una luz para guiar hacia la verdad se convirtieron en una pantalla que obstaculizaba toda visión de aquélla.

'Abdu'l-Bahá consideró tan significativo este malentendido, que añadió al **Bahá'u'lláh y la Nueva Era** del Dr. Esslemont una aclaración propia sobre el tema.

"Cuando hace veinte siglos apareció Cristo, aunque los judíos esperaban ansiosamente Su llegada y rogaban todos los días con lágrimas en los ojos, diciendo: ¡Oh Dios!, apresura la Revelación del Mesías, con todo, cuando el Sol de la Verdad amaneció, lo negaron y se levantaron contra Él con la mayor saña; crucificaron a ese Divino Espíritu, el Verbo de Dios, y Le llamaron Belcebú, el demonio, como lo relata el Evangelio. La razón de esto fue que ellos pensaron: La Revelación de Cristo, de acuerdo con los textos de la Torá, debe ser atestiguada por ciertos signos y en tanto que esos signos no hayan aparecido, aquel que pretenda ser el Mesías será un impostor. Entre esos signos está éste: que el Mesías vendrá de un lugar desconocido. Sin embargo, todos conocemos la casa de este hombre en Nazaret, y ¿puede salir algo bueno de Nazaret? Un segundo signo es que Él reinará con vara de hierro, es decir, que traerá la espada, y este Mesías no tiene siquiera un bastón de madera. Otra de las condiciones y signos es que Él debería sentarse sobre el trono de David y establecer la soberanía de Dios; pero, lejos de poseer un trono, este hombre no tiene ni siquiera una estera sobre la cual sentarse. Otra de las condiciones es la promulgación de las leyes de la Torá, y este hombre ha abrogado esas leyes y hasta ha quebrantado el sábado, y la Torá dice claramente que aquel que se diga profeta, haga milagros y quebrante el sábado, debe ser muerto. Otro de los signos es que en su reinado la justicia será tan perfecta, que la virtud y la felicidad se extenderán del mundo humano al mundo animal, de tal manera que el serpiente y el ratón compartirán el mismo agujero, la perdiz y el águila el mismo nido, el león y la gacela pacerán juntos, y el lobo y el cabrito beberán de la misma fuente. Sin embargo, ¡la injusticia y la tiranía reinan en su tiempo en tal forma que lo han crucificado! Otra de las condiciones es que en los días del

Mesías, los judíos prosperarán y triunfarán sobre todos los pueblos de la tierra, pero ellos viven en la mayor humillación y esclavitud en el imperio de los romanos. Entonces, ¿cómo podía ser éste el Mesías prometido por la Torá?

Así fue como ellos rechazaron a ese Sol de la Verdad, a pesar de que ese Espíritu de Dios era en realidad el Prometido en la Torá. Mas como no comprendían la significación de esos signos, crucificaron al Verbo de Dios. Ahora los baha'is afirman que los signos profetizados existieron en la Manifestación de Cristo, aunque no en el sentido en que los judíos entendían, puesto que la descripción de la Torá era alegórica. Por ejemplo, entre los signos está aquel de la soberanía. Los bahá'ís dicen que la soberanía de Cristo era celestial, divina, eterna, no una soberanía napoleónica, pasajera. La soberanía de Cristo se estableció hace poco menos de dos mil años, perdura todavía y por toda la eternidad ese Santo Ser será exaltado sobre un Trono eterno.

De una manera análoga se han manifestado todos los otros signos, pero los judíos no lo comprendieron. A pesar de que han transcurrido casi veinte siglos desde que Cristo apareció con divino esplendor, los judíos esperan aún la llegada del Mesías considerándose a sí mismos como justos y a Cristo como falso."

De manera paralela, los bahá'ís creen que los milenaristas del siglo pasado, aunque mostraron una delicadeza notable en su sensibilidad espiritual, fueron privados de los primeros frutos de su intuición por un error de comprensión respecto al significado de sus Escrituras. Al tomar, por ejemplo, en un sentido puramente literal, la afirmación de que Cristo volvería sobre una nube, equivocaron la advertencia que intentaba transmitir la alegoría de la nube (tal como Bahá'u'lláh explicó en el **Libro de la Certeza**) y se sumergieron en una calamitosa confusión imaginándose que Jesús descendería corporalmente de la estratosfera en una niebla flotante. Todo el hecho del retorno personal de Cristo fue malentendido en sí mismo por ellos por su falta de información sobre el principio de las Manifestaciones recurrentes de Dios. No buscaron un retorno análogo al de Elías en Juan el Bautista o de Abraham en Moisés. No consideraron que el mismo que dijo: ***"volveré de nuevo"***, dijo también ***"Antes de que Abraham fuera, era Yo".*** Sus mentes no se habían fijado en una nueva Manifestación, dentro de otra forma humana, de aquella Esencia eterna y permanente a la que Cristo llamó ***"Yo"***; sino meramente en una reaparición en la que surgiría del cielo aquel mismísimo ser y persona que había nacido anteriormente entre ellos de la Virgen María. Además de esto, los bahá'ís aseguran que en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, al igual que en las Escrituras de otras religiones mundiales, los mandatos y ordenanzas del Altísimo son dados en lenguaje sencillo y no tienen significado oculto; pero, por otro lado, las ***"cosas que se han mantenido en secreto desde la fundación del mundo"***, misterios del futuro y predicciones de la

venida del Reino, son expuestas en símbolos o parábolas que tienen un significado más profundo, escondido bajo el significado literal de las palabras.

Sin embargo, estas profecías pueden ser mal interpretadas; y los Escritos sagrados contenían advertencias sobre la dificultad de leerlas correctamente. En su **Bahá'í Proofs**, Mírzá Abu'l-Fadl, un renombrado erudito bahá'í, trata extensamente esta cuestión de las profecías de la Biblia[3] y señala que, si bien las predicciones sobre el Último Día son numerosas en todos los Libros sagrados, sin embargo, estos libros afirman claramente que por el decreto de Dios nadie será capaz de abrir y desvelar el significado verdadero de estas predicciones hasta que el Último Dios alboree efectivamente, y que incluso en fecha tan tardía, la interpretación correcta les será negada a todos excepto a aquellos a quienes Dios elija.

Cita como textos probatorios Isaías 6:1-12.

"Haz torpe el corazón de ese pueblo y duros sus oídos y pégale los ojos; no sea que vea con sus ojos y oiga con sus oídos y entienda con su corazón y se convierta y se cure. Yo dije: ¿Hasta cuándo, Señor? Dijo: Hasta que vacíen las ciudades y queden sin habitantes, las casas sin hombres, la campiña desolada y haya alejado Yahvéh a las gentes y cunda el abandono dentro del país."

Y dos fragmentos de Daniel:

"Y tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos andarán errantes acá y allá, y el conocimiento aumentará."

Dijo:

"Anda, Daniel, porque estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán lavados, blanqueados y purificados; los impíos seguirán haciendo el mal; ningún impío comprenderá nada; sólo los doctos comprenderán".[4]

Igual que en el cristianismo, sucedió en el resto del mundo. La expectación universal acerca de una augusta Teofanía fue viciada por malentendidos y no llevó a ningún resultado positivo. Un tradicionalismo rígido agarrotó las almas de los hombres. Ninguna religión organizada en rincón alguno del planeta parece haber creído que el Profeta que había de venir exigiría reformas radicales y elevaría a los pueblos a un nivel de pensamiento y conducta superior a aquel con el que se habían contentado en el pasado. Todas las religiones buscaban un vindicador que sería exclusivamente de los suyos, que justificaría sus dogmas, reforzaría sus

[3] Páginas 198-214.
[4] Daniel 12:9-10.

instituciones y las exaltaría a una posición de supremacía completa e incuestionable sobre las creencias equivocadas del resto de la humanidad.

Así pues, la unanimidad del mundo en su espera de un Advenimiento Divino no era tan completa como para sugerir que, cuando el Liberador apareciera realmente, todas las confesiones de todas las razas serían como una sola para aclamarle. Muy al contrario. No solamente cada una de las religiones había trazado un perfil aproximado de su propia y distintiva imagen del Mesías, sino que algunas de estas religiones estaban ellas mismas subdivididas en numerosas sectas, cada una de las cuales había preparado el retrato del Mesías con detalles todavía más reducidos y exclusivos. Por muy dispuesto que hubiera estado, por tanto, el Maestro Divino a acomodarse a las predilecciones de los hombres, es evidente que no había ninguna posibilidad de que complaciera las expectativas de algo más que una proporción diminuta de la raza humana y al mismo tiempo desilusionara profundamente las esperanzas de todos los demás millones de seres humanos. Por otra parte, si el Santo Profeta tenía que venir (como todos los Santos Profetas habían hecho antes de Él) sin tener en cuenta ninguna de las concepciones previas del hombre, trayendo un nombre nuevo y un nuevo libro, tendría que enfrentarse con la negativa de cada uno de los sectores de cada una de las religiones existentes. La aceptación de Su misión tendría lugar por el juicio personal de los individuos independientes.

Quienes aparecen como primeros culpables de no haber prestado atención a las enseñanzas de Bahá'u'lláh son, según los bahá'ís, los seguidores de una religión en particular, los musulmanes. Si el islam no se hubiera mostrado tan indigno del gran privilegio que se la había otorgado; si el Shah y el Sultán no hubieran encabezado las fuerzas del oscurantismo, la penosa condición de la humanidad en la actualidad (creen los bahá'ís) sería algo menos triste y la perspectiva sería quizá menos amenazadora. Si ese Espejo de perfecciones divinas, el Portavoz Supremo y Vice-regente de Dios, no hubiera sido encerrado en prisión durante todo el período de Su Manifestación, habría podido, en lugar de dirigirse a los gobernantes de Occidente por carta (que es lo que hizo), visitar sus dominios personalmente y dar a la declaración de Su misión la autoridad apremiante y la fuerza para impresionar con Su regia personalidad. Si se Le hubiera permitido gozar de una libertad tan corriente, se habría evitado el actual retraso en el reconocimiento de la nueva Jerusalén y las naciones se habrían ahorrado una inmensidad de sufrimientos.

El islam fue la última de las religiones mundiales, y contenía una serie de predicciones que indicaban claramente que iba a ser la sede y el centro del Avatar universalmente esperado. Estas profecías eran en algunos aspectos más definidas y detalladas que cualquiera de las existentes en otras creencias. Mostraban que el Advenimiento que estaba por llegar sería doble: iba a haber dos Manifestadores del

Ser Mismo de Dios; y también que cuando aparecieran introducirían grandes cambios en el orden de la Iglesia y el Estado, trayendo un nuevo sistema social y nuevas enseñanzas. Todas las sectas del islam aceptaban la primera profecía; pero ninguna aceptaba la segunda.

Además, entre los dichos atribuidos al Profeta Muhammad había una predicción que por su tema se sitúa aparte de todas, o de casi todas, las demás, pues no se refiere a la propia Manifestación o a sus efectos, sino al templo, a la lámpara, es decir, el cuerpo humano particular que habría de formarse para servir de santuario a la Manifestación.

Las predicciones de Cristo habían sido muchas y notables. Pero Cristo no había nombrado la religión dentro de cuyos confines tendría lugar su regreso. En estas profecías mencionó solamente una vez a la fe cristiana, y esta referencia fue un aviso de que arrojaría fuera como obradores de iniquidad a algunos que usarían Su Nombre. Tampoco dio ningún dato sobre la localidad o los elementos corporales de Su retorno. Por otro lado, las tradiciones musulmanes predecían claramente que el próximo Espejo de la Mente Divina, el Qá'im, aparecería dentro del redil del islam y sería uno de los descendientes directos del propio Muhammad. Debido a esta predicción bien conocida e importante, los descendentes de la sangre del Profeta eran diferenciados con el mayor cuidado en el islam; y todos los que ostentaban el honor de tal ascendencia tenían el título "Siyyid", y se distinguían públicamente de todos los demás musulmanes menos afortunados llevando un turbante verde.

Una declaración tan clara disminuía el campo de búsqueda e hizo de la tarea de reconocer al nuevo Qá'im una empresa más sencilla. Si los adherentes de otras religiones hubieran prestado atención a esta profecía, ¡qué errores y calamidades se habrían evitado! Pero incluso en el mismo islam la ayuda y los consejos tan bondadosamente dispensados por su Profeta fueron desperdiciados. Aunque ellos contaban con estos pronunciamientos, y aun otro centenar de ellos casi tan reveladores, los musulmanes no hicieron uso alguno de la asistencia de su Profeta y cuando llegó la hora del cumplimiento rechazaron sin vacilación al radiante e inmaculado Siyyid en cuya persona se encontraban todos los signos de divinidad que Muhammad había expuesto.

El nombre de aquel que fue escogido como el nuevo Gran Profeta era Mírzá 'Alí-Muhammad. Era el primero de los dos Mensajeros esperados, y Su función era abrir camino en el corazón de los hombres para la Manifestación aún más grande que había de seguir. Asumió en consecuencia el descriptivo título de ***"la Puerta",*** llamando de ese modo la atención hacia la naturaleza preparatoria de Su trabajo. Fue para Bahá'u'lláh, como Juan el Bautista para Cristo. Pero puesto que la

Teofanía que se aproximaba había de marcar la culminación de toda la historia humana, Él mismo ostentó la posición de un Gran Profeta independiente y estaba dotado, al igual que Muhammad, con la plenitud de la Autoridad divina. Como cualquier otro Gran Profeta, no apareció entre los hombres sin ser anunciado. Cincuenta y un años antes de Su Declaración surgió un cierto Ahmad-i-Ahsá'í, un hombre de carácter santo y elevada inteligencia, que empezó con tacto y cautela la tarea de preparar a los musulmanes para el Advenimiento del Qá'im. Aun siendo grande su reputación e influencia, no encontró entre quienes le escuchaban una sola persona que fuera capaz de apreciar el significado de su mensaje, hasta que después de veinte años se acercó a él un joven, Siyyid Kázim, a quien reconoció inmediatamente como un alma pura y espiritual. Tomó a Kázim como camarada y compañero y durante unos diez años ambos trabajaron juntos hasta que Ahmad murió cuando contaba poco más de ochenta años.

Desde el principio, Ahmad supo y proclamó que era inminente una doble epifanía de Dios y que el Día que se aproximaba sería de deslumbrante magnificencia. Aunque nunca llegó a reunirse en persona con El Báb ni con Bahá'u'lláh, llamó la atención en particular sobre la ciudad de Shíráz, el lugar de donde se habría de escuchar la voz de El Báb; y cuando algunos se asombraban de su enorme entusiasmo por esta ciudad, él decía: “No os maravilléis, porque muy pronto el secreto de mis palabras os será revelado. Entre vosotros habrá algunos que vivirán para ver la gloria de un Día que los profetas de la antigüedad añoraron presenciar”.

Él mismo no viviría, sin embargo, para ver el amanecer de aquel Gran Día. Completada su tarea, murió a una edad avanzada, unos dieciocho años antes de la Declaración de El Báb, y fue enterrado cerca de la tumba de Muhammad en la ciudad de Medina.

Estaba reservado a Kázim conocer a El Báb en persona, identificarle y reconocerle claramente como el Qá'im y, aun rehusando hacer público su nombre, retratarle de manera tan inconfundible que apenas dejara espacio para la incertidumbre. Dijo que el Advenimiento estaba cerca y el mismo Profeta en medio de ellos: “¡Le veis con vuestros propios ojos, y sin embargo no lo reconocéis!” Acosado con preguntas, llegaría a decir: “Es de noble linaje. Descendiente del Profeta de Dios, de la familia de Hashim. Es joven y posee conocimiento innato… Es de estatura mediana, no fuma y es extremadamente devoto y piadoso”.

En todo momento enseñó la naturaleza doble de la Manifestación por venir, mas hacia el final de su vida lo enfatizó aún con mayor fuerza e insistencia. Mandó a sus más fervientes seguidores que dejaran todo lo que poseyeran y se dispersaran en todas direcciones en busca de ese oculto Rey de reyes, el Señor Supremo del

Último Día aún no revelado, quien tendría el privilegio de decidir quiénes se convertirían en los campeones de El Báb.

"Permaneced firmes (les dijo) ***hasta el día en que Él os elegirá como compañeros y heroicos defensores del Qá'im prometido. El bien sea con cada uno de vosotros que libe la copa del martirio en Su sendero… En verdad os digo, después del Qá'im se manifestará el Qayyúm*** (se refiere a El Báb y Bahá'u'lláh)***. Porque una vez que se haya puesto la estrella del Aquél, el Sol de la belleza de Husayn se levantará e iluminará a todo el mundo. Entonces se desenvolverán en toda su gloria el misterio y el secreto de que hablaba Shaykh Ahmad, quien dijo: 'El misterio de esta Causa debe necesariamente manifestarse, y el secreto de este Mensaje debe ser necesariamente divulgado… ¡Oh mis queridos compañeros! ¡Cuán grande, cuán grandiosa es la Causa! ¡Cuán exaltada la posición a la que os llamo! ¡Cuán grande la misión para la que os he estado preparando y entrenando! Preparaos para el esfuerzo y fijad vuestra mirada en su promesa. Pido a Dios que por Su gracia os ayude a sobrellevar las tormentas de pruebas y dificultades que necesariamente os acosarán; que os ayude a salir sin un rasguño y triunfantes de en medio de ellas y que os guíe hacia vuestro elevado destino".***[5]

[5] Nabil, págs. 41-42.

Capítulo VI
La Puerta del Alba

Unos meses después de aquel día en el que los adherentes de William Miller estuvieron en América mirando al cielo para captar los primeros vislumbres del Salvador volviendo en Su gloria entre las nubes, en el otro extremo del mundo, El Báb realizó la Declaración de Su Sagrada Misión y empezó el trabajo destinado para Él de preparar a la humanidad para el amanecer del Último Día y el advenimiento de su Señor.

Nacido el 20 de octubre de 1819, era en el momento de Su Declaración un joven de 25 años de edad. De aquellas almas inquietas a las que rápidamente congregó en torno a Él para levantar el estandarte de la Causa de Dios, no pocos se encontraban, como Él mismo, en lo mejor de sus años jóvenes. Quizá la llama de Su espíritu juvenil ayudó a animar al movimiento bábí con ese espíritu de atrevimiento, de aventura y de valor indomable que ha ayudado a extender su fama hasta muy lejos entre las naciones. Ciertamente la dulzura y el encanto radiantes de su héroe, que Le hacían parecer el Avatar del Amor, y ese Poder instintivo que poseía para despertar en todos aquellos que Le abrían su corazón una devoción apasionada que no se retraía con ningún sacrifico, ciertamente estas cualidades y la atrocidad del odio clerical que le martirizó, han dado a la triste y breve crónica de Su carrera una belleza trágica que hace de ella uno de los episodios más conmovedores de la historia del mundo religioso.

Desde el principio el único propósito de El Báb fue preparar a los hombres para el advenimiento de Bahá'u'lláh. En 1843, el año anterior a Su Declaración, tuvo una extraña y simbólica experiencia en un sueño, y al despertarse sintió que el Espíritu de Dios había venido a Él y Le había poseído y vio desplegadas ante Sus ojos todas las glorias de la gran Revelación que había de venir. El título sagrado que Él asumió, la Puerta, significaba que Su misión era introductoria: su objetivo era abrir en los corazones de los hombres una vía través de la cual pudiera entrar esta poderosa Revelación.

El símil de “la Puerta” no era desconocido para los cristianos. Cristo lo había usado en una de Sus parábolas preferidas y más hermosas, y lo había aplicado en una forma peculiarmente enigmática. Se había presentado sorprendentemente bajo dos imágenes completamente diferentes en la misma parábola. ***“Yo soy la Puerta”***, dijo, y de nuevo: ***“Yo soy el que entra por la Puerta”.*** A continuación explicó que

aquel que entrara, por la Puerta y no de otra manera era el Verdadero Pastor y a Él seguirían los que conocían la Voz divina, la Palabra divina.

El título "la Puerta" era todavía más familiar a los musulmanes y El Báb tuvo cuidado de que no fuera tergiversado o mal comprendido. ***"La condenación de Dios caiga sobre el que Me considere como el representante del Imán o su puerta"***, declaró públicamente en la Mezquita de Shíráz en 1845.

Él era la puerta de un Advenimiento totalmente nuevo. En Su primer y más importante libro se refirió a su Señor: ***"¡Oh Tú, Recuerdo de Dios! Yo me he sacrificado enteramente por Ti; he aceptado maldiciones por Tu Causa y no he anhelado otra cosa salvo el martirio en el sendero de Tu amor".*** Y al mismo tiempo que rendía el más alto tributo a los apóstoles de Jesús, instruyó a las ***"Letras del Viviente"***, a quienes Él enviaba, diciéndoles que incluso el día de los apóstoles no era tan ilustre como el que estaba a punto de alborear. Él sabía bien que sería universal y abarcaría a todo el mundo; y el pensamiento de trabajar por ello era tan precioso que iluminaba y endulzaba hasta sus tristezas más profundas. La oración de auto-consagración que Él reveló sobre el cuerpo muerto de su hijo pequeño concluía con las palabras:

"Infunde Tu gracia en mi sangre que anhelo derramar en Tu sendero. Haz que riegue y alimente la semilla de Tu Fe. Dótala con Tu Poder celestial, para que esta semilla naciente de Dios pueda germinar pronto en los corazones de los hombres, que viva y prospere, que crezca hasta llegar a ser un gran árbol, bajo cuya sombra puedan reunirse los pueblos y razas de la tierra. Contesta mi oración, oh Dios, y cumple mi más caro deseo".[1]

No eran sólo las enseñanzas de Bahá'u'lláh las que habrían de rodear la tierra. La influencia de El Báb llegó muy lejos, tanto al este como al oeste; hasta los Adventistas de Europa y América en Occidente, y hacia el Oriente se extendió de igual modo, tal como parece por el incidente del derviche a quien el encanto de El Báb atrajo a Su lado desde la lejana India. Este peregrino contó cómo cuando él era un nawab en la India había visto a El Báb en una visión y Le había rendido su corazón al instante. El Báb fijó en él Su mirada y le ordenó abandonar su tierra natal y venir a pie a Persia, donde alcanzaría en Chiríq el deseo de su corazón. El derviche, renunciando a su encumbrada posición y dejando a un lado sus magníficos vestidos, viajó a Persia como se le había ordenado y, encontrando a El Báb en la prisión de Chihríq, reconoció Su rango de Profeta y Su misión y regresó después a pie hasta la India, igual que había venido, para divulgar allí por el mandato de El Báb las noticias de la Nueva Revelación.

[1] Nabíl, p. 77

Desde la infancia, El Báb llamó la atención por Su piedad sin afectación, Su vida inmaculada y Su comprensión intuitiva de las cosas espirituales. Quienes Le conocieron hablan de la gracia atrayente de Sus modales, de Su bondad, Su cortesía, Su dignidad. Siendo el más humilde y el más sencillo de los hombres, combinaba la serenidad con la inquietud de espíritu; y nadie podía equivocarse sobre Su valor, Su independencia o la cualidad dominadora de Su carácter y Su voluntad.

Su profesión era la de comerciante; y Su concepción de la moralidad en los negocios no sólo estaba muy por encima de la de la gente venal y corrupta entre la que trabajaba, sino que era de las que no es fácil encontrar aun en los mercados de la cristiandad.

El siguiente relato de una de las transacciones comerciales de El Báb está registrado por Nabíl.

"Cierto hombre Le confió determinado artículo, pidiéndole que dispusiera de él a un precio determinado. Cuando El Báb le envió el valor de ese objeto, el hombre encontró que la suma que le había sido ofrecida excedía en mucho el límite que había fijado. Inmediatamente escribió a El Báb pidiéndole que explicara la razón. El Báb replicó: ***'Lo que le he enviado es lo que le corresponde. No hay ni un centavo más de lo que le pertenece. Hubo un tiempo en que el encargo que me hizo alcanzó ese precio. Como no lo vendí por ese valor, considero que es mi obligación ofrecerle ahora la totalidad de esa suma'.*** Por más que el cliente de El Báb Le rogó aceptar que se le devolviera la suma en exceso, Él persistió en rechazarla".

Por otro lado, El Báb enseñó que no era correcto permitir que un comerciante pidiera más de lo que era el precio justo por un artículo. Una vez, cuando estaba en prisión, pidió que se comprara algo de miel para Él. Esto se hizo, pero por una cifra que Él consideró exorbitante. Se negó a aceptar la miel y dijo:

"Sin lugar a dudas, se podía haber comprado miel de mejor calidad a menos precio. Yo que soy vuestro ejemplo he sido comerciante de profesión. En vuestras transacciones deberías seguir Mi sendero. No debéis defraudar a vuestro vecino ni permitir que os defraude a vosotros. Tal fue el sendero de vuestro Maestro. Los hombres más astutos y hábiles eran incapaces de engañarlo; ni tampoco Él por Su parte eligió actuar con mezquindad hacia las más despreciables e impotentes criaturas"[2].

Durante el tiempo en que El Báb se presentaba como mercader y ciudadano corriente, disfrutó de la calurosa amistad y consideración de todos. Cuando, sin

[2] Nabíl, pág. 303

embargo, declaró a Husayn: ***"Yo soy El Báb, la Puerta de Dios"***; cuando hizo una declaración similar a Mírzá Muhit en La Meca y entregó el Mensaje de Dios al Sheriff de La Meca, llamándole a abrazar la Causa de Dios; cuando en la presencia del heredero al trono de Persia y los dignatarios de Tabriz congregados proclamó públicamente: ***"Yo soy el Prometido, cuyo Nombre habéis invocado por mil años";*** cuando escribió a Muhammad Sháh: ***"Yo soy el Punto Primordial del que se han originado todas las cosas creadas… Yo soy el Semblante de Dios, cuyo esplendor no puede nunca ser oscurecido, la Luz de Dios cuyo brillo no puede jamás apagarse…"***; cuando con pluma veloz vertió epístolas, comentarios y otros escritos con tal profusión que al final, según afirmaba, el volumen total ascendía a "500.000 versos"; cuando envió a dieciocho mensajeros escogidos para preparar el camino de la Causa, y cuando, por Su propia influencia y la de ellos, había en muchos distritos multitudes de personas conmovidas por las nuevas enseñanzas; cuando Él empezó a manifestar este tipo de actividades, los envidiosos jerarcas de Persia tomaron fuertes medidas para controlar e invertir la corriente de los sentimientos populares y reducir al nuevo Profeta y Su obra a la nada.

Sus enseñanzas eran tales que ningún amante de Dios o de la humanidad podría ponerles objeción alguna.

"El babismo", escribió Lord Curzon en su **Persia and the Persian Question**, p. 502, "podría ser definido como un credo de caridad y casi de humanidad común. Amor fraternal, bondad con los niños, cortesía combinada con dignidad, sociabilidad, hospitalidad, superación del fanatismo, espíritu de amistad incluso con los cristianos, están entre Sus principios".

La pureza y exaltación espiritual de la Causa de El Báb pueden captarse en la alocución que Él dirigió a Sus discípulos al enviarles para que extendieran Su evangelio por toda Persia. Parte de ella dice así:

"¡Oh Mis queridos amigos! Sois los portadores del Nombre de Dios en este día. Habéis sido elegidos como los depositarios de Su misterio. Debéis manifestar a cada uno de vosotros los atributos de Dios y ejemplificar por vuestras acciones y palabras los signos de Su rectitud, Su poder y gloria. Los mismos miembros de vuestro cuerpo deben dar testimonio de lo exaltado de vuestro propósito, la integridad de vuestra fe y el elevado carácter de vuestra devoción. Pues en verdad, éste es el Día del que Dios ha hablado en Su Libro: 'En ese día pondremos un sello sobre sus labios; sin embargo sus manos nos hablarán y sus pies serán testigos de los que habrán hecho'. Sois los testigos del Alba del Prometido Día de Dios. Sois los que participan del cáliz místico de Su Revelación. Preparaos para el esfuerzo… Purificad vuestros corazones de todo deseo mundano y que las virtudes angelicales sean vuestro adorno. Los días en

que la vana adoración era considerada suficiente han llegado a su fin. Ha llegado la hora en que nada sino el motivo más puro, apoyado por acciones de inmaculada pureza, puede ascender al Trono del Altísimo y ser aceptado. Habéis sido llamados a esta posición; la alcanzaréis sólo si os levantáis y pisáis con vuestros pies todo deseo mundano y os esforzáis por llegar a ser esos 'siervos distinguidos Suyos que no hablan hasta que Él haya hablado y que hacen lo que Él ordena'. Rogad al Señor vuestro Dios os conceda que ningún lazo terrenal, ningún afecto mundano, ninguna ocupación efímera ofenda la pureza o amargue la dulzura de la gracia que fluye a través de vosotros. Os estoy preparando para el advenimiento de un gran Día. Esforzaos al máximo para que en el mundo venidero, Yo, que os estoy instruyendo ahora, pueda, ante la sede de la misericordia de Dios, regocijarme por vuestras acciones y deleitarme por vuestras conquistas. Dispersaos a lo largo y a lo ancho de esta tierra y, con pies firmes y corazones santificados, preparad el camino para Su venida. No toméis en cuenta vuestras limitaciones y debilidad; fijad vuestra mirada en el poder invencible del Señor, vuestro Dios, el Todopoderoso. Levantaos en Su Nombre, poned toda vuestra confianza en Él y estad seguros de la victoria final".

Debido a la brevedad de Su vida y a que permaneció encerrado lejos de Sus seguidores durante cuatro de los nueve años de Su ministerio, El Báb fue privado de la posibilidad de dirigir la práctica de Sus preceptos y explicar como Él hubiera deseado los cambios que estos preceptos implicaban. Lo que activaba la fe de los primeros bábís no era la aceptación de una nueva forma de conducta o una nueva filosofía de la vida sino una devoción personal a El Báb y una creencia entusiasta en Su condición de Profeta.

La doctrina de El Báb, como Su carácter, era hermosa y atrayente; pero Su función de preparar el camino para el advenimiento de Bahá'u'lláh, combinada con la abyecta degradación del clero de Persia, Le hicieron aparecer en primer lugar como un destructor de ídolos, alguien que arremetía contra los abusos, que venía a quitar leyes y tradiciones obsoletas pero bien queridas. Al igual que los judíos del pasado acusaron a Jesús de "cambiar las costumbres que Moisés les había entregado", con no menos indignación los musulmanes acusaron a El Báb de alterar las costumbres ordenadas por Muhammad.

Los que eran expertos en islamismo demostraron ser trágicamente incapaces de percibir Su grandeza, de reconocer la realidad de Su misión o de apreciar el valor de los dones que Él pretendía derramar sobre ellos y sobre todos Sus compatriotas. Tenían por costumbre considerar todas las cuestiones en relación a ellos mismos nada más y la visión que tenían de sus propios intereses era de lo más estrecha, sórdida y trivial. El espíritu de la Fe que Muhammad y los Imanes habían enseñado y vivido, se había desvanecido hacia ya mucho tiempo. Tal como Ahmad y Kázim

habían atestiguado con gran tristeza, la sinceridad en la devoción era difícil, si no imposible, de encontrar. Las formas de la religión sobrevivían y el aparato de la adoración aún era atesorado; pero a pesar de tanta santurronería, y tanto alarde, la realidad había desaparecido. Los clérigos del islam habían manejado e interpretado las enseñanzas de su Profeta y las habían moldeado diestramente para que se ajustaran exactamente a sus deseos e ilusiones personales. En sus manos la doctrina había cristalizado en forma de leyes de una institución que estimulaba cualquier forma concebible de rapacidad y opresión. Los funcionarios del Estado y de la Iglesia tuvieron oportunidad de satisfacer, en nombre de su Profeta, sus propios oscuros placeres, sin destello alguno de amor a Dios y sin que algún temor a Su venganza pudiera intimidarles. Las reformas de El Báb desafiaban las corrupciones e hipocresías de la época; y cuando Sus enérgicas medidas extendieron rápidamente Su influencia en todas direcciones, las fuerzas del Gobierno fueron movilizadas al instante en contra Suya. A partir de ese momento la historia de la Causa bábí se convierte en el relato de una tragedia cada vez más oscura, hasta que al final la luz del amor parece quedar apagada para siempre por el polvo de la muerte.

Al principio las autoridades trataron de ridiculizar y desprestigiar a El Báb y quisieron intimidarle por medio de crueles castigos. Al fracasar en sus esfuerzos, Le encerraron en una fortaleza, prohibiéndole toda comunicación con el mundo exterior. Sus seguidores fueron denunciados, acusándoles de enemigos de la Iglesia y el Estado. Les sometieron a muchas formas de ostracismo, les despojaron y golpearon y en algunos casos les dieron muerte. Hubo tres distritos en los que la persecución se hizo tan severa que los bábís, llevados por fin a la desesperación, tomaron las armas para defender su vida. En Nayríz y en Zanján ocuparon posiciones militares que se encontraban prácticamente desocupadas. En Mázindarán, bajo el liderazgo de Mullá Husayn y de Quddús construyeron ellos mismos una fortaleza primitiva pero sólida y bien concebida. En estas posiciones (siguiendo movimientos no coordinados, sino totalmente espontáneos y obligados en cada uno de los casos por la presión de la violencia local) se establecieron tres grupos distintos de bábís y, habiéndose procurado las armas pequeñas que pudieron, esperaron pacíficamente la arremetida de sus agresores. Lo que sigue es con seguridad una de las compañas más extraordinarias de la crónica de las guerras no convencionales. Es difícil encontrar en ninguna otra época un ejemplo más destacado del poder prodigioso de una moral pura o de la verdad literal de aquella frase del poeta que dice: “Mi fuerza es como la fuerza de diez porque mi corazón es puro.” La historia descalifica esa máxima bien conocida de un gran conquistador que dice que Dios está del lado del batallón más grande; pues en este ejemplo ciertamente Él estaba del lado de los pocos que desafiaban a los muchos, de los

débiles que derrotaron completamente a los fuertes. Un soldado profesional describiría a los bábís como "una turba armada", pues contaban con civiles de ambos sexos y de todas las edades; algunos habían abandonado sus tiendas, otros los púlpitos, pero ninguno venía del campamento. En los tres casos eran pocos en número – en Mázindarán sólo unos trescientos -. Contra cada una de estas tres compañías se alinearon las brigadas de las tropas más selectas del Sháh compuestas de caballería y artillería, además de infantería, totalmente equipadas para la batalla y encabezadas por oficiales distinguidos. Los bábís fueron rodeados por sus enemigos y sometidos a las privaciones de estar sitiados. Sufrieron grandes penalidades y tuvieron que subsistir durante varios días seguidos sin otra cosa que no fuera hierba hervida. Sin embargo, su fe permaneció inalterable; su valor, impertérrito; su entusiasmo, tan elevado como antes. Tuvieron el mayor cuidado de permanecer estrictamente a la defensiva y de dejar la agresión para sus oponentes. Muchas veces, no obstante, se anticipaban a un ataque inminente haciendo una salida del fuerte y algunos centenares o algunas docenas de bábís rompían las líneas del enemigo, trastornando sus planes y empujándoles a una huida precipitada y en desorden. Sin embargo, tan pronto como habían imposibilitado el ataque que les amenazaba, los bábís detenían su persecución, bajaban las armas y volvían a su fuerte, para disfrutar lo mejor que podían de un respiro en la lucha hasta que una vez más el enemigo obtenía refuerzos y se encontraba listo para una nueva acometida.

Quddús, durante los últimos días del sitio de Mázindarán y poco tiempo antes de su propio martirio, hizo la siguiente declaración:

"Nunca desde que ocupamos este fuerte, bajo ninguna circunstancia, hemos tratado de dirigir una ofensiva contra nuestros antagonistas. Hasta que ellos no iniciaban el ataque no nos levantábamos a defender nuestras vidas. Si hubiéramos tenido la ambición de librar guerra santa contra ellos; si hubiéramos tenido la menor intención de conquistar supremacía por medio del poder de las armas sobre los infieles, no habríamos permanecido sitiados hasta ahora, dentro de estos muros. La fuerza de nuestras armas, como en el caso de Muhammad en tiempos pasados, habría convulsionado a las naciones del mundo y las habría preparado para la aceptación de nuestro Mensaje. Sin embargo, éste no es el sendero que hemos elegido hollar. Desde que llegamos a este fuerte, nuestro propósito único e inalterable ha sido vindicar, con nuestras acciones y nuestra presteza a dar nuestra vida en el sendero de nuestra Fe, el carácter exaltado de nuestra misión. Se aproxima rápidamente la hora en que podremos consumar esta tarea".

Este extraordinario conflicto entre un puñado de bábís asediados y los regimientos del Sháh que les rodeaban se prolongó en cada uno de los tres casos durante meses. Ni las pérdidas ni los sufrimientos debilitaron la defensa, ni pasó

por la mente de los sitiados el pensamiento de salvar la vida haciendo algún tipo de concesión o renegando de alguna forma de su fe. Cuando no estaban ocupados en su propia defensa, pasaban el tiempo en el estudio de las Escrituras, cantando, con un fervor que no se apagaba, las alabanzas de su Señor, El Báb, y repitiendo agradecimientos a Dios por la felicidad celestial que había sido vertida en sus corazones. En Mázindarán, y también en Nayríz, los dos comandantes en jefe de las fuerzas del Gobierno, llegando a estar hartos de las humillantes derrotas sufridas por sus tropas, al final se rindieron aparentemente a los bábís y (bajo el más solemne juramento) les prometieron un salvoconducto y la seguridad de no ser molestados en el futuro. Pero tan pronto como los sitiados hubieron abandonado el cobijo de sus muros, dejado a un lado sus armas y separados unos de otros, ordenaron una masacre general, que fue debidamente llevada a cabo por las tropas y el populacho, sin faltar el acompañamiento de la tortura. En Zanján el número de los implicados era mayor y el conflicto fue más prolongado. En el décimo mes, habiendo perdido los bábís casi un millar de hombres, incluyendo a su líder Hujjat, el general del Sháh lanzó a sus tropas contra el fuerte en un enérgico asalto y por pura diferencia numérica empujaron a los bábís hacia las casas vecinas, donde una vez más quedaron acorralados. Viendo que su posición era insostenible y cargados como estaban de mujeres y de heridos, los bábís que todavía eran capaces de blandir las armas hicieron una última carga contra las tropas, resueltos a morir luchando. Algunos cayeron muertos, otros fueron capturados y terminó toda resistencia.

Así se perdieron para la Causa de la Reforma en Persia muchos de los seguidores más fervorosos de El Báb, incluyendo a cuatro de Sus líderes más capacitados: Mullá Husayn, el primero en reconocer a El Báb y conocido más tarde con el título de “la puerta de la Puerta”; Vahid, Hujjat y Quddús, que era considerado como más íntimo a El Báb que ningún otro de Sus apóstoles.

Pero el sacrificio sin motivo de todas estas vidas no fue el único ni el mayor de los crímenes de los oscurantistas de aquel tiempo y de aquella tierra. A esto añadieron otro aún más atroz. Sintieron que desde Su prisión remota y solitaria el esplendor de El Báb brillaba todavía a gran distancia, molestándoles en su oscuridad e iluminando el sendero por el que avanzaban Sus seguidores. Mientras que Él viviera, cabía la posibilidad de que sus fechorías fueran expuestas a la luz y su poder destruido. La fuerza de Su Presencia, aunque ellos no dudaban que era diabólica, era sin embargo tan cautivadora que si en algún momento Él llegara a tener éxito en Sus esfuerzos por conseguir una entrevista con el Sháh, seguramente ganaría el favor de Su Majestad y podría suplantarle en su posición de privilegio junto a la persona real. No podían descansar tranquilos hasta que El Báb estuviera muerto.

El Báb había orado frecuentemente para alcanzar la gloria del martirio. A menudo había predicho con tono exultante que Su oración no quedaría sin respuesta. A algunos había indicado el acercamiento del día destinado. Ahora, consciente de que el momento estaba cerca, recogió todos los documentos que tenía en Su posesión y, colocándolos junto con algunos objetos personales de valor en un cofre, los envió por medio de un mensajero de confianza a su señor Bahá'u'lláh.

Unos días más tarde (por una acción arbitraria del Gran Visir sin traza alguna de legalidad o de justicia) recibió el requerimiento de ir desde Su prisión a Tabriz. Allí, el 9 de julio de 1850, en presencia de diez mil personas que abarrotaban los balcones y tejados para contemplar el espectáculo, alcanzó el objetivo de Sus más preciadas esperanzas y, habiendo ofrecido en todo momento a su Amado todo aquello que la vida contenía, coronó ahora Sus ofrendas con la de la vida misma.

Su cuerpo, acribillado a balazos con excepción de la cara, que apenas estaba ligeramente marcada, fue recuperado por Sus discípulos y, bajo las directrices de Bahá'u'lláh, fue escondido en un lugar seguro. Finalmente fue transportado a Tierra Santa, y actualmente yace en un mausoleo en las laderas del Monte Carmelo.

El martirio de El Báb y de tantos otros de los más capacitados y dedicados de Sus seguidores dejó al cuerpo principal de los supervivientes momentáneamente desconcertado y abatido. Pero quedaron entre ellos quienes eran capaces de hacer frente a esta emergencia, de infundir valor a los corazones desmayados y de llevar adelante el trabajo, aunque los enemigos de El Báb pensaban que con Su desaparición se hundiría rápidamente y para siempre en el olvido.

El progreso de la Causa debía mucho, desde sus comienzos, a los esfuerzos de una dama de rico y noble linaje, conocida como Qurratu'l-'Ayn (Solaz de los ojos, o Táhirih (la Pura), cuyo genio ha hecho de ella una de las figuras más brillantes en la historia de los primeros tiempos del movimiento bahá'í. El profesor Browne escribe sobre ella del siguiente modo:

"La aparición de una mujer así… es en cualquier país y en cualquier edad un fenómeno extraordinario, pero en un país como Persia es un prodigio – no, es casi un milagro. Brillando por igual en la virtud de su maravillosa belleza, en sus dones intelectuales poco comunes, en su ardiente elocuencia, en su devoción sin miedo y en su glorioso martirio, se yergue incomparable e inmortal entre todas las mujeres de su país. Si la religión bábí no tuviera otra prueba de grandeza, ésta sería suficiente: haber producido una heroína como Qurratu'l-'Ayn."

Otros espectadores imparciales han escrito sobre ella con un entusiasmo igualmente caluroso. Ella fue incluida por El Báb entre Sus apóstoles escogidos, las Letras del Viviente: la única mujer entre Sus filas. Era tan clara su visión, tan

profunda su fe en Dios, que consideraba la tierra y todas sus preocupaciones como polvo y lanzaba todo al viento en su deseo de darse completamente, con un corazón puro, a la Causa de El Báb. Su encanto personal, su supremacía intelectual y su confianza radiante le ganaron una influencia inmensa sobre sus conciudadanos, que había alcanzado su punto álgido en el verano de 1852. Nabíl, en su crónica habla del "afecto y la alta estima en que se la tenía entre las mujeres principales de la capital", y de cómo su casa "estaba sitiada por sus admiradores femeninas, que atestaban sus puertas, ansiosas de entrar a su presencia y de procurarse los beneficios de su conocimiento".

Pero la consolidación del trabajo de El Báb durante esta época y la extensión de Sus enseñanzas fue debida predominantemente al entusiasmo y la habilidad de Bahá'u'lláh, quien Se dedicó a la tarea de avivar las energías de los seguidores de El Báb y de organizar y dirigir sus actividades. Les dio las directrices de las que, en medio del desaliento, se encontraban tan necesitados. Animó sus espíritus, profundizó su convicción y les inspiró con una fortaleza suficientemente firme como para soportar las pruebas a las que tan pronto habrían de enfrentarse.

De este modo, los adversarios de El Báb se vieron forzados a observar con asombro y consternación el progreso firme y constante de la Causa que ellos creían haber destruido. La vieron extenderse por todos lados e incluso penetrar en tierras extranjeras. Decididos a aniquilarla, esperaron con toda su paciencia a que se presentara una oportunidad. Al principio del otoñó de 1852 llegó su ocasión. Dos bábís jóvenes, trastornados hasta el delirio por la muerte de El Báb, decidieron tomar venganza e intentaron matar a tiros al Sháh. Eran de talante oscuro e irresponsable, y la insensatez de su empresa quedó demostrada por el hecho de que cargaron las pistolas, no con balas, sino con cartuchos de fogueo. Fracasaron. El Sháh sólo fue ligeramente herido y el atacante que disparó el tiro fue linchado en el mismo lugar. Pero la tentativa dio a las autoridades la oportunidad que habían estado esperando tanto tiempo. Les permitió presentar el crimen, aunque era algo que contradecía todos los principios de El Báb y fue condenado con horror por cada uno de los bábís, como una prueba de que la Fe bábí era un credo subversivo y tenía por objeto la destrucción del reino. Inflamándose a sí mismos con sospechas y odio fanático, y resueltos a no desaprovechar esta excusa para extirpar la odiosa fe de una vez por todas, manipularon al populacho hasta llevarlo a una tormenta de furor y les soltaron contra los bábís en una compaña de persecución salvaje e indiscriminada. A lo largo y a lo ancho del territorio, los bábís, sin importar su edad o sexo, fueron tratados como forajidos y, sin ninguna indagación, entregados a mereced de sus adversarios. Fueron objeto de indignidades, crímenes de todas clases y muerte; y para aumentar el terror los castigos se ejecutaban públicamente, tan espectaculares y atroces como fuera posible. Ningún ciudadano

que en aquel período saliera a caminar por las calles podría imaginar qué escenas de carnicerías y torturas iba a tener que presenciar. Ninguna esposa o madre bábí que tuviera a su pequeño abrazado contra el pecho podría decir en qué momento no iban a ser arrastradas fuera de su escondite para sufrir la suerte que un soldado criminal o una turba sedienta de sangre decidera infligirle. Las ejecuciones se llevaban a cabo indistintamente en las plazas, las calles o los mercados y tomaban la forma que el espíritu carnavalesco de los fatídicos ejecutores pudiera imaginar en ese momento.

Por una disposición bárbara, seguramente sin paralelo, el Gran Visar dio orden de que la responsabilidad de los martirios se repartiera entre los departamentos del Estado al igual que entre las profesiones y estamentos principales del reino. Todos ellos habrían de participar directamente en las ejecuciones. Se asignó una víctima bábí al Ministerio del Interior y fue asesinada públicamente por sus miembros. Otro bábí fue cortado en pedazos por el Secretario de Asuntos Exteriores y sus ayudantes. Otro por el clero; otro por la artillería; otro por la infantería; otros por la caballería, la nobleza, los mercaderes y otros cuerpos o gremios. El mismo Sháh, a través de su representante, el Administrador de la Casa Real, ayudado por otros funcionarios de menor rango, llevó a cabo el martirio del creyente que se le había adjudicado. Incluso los extranjeros que tenían ciertas relaciones con la corte se vieron implicados en este repugnante plan. De hecho a uno de ellos, el Dr. Cloquet, el médico francés del Sháh, se le pidió que tomara su parte en la masacre y matara a un bábí con sus propias manos, a lo que él, por supuesto, se negó. Otros se vieron forzados, como parte de sus deberes habituales, a presenciar escenas cuya simple descripción hiela la sangre de horror a cualquier europeo. Un funcionario austriaco, el Capitán Von Goumoens, que se encontraba al servicio del Sháh en aquel entonces, narró cómo los bábís eran llevados al lugar del atentado contra la vida del Sháh, cómo se les vaciaban los ojos y se les forzaba a comerse sus propias orejas amputadas; cómo el bazar se iluminaba con los bábís cuyos cuerpos eran todo sangre y fuego, pues en el pecho, en los hombros y en la espalada se les habían hecho profundas heridas que sirvieron como candelabros para velas encendidas que ardían consumiéndose hasta que llegaban a la carne y chisporroteaban en sus cuencos vivientes; cómo a esto seguiría nuevas torturas, cómo (él mismo lo había visto a menudo, demasiado a menudo) los verdugos despellejaban la planta del pie de los bábís, remojaban las heridas en aceite hirviendo, herraban el pie como si fuera la pezuña de un caballo y forzaban a la víctima a correr. Ni un grito escapaba del pecho de la víctima; el tormento era soportado en oscuro silencio por los sentidos adormecidos del fanático. Ahora no puede correr. El cuerpo no puede soportar lo que el alma ha soportado: cae. ¡Denle

el golpe de gracia! ¡Acaben con su dolor! ¡No! El verdugo blande el látigo y, yo mismo he tenido que presenciarlo, ¡la desgraciada víctima de cien torturas corre!

Bahá'u'lláh fue arrestado y arrojado a una hedionda mazmorra juntos con otros bábís y algunos criminales, en espera de Su sentencia. Uno a uno iban sacando a los bábís y ejecutándoles, pero antes de que llegara el turno a Bahá'u'lláh se promulgó un edicto para que no se diera muerte a más bábís sin una investigación. Establecida la inocencia de Bahá'u'lláh, se Le perdonó la vida y, tras ser degradado de Su elevada posición y despojado de Sus vastas posesiones, fue condenado al exilio. En enero de 1853, con Su familia y un grupo de devotos seguidores, abandonó Su amada tierra natal para siempre.

Así despreció y rechazó Persia a esos hijos suyos escogidos, que la habían levantado de su insignificancia y le habrían devuelto aún más de lo que fue su antiguo esplendor y renombre. Así arrojó de sí la jerarquía musulmana a los maestros que habrían purificado el islam y habrían hecho de él el punto de partida de un renacimiento religioso que en unos años habría derramado su luz por todo el mundo.

Cuando, al comienzo de 1853, los enemigos del movimiento bábí consideraron su trabajo, pensaron que su propósito se había logrado plenamente y la victoria era total. El Báb estaba muerto. Su nombre era anatema. Si alguno de Sus devotos había sobrevivido, se encontraba intimidado y silencioso. No quedaba señal o traza alguna de aquella breve e impetuosa cruzada que había sacudido a una tierra muerta hasta casi traerla a la vida; ninguna señal visible, salvo quizá algunas manchas de sangre en las piedras de un fuerte desmantelado, o los desdichados fragmentos de algún cuerpo quemado o mutilado que aún colgaban junto a la puerta de alguna ciudad para recordar al que lo contemplase la terrible maldición impuesta sobre aquella fe proscrita y execrable.

Capítulo VII

La Entrada del Rey de la Gloria

En esta campaña resuelta e implacable contra la Fe bábí, el Gobierno de Persia, sin embargo, cometió dos errores de naturaleza tan grave como para que todas sus intrigas y crueldades resultaran ineficaces y lo que parecía un éxito se transformara en un completo fracaso. En primer lugar olvidaron el adagio que dice que la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia y no fueron capaces de imaginar que sus esfuerzos para suprimir la verdad mediante la violencia física la empujaban a buscar donde ocultarse en un lugar más profundo dentro del corazón de las personas. Este error garrafal resulta obvio para cualquier observador después de más de cien años, pero ya empezaba a hacerse evidente en el tiempo en que la sangre vital de los bábís estaba siendo derramada sobre la tierra. El profesor Browne dice en su **A Year Amongst the Persians**:[1]

"La barbarie de los perseguidores resultó contraproducente y, en lugar de inspirar terror, dio a los mártires la oportunidad de exhibir una fortaleza heroica que ha hecho más de lo que ninguna propaganda, por ingeniosa que fuera, podría haber hecho para asegurar el triunfo de la Causa por la que ellos murieron… La impresión producida por tales exhibiciones de valor y de resistencia fue profunda y duradera; aún diré más, la fe que inspiraba a los mártires era a menudo contagiosa, como muestra el siguiente incidente: Un cierto rufián yazdí, conocido por su vida salvaje y desordenada, fue a ver la ejecución de algunos bábís, tal vez para mofarse de ellos. Mas cuando vio con qué calma y firmeza se enfrentaban a la tortura y a la muerte, sus sentimientos atravesaron una convulsión tal que se precipitó corriendo y gritando: ¡Matadme también! ¡Yo también soy bábí! Y así siguió gritando hasta que a él también le hicieron compartir el destino que solamente había venido a contemplar".

Hoy los relatos de aquellos mártires inmortales todavía remueven la sangre y avivan la fe de quienes los leen. La infamia de las persecuciones ha contribuido desde entonces a llevar esta historia a todas partes y ha despertado en tierras lejanas simpatía por los que las sufrieron y admiración por aquel juvenil "Encantador de Corazones" (como Le llamaban), por quien hombres, mujeres y niños consideraban la mayor felicidad enfrentarse a la tortura y a la muerte. Exteriormente entre los pueblos, interiormente en el alma de los hombres, los

[1] Pags. 111-12.

esfuerzos de los enemigos de Dios se volvieron contra ellos y se convirtieron en el medio que serviría para propagar el nuevo Evangelio y sentarlo sobre cimientos espirituales de los que jamás podría ser desarraigado.

A este error el Gobierno persa añadió otro aún más señalado. Habían destruido a cada uno de los bábís que hubieran demostrado cierta capacidad para el liderazgo, excepto a uno.

No habían comprendido plenamente que de todos los campeones de la Nueva Revelación el más poderoso era Bahá'u'lláh. Su posición social eminente y Su excelente reputación como hombre y como ciudadano Le habían protegido hasta cierto punto, al tiempo que Su perspicacia y prudencia Le habían permitido combinar la mayor cantidad posible de actividad con la menor cantidad posible de provocación. Tras el atentado contra la vida del Sháh, fue prendido y encerrado sin juicio en una mazmorra de Teherán. La cámara en la que fue confinado estaba excavada a gran profundidad y no recibía más luz ni aire que lo que podía pasar a través de tres empinados tramos de estrechos escalones. Cargado con pesadas cadenas que doblaban Su espalda y mortificaban Su cuello, con algunos de los peores criminales del reino por compañeros y esperando día tras día Su ejecución, fue retenido allí cuatro meses, en condiciones demasiado repugnantes como para ser descritas. Al final, establecida Su inocencia y una vez informadas las autoridades de que Su salud estaba ya tan dañada que con seguridad habría de morir pronto, Le sacaron de la prisión, Le degradaron y despojaron y Le enviaron junto con Su familia al exilio perpetuo.

Al dictar la sentencia de destierro y al dirigir posteriormente Su recorrido a través de Constantinopla y de Adrianópolis hasta Tierra Santa, Sus enemigos olvidaban que su Profeta Muhammad había llamado la atención de los fieles muchas veces y con un extraño énfasis sobre la ciudad de 'Akká. Había dicho:

"'Akká es una ciudad de Siria a la que Dios ha mostrado Su misericordia especial".

Y de nuevo:

"Sabed que Ascalón es la mejor ribera; pero 'Akká es mejor que Ascalón. La superioridad de 'Akká sobre Ascalón y sobre todas las demás riberas es como la de Muhammad sobre todos los demás Profetas. Ahora os hablamos de una ciudad en Siria situada entre dos montañas: se llama 'Akká. Sabed que a quien entre en ella voluntariamente y cumpla el peregrinaje Dios le perdonará sus pecados tanto del pasado como del futuro…"

Y en otra ocasión:

"Verdaderamente sobre la orilla hay una ciudad situada al pie del Trono: se llama 'Akká. A aquel que duerma allí con el propósito de comulgar con Dios, Dios le reservará para el Día de la Resurrección la recompensa del paciente, del piadoso, del humilde y del sumiso".

Y también:

"Sabed que os anuncio una ciudad blanca, a la orilla del mar: su blancura es la belleza que Dios le ha dado. Se llama 'Akká… La voz de aquel que levante allí la llamada a la oración llegará hasta el Paraíso; pero los pobres de 'Akká son los reyes del Paraíso y sus príncipes. Un mes en 'Akká vale más que mil años en cualquier otro lugar… Feliz aquel que haga el peregrinaje a 'Akká. Feliz aquel que haga el peregrinaje hacia el peregrino de 'Akká".

Y finalmente, se atribuye a Muhammad la frase que dice que: ***"todos ellos*** (refiriéndose a los compañeros del Qá'im) ***serán matados excepto Uno que llegará a la llanura de 'Akká, el Salón de Banquetes de Dios".***

La matanza realizada por el Gobierno en la que perecieron El Báb y todos los más capacitados de Sus compañeros excepto Uno solo, y la sentencia desterrando a ese Uno a la ciudad prisión de 'Akká, estaban de este modo cargadas de irónico significado; si bien parecían presagiar ignominia y destrucción, en realidad atrajeron sobre El Báb y Bahá'u'lláh la luz y la gloria de las predicciones divinas.

Desde la infancia, y en verdad desde el nacimiento, sutiles indicaciones y portentos manifiestos habían señalado a Mírzá Husayn-'Alí, hijo mayor del Visir Mírzá Buzurg, como Aquel a Quien Dios haría manifiesto. Cuando nació en Teherán, el 12 de noviembre de 1817, a la hora del amanecer, un discípulo de Ahmad-i-Ahsá'í (el precursor de El Báb) que entonces residía en Nayín, inclinando la cabeza hasta el suelo en un acto de reverencia y asombro, testificó que "en esta misma hora la luz del Prometido ha alboreado y está vertiendo Su iluminación sobre el mundo".

Su padre Le había catalogado como un Niño que prometía algo extraordinario, y su opinión fue confirmada por un sueño extraño donde vio a su Hijo nadando en un mar sin límites, en el que Su cuerpo brillaba como el sol y Su pelo negro flotaba sobre las aguas. Los peces se reunían en torno Suyo y cada uno asía y se mantenía agarrado a la punta de uno de Sus cabellos al tiempo que Él nadaba; pero ni un solo cabello se desprendía de Su cabeza ni se veía obstaculizado en Sus movimientos por el agua. Un famoso adivino a quien mandaron traer para que interpretara este sueño, explicó que el mar era el mundo del ser, los peces eran las gentes de la tierra que se reuniría en torno a Bahá'u'lláh y se aferrarían a Él, que la agitación de tantos movimientos en el agua era el túmulo que Bahá'u'lláh causaría entre los hombres, y que al igual que no se Le rompía ni se Le separaba de la cabeza ni un solo pelo, así

Le sucedería a Su persona; aunque Él estaría completamente solo, permanecería seguro a través de todos los peligros.

Algunos años más tarde, un jurista eminente o Mujtahid, Mírzá Muhammad Taqíy-i-Nurí, teniendo ocasión en el curso de sus clases sobre la ley del islam de hablar de Bahá'u'lláh, por entonces un joven de veinticuatro o veinticinco años, dijo a sus oyentes que había tenido últimamente dos sueños en los que Bahá'u'lláh figuraba y que los consideraba de elevada significación. En uno soñó que se abría paso en medio de una gran confluencia de personas hasta una casa en la que se decía que moraba el prometido Qá'im; pero sus vehementes esfuerzos para entrar fueron en vano porque, en el interior, el Qá'im estaba ocupado en una conversación privada y no se le podría molestar. Aquel con quien el profeta hablaba tan confidencialmente resultó ser precisamente Bahá'u'lláh. En el otro sueño, el Mujtahid parecía estar en una librería en la que vio una serie de libros que pertenecían a Bahá'u'lláh y que estaban almacenados en arcas. Al abrir estos libros, se encontró que cada una de las palabras y letras inscritas en su interior estaban iluminadas con las más exquisitas joyas.

Bahá'u'lláh era de naturaleza profundamente religiosa y desde Su más temprana juventud resolvió dedicar Su vida a la causa de la religión. Esta elección suponía desviarse de la tradición de Su familia, que Le señalaba para el servicio al Estado más que la de la Iglesia. Sus antepasados habían tenido un papel importante en la administración del país y habían desempañado altas funciones ministeriales al servicio de la Corona. Su mismo padre era un Visir distinguido y todos esperaban que el Joven heredero siguiera los pasos de Sus antecesores. Cuando Sus amigos observaron en Él el rápido desarrollo de grandes poderes y percibieron la agudeza de Su inteligencia, el vigor de Su voluntad, el encanto de Sus modales y la elocuencia de Su lengua, predijeron que Su éxito sería sobresaliente y que Su carrera añadiría lustre al noble historial de una familia de administradores tan capacitados. Cuando el Joven mostró que no tenía inclinación a entrar en la esfera de la política, su sorpresa fue grande; pero confiaron en Su juicio, asegurándose a sí mismos “Él sabe lo que hace; Él tiene Sus propios objetivos”.

Para dedicarse a la causa de la religión, Bahá'u'lláh no se hizo eclesiástico ni estudió en una escuela teológica. Recibió la educación propia de un laico, y aunque llevaba el sombrero de piel de cordero o kuláh que en Persia era el distintivo de los que seguían una vocación secular más bien que clerical, con frecuencia tomaba parte, tanto en público como en privado, en discusiones sobre cuestiones espirituales y sobre los aspectos espirituales de la ley islámica, adquiriendo una gran reputación por su capacidad de percepción y Su entendimiento. “Su palabra”, escribe el Dr. T.K. Cheyne, “era como un torrente que fluía con fuerza y la claridad de Sus exposiciones ponía a los teólogos más cultos a Sus pies.” Más Él no tenía

estudios o preparación académica y todos podían dar fe de que Su conocimiento era el de un genio, no el de un erudito.

El primer acto abierto por el que Bahá'u'lláh manifestó el propósito interior de Su vida fue Su adhesión a la Causa de El Báb. Tan pronto como oyó de la aparición de El Báb se proclamó bábí y, lanzándose en cuerpo y alma a trabajar por el movimiento, hizo todo lo que Su comprensión y Su entusiasmo podían hacer para establecer los cimientos de la Fe en la profundidad del corazón de Sus compatriotas.

Tres años después del martirio de El Báb, en un momento en el que la Causa parecía estar en el punto más bajo de la marea, Bahá'u'lláh aludió en algunas de Sus odas a Su posición como Figura Central del todo el movimiento que El Báb había iniciado.

El Báb había anticipado esta declaración, especificando su fecha ("el año nueve" había dicho, queriendo decir el noveno año de Su propia Dispensación), y no sólo había dado a entender por varias señales la identidad de Bahá'u'lláh como el Prometido de todas las edades, sino que se lo había mostrado explícitamente a uno o dos de Sus apóstoles de más confianza.

Con esta alusión Bahá'u'lláh alivió Su corazón del secreto divino confiado a Él y aclaró el motivo que Le había llevado a apartarse de la tradición de la familia y escoger, en cambio, la vida religiosa. Pero la referencia era de naturaleza privada y preparatoria. La Era de El Báb continuaba: las escrituras de El Báb aún estaban en vigor. No había llegado todavía el momento en que Bahá'u'lláh haría definitivamente la proclamación formal de Su posición profética y asumiría Su soberanía directa.

La proclamación fue un acontecimiento de la más profunda importancia y cargado de consecuencias inmensurables y de largo alcance. En primer lugar el pronunciamiento del Profeta de una Nueva Era pondría fin a la Era anterior y quitaría a sus ordenanzas, costumbres, ritos e instituciones su autoridad e influencia. La Era de El Báb mantenía ciertamente una relación especial y sin paralelo con la que iba tras ella. El Báb tenía la posición de un Gran Profeta independiente, informado directamente por el Altísimo. Pero Su función era ser el precursor inmediato de Bahá'u'lláh. Su Era fue muy corta, la más corta que conoce la historia humana, extendiéndose tan sólo a lo largo de diecinueve años. Su trabajo estaba tan íntimamente conectado con el de su Supremo Señor que el año de la Declaración de El Báb continuó siendo la fecha de la Nueva Era. Bahá'u'lláh ha ordenado considerar 1844 como el comienzo de la Dispensación de la Gloria de Dios. Sin embargo, la Declaración de Bahá'u'lláh señalaría el nacimiento de un nuevo sistema, una nueva economía, una nueva moralidad, una nueva obligación y

una nueva lealtad. Introduciría también dentro de ese reino psicológico en el que tienen su origen los pensamientos y sentimientos de la humanidad el impacto de una nueva influencia espiritual y una nueva fuerza generadora. En cuestiones de interés más inmediato y directo, la asunción abierta de Su función por parte del Gran Profeta Le situaría en una relación nueva con los hombres de Su propia época, Le reconocieran o no, poniendo a la vista de todos la debilidad y el error, por my profundamente velados que estuvieran, y cubriendo de gloria a los puros de corazón y a los fieles. Además, comprometería personalmente al Profeta en una serie de responsabilidades y dificultades nuevas que requerirían el ejercicio de un tacto y juico muy delicados, alzarían la hostilidad y oposición de muchos y traerían sobre Él nuevos sufrimientos y pruebas.

Pasaron diez años antes de que, en la primavera de 1863, Bahá'u'lláh decidiera que había llegado el momento de Su Declaración explícita. Su larga estancia en Bagdad se acercaba a su fin. Las tergiversaciones del enemigo habían intensificado las sospechas de las autoridades y Él había sido sentenciado a trasladarse a un lugar de exilio más lejano, donde había de ser retenido bajo custodia aún más estricta. Su situación personal era del máximo peligro, y el futuro aparecía cargado de las más oscuras amenazas. Pero dejarse abrumar por la inquietud o desanimarse por las calamidades no era el estilo de Bahá'u'lláh. El anuncio de Su propia Misión, por inadecuadas que fuesen las circunstancias terrenales en las que se realizó, fue en realidad una ocasión de triunfo y regocijo. Notificaba a la humanidad que las prometidas bendiciones de Dios habían dejado de pertenecer al futuro y estaban ya a la mano, que la Antigua Alianza se había cumplido, que aquel Día del Fin, el Día del Señor, había despuntado sobre el mundo, y que aquel que había sido anunciado por tanto como el Padre Eterno estaba a punto de traer a Sus hijos la realización de su hermandad y de habitar en la tierra entre ellos. A pesar de Sus dificultades personales, Bahá'u'lláh invistió Su Declaración de una gran dignidad y una fuerza impresionante, haciendo de ella un período único de fiesta sagrada en que la felicidad social de los creyentes reflejaba la alegría que existía entre los ángeles del Cielo. El lugar que eligió para el acontecimiento fue un jardín a las afueras de la ciudad de Bagdad donde Él y Su familia se había retirado mientras se preparaba la caravana para el largo viaje a Constantinopla. Estando en ese jardín, entre el 21 de abril y el 2 de mayo de 1863, hizo Su Declaración. Era tan poderosa la irradiación de Su Espíritu que la desesperación de aquellos entre Sus seguidores que iban a ser separados de su amado Señor y amigo fue transmutada por Su influencia. Secaron Sus lágrimas, dejaron a un lado la tristeza, e inspirados por Él para captar la profunda significación del momento, participaron de Su entusiasmo espiritual y fueron transportados por una alegría exhalada sobre ellos desde el Cielo.

Durante Su estancia en Bagdad, Bahá'u'lláh se había ganado el caluroso afecto y la admiración de todas las clases sociales; Sus amigos eran legión. Ahora, al llegar la hora de Su partida, multitud de personas, altas y bajas, ricas y pobres, desde el gobernador y la nobleza hasta los de rango inferior, afluyeron hacia Su lugar de retiro para despedirle con tristeza. La gran concurrencia que se apiñaba en torno a Él día tras día, la simpatía y la sensación de pérdida irreparable que expresaban todos, la devoción radiante de Sus seguidores cuya iluminación espiritual había alejado la infelicidad, constituían un espontáneo tributo público al encanto y poder de Su personalidad y aportaban un entorno apropiado al acontecimiento místico de la Declaración de un Gran Profeta.

En aquel solemne pronunciamiento Bahá'u'lláh dio por fin plena expresión al propósito que había concebido desde Su infancia y que, a pesar de las dificultades que se agolpaban, habría de proseguir hasta el fin de Su vida. Hizo Su Declaración abiertamente en presencia de un grupo de creyentes escogidos, pero no lo proclamó ni lo presentó a la atención del público. Había puesto la Verdad a su alcance y era responsabilidad de ellos tomar del conocimiento que Él les había ofrecido. Entre los creyentes fue operándose gradualmente un gran cambio. Bahá'u'lláh ya no era venerado simplemente como jefe de los bábís. Su autoridad ahora era independiente. Sus enseñanzas, más amplias, sustituyeron a la doctrina preparatoria de Su precursor. El nombre bábí dio paso por etapas al nombre bahá'í. Pero la actitud de los no creyentes permaneció como antes. Muy pocos supieron verdaderamente de Su pronunciamiento y ninguno lo entendió. La envidia y malignidad de Sus enemigos particulares probablemente se hizo más intensa, ciertamente siguieron empeñados en ser más judas que el propio Judas. Y los gobiernos del Sháh y del Sultán siguieron con su política de condenas y represión.

Diecinueve años antes, cuando acababa de adherirse a la Causa de El Báb, Bahá'u'lláh se encontraba en Su dorada juventud y agraciado con todo lo que llena la vida de agrado y esperanza: rango, riqueza, salud, popularidad y fama creciente. Ahora, al asumir la plena responsabilidad de Su función divinamente ordenada, ya había sido despojado de todo aquello que se Le podía quitar. Estaba sin hogar, destituido, marcado; era un cautivo, un exiliado, con la amenaza de castigos aún mayores cerniéndose sobre Su cabeza. Solamente Su vida (coincidiendo con el extraño sueño premonitorio de Su infancia) había sido preservada por Dios de los poderes de Sus enemigos. Despojado de todas aquellas facilidades que originalmente había tenido en tan gran medida para propagar la Causa y sin más posesión en este mundo que los dones inalienables de mente y corazón que sólo Él había recibido de su Hacedor, Bahá'u'lláh era al mismo tiempo víctima de enérgicas restricciones y de auténticas aflicciones. Pasó por todas las variedades de castigo de manos del Gobierno: tan pronto era expuesto cruelmente a la intemperie,

como sufría un confinamiento continuado y cerrado; se Le sometía a torturas o se Le debilitaba con una larga privación. Más de una vez las acciones inhumanas que se Le infligieron Le llevaron al borde de la muerte y un centenar de veces Su vida estuvo en peligro por la cólera de un señor despótico o del furor de una chusma vociferante. Fue forzado a ver desde el comienzo de Su exilio y hasta el fin de Su vida cómo Sus más próximos y queridos soportaban por amor a Él calamidades sólo inferiores a las Suyas propias, y cómo en muchos casos se hundían y morían prematuramente bajo el peso de sus sufrimientos. No hubo disminución en los rigores de la cautividad, sino cuando ya estaba cerca el fin de Sus días. Murió como había vivido, prisionero y exiliado, lejos de aquella tierra bella y amada en la que Él y Sus antepasados habían reinado con riqueza y esplendor ducales.

A pesar de todas Sus dificultades Bahá'u'lláh siguió recorriendo con determinación inflexible el sendero que desde el comienzo había escogido para Sí. Ningún obstáculo detuvo Su progreso; ningún motivo de desaliento disminuyó Su entusiasmo; la adversidad no logró romper Su ecuanimidad y confianza. Su voluntad era diamantina. Sus poderes espirituales, inagotables.

A lo largo de Su carrera, Su actitud hacia esta persecución y hacia los responsables de ella estuvo marcada por una extraordinaria independencia. Era perfectamente consciente de lo injusto de la misma y constantemente protestaba contra sus agravios en el lenguaje más vigoroso. En una de Sus primeras obras, **Las Palabras Ocultas**, se refirió a Sí mismo y al tratamiento que Le fue impuesto de esto modo:

"¡Oh habitantes de la ciudad de amor! Ráfagas mortales han acosado al Cirio Sempiterno y la belleza del Joven Celestial está velada en la oscuridad del polvo. El Príncipe de los Monarcas del Amor ha sido agraviado por el pueblo de la tiranía y la Paloma de Santidad está presa en garras de lechuzas. Los moradores del Pabellón de Gloria y el Concurso Celestial lloran y se lamentan, en tanto que vosotros descansáis en el domino de la negligencia y os consideráis entre los verdaderos amigos. ¡Que vanas son vuestras imaginaciones!"

Él se refería a Sí mismo constantemente como ***"Este Oprimido"*** y exponía Sus agravios en Sus Epístolas. Escribiendo a Napoleón III, decía:

"Aquel por Cuyo amor el mundo fue llamado a la existencia ha sido encarcelado en la más desolada de las ciudades, en razón de aquello que las manos de los descarriados han forjado. Desde el horizonte de Su ciudad prisión Él emplaza a toda la humanidad a la Aurora de Dios, el Exaltado, el Grande".

Al Zar de Rusia escribió:

"Sabe que, aunque Mi cuerpo esté bajo las espadas de Mis enemigos y Mis miembros estén acosados por incalculables aflicciones, sin embargo Mi espíritu está lleno de un gozo con el que todas las alegrías de la tierra nunca podrán compararse".

Hacia el fin de Su vida, en 1890, escribió en Su **Epístola al Hijo del Lobo**:

"… ellos han incitado a muchos… y están ocupados en esparcir calumnias. Es claro y evidente que rodearán con sus espadas de odio y con sus dardos de enemistad a Aquel que ellos conocieron como un proscrito entre los hombres y que ha sido exiliado de un país a otro… No obstante, este agraviado permaneció tranquilo y silencioso en la Prisión Más Grande".

Al Sháh le escribió:

"He visto, oh Sháh, en el Sendero de Dios lo que ningún ojo ha visto ni odio ha percibido… Los amigos Me han rechazado; los caminos se Me estrechan; el estanque de la seguridad se ha quedado seco y el valle de la tranquilidad está requemado. ¡Cuán numerosas las tribulaciones que han llovido y verán llover sobre Mí! Yo avanzo hacia el Poderoso, el Generoso, en tanto que en pos de Mí repta la serpiente. Mis ojos han vertido tantas lágrimas que Mi cama se ha empapado. Sin embargo, no Me aflijo por Mí Mismo. ¡Por Dios! Mi cabeza anhela la lanza por amor de su Señor. No paso junto a un árbol sin que Mi corazón se dirija a él diciendo: 'Ojalá fuese derribado en Mi nombre y Mi cuerpo crucificado sobre ti, en la senda de mi Señor!' Sí, pues veo a la humanidad cómo avanza en su descarrío y ellos no lo saben… Están a punto de enviarnos desde este remoto destierro (Adrianópolis) a la ciudad de 'Akká. Y, según se dice, es sin duda la más desolada de las ciudades del mundo, la más detestable en apariencia, en el clima y la de agua más sucia; es como si fuera la metrópolis de los búhos; sólo se oye su ulular en esas regiones. Y allí pretenden encarcelar a este Siervo y cerrar ante Nuestro Rostro la puerta de la indulgencia y privarnos de las cosas buenas de la vida del mundo durante el resto de Nuestros días".

Aunque pintó con colores tan dolorosos las aflicciones acumuladas sobre Él y protestó con tanta energía contra su injusticia, sin embargo Bahá'u'lláh las soportó todas con paciencia sobrehumana. "Su paciencia era infinita", decía el principal de Sus allegados. "Uno habría pensado que estaba viviendo en medio de la mayor comodidad." Afirmó Su independencia ante todos Sus problemas y Su capacidad para permanecer impávido cualesquiera que fueran las crueldades que se Le infligieran.

"Mi calamidad es Mi providencia" – testifica en **Las Palabras Ocultas** -: ***"exteriormente es fuego y venganza, pero por dentro es luz y misericordia".***

Condenado a sufrir encarcelamiento en 'Akká, exclamó:

"Aunque el cansancio Me debilite y el hambre Me consuma y aunque la dura roca desnuda sea Mi lecho y Mis compañeros las bestias del desierto, no Me quejaré, sino que seré paciente, como son pacientes los resueltos y decididos, mediante el Poder de Dios, el Rey Eterno y Creador de las naciones, y daré gracias a Dios en todas las circunstancias".

En Su **Epístola al Hijo del Lobo** escribe:

"… no es un secreto que Yo he estado, la mayoría de los días de Mi vida, como un esclavo sentado bajo una espada pendiente de un hilo y que no sabe si caerá sobre Él pronto o tarde. Y, aun a pesar de todo esto, damos gracias a Dios, el Señor de los mundos. Mi lengua interior recita, durante el día y la noche, esta oración: '¡Gloria sea a Ti, oh mi Dios! Si no fuera por las tribulaciones sufridas en Tu Sendero, ¿cómo podrían ser reconocidos quienes verdaderamente te aman?...'".

No guardó resentimiento contra lo que Le maltrataron, pero pidió a Dios:

"… por el sol de Tu gracia y por el mar de Tu conocimiento y por el cielo de Tu justicia, que ayudes a confesar a aquellos que Te han negado y a regresar a los que se han apartado de Ti y a ser justos e imparciales a los que Te han calumniado".[2]

Era tan completa la plenitud de Su desinterés, que se regocijaba en la adversidad en cuanto que podía convertirse en un beneficio para los fieles. Oraba a Dios ***"para que hiciera de esta oscura calamidad un escudo para el cuerpo de Sus santos y les protegiera con ello de las afiladas espadas y los filos cortantes".***

"Por medio de la aflicción", añadió, ***"ha brillado Su luz y ha brillado Su alabanza incesantemente; éste ha sido Su método a lo largo de épocas pasadas".***[3] Ninguna dificultad detendría Su curso o interrumpiría el cumplimiento de Su misión.

"Si ellos Me escondieran en las profundidades de la tierra, aun así Me encontrarían cabalgando en lo Alto, sobre las nubes, llamando a Dios, el Señor de fuerza y poder".[4]

Contemplando Su persecución desde este punto de vista imparcial e impersonal, declinó refugiarse en la huida, incluso cuando se Le abrieron las puertas a ello, y se negó firmemente a pedir favor alguno a las autoridades o a hacerles súplica alguna

[2] Epístola al Hijo de Lobo.
[3] Traveller's Narrative, pág. 147
[4] Epístola al Hijo del Lobo.

para Sí mismo. En Constantinopla, por ejemplo, ciertas personas de la nobleza que se contaban entre Sus amigos Le aconsejaron que siguiera la costumbre habitual de apelar al Sháh pidiendo equidad. Él dio esta respuesta notable y seguramente única:

"En obediencia al mandato del Rey hemos venido a este país. Aparte de esto no tuvimos ni tenemos intención o deseo de apelar y causar problemas. Lo que está (ahora) ***oculto tras el velo del destino se hará manifiesto en el futuro. Ni ha existido ni existe necesidad alguna de suplicar o importunar. Si los ilustres líderes*** (de vuestra nación) ***son sabios y diligentes, con seguridad harán investigaciones y se pondrán al corriente del verdadero estado del caso; si no, entonces llegar a la verdad es impracticable e imposible. En estas circunstancias ¿qué necesidad hay de importunar a hombres de Estado y suplicar a ministros de la corte? Estamos libres de cualquier ansiedad y dispuestos para todo lo que está predestinado para Nosotros".***

En esta declaración Bahá'u'lláh da a entender que mientras que en apariencia las autoridades están sometiéndole a Él a un juicio, en realidad este mismo juicio Suyo está dictando sentencias contra ellos.

No podría haber condiciones de vida más desfavorables para el desempeño de una gran misión pública, o para la producción de un cuerpo extenso de instrucciones prácticas y metafísicas. Sin embargo, Le fue concedido a Bahá'u'lláh, y tras Él a 'Abdu'l-Bahá, algo que le había sido negado a El Báb. No obstante los atroces sufrimientos que padeció, aun así la Providencia Divina Le permitió vivir más allá del ciclo humano de setenta años, y cuando murió en mayo de 1892, Su vista permanecía tan brillante como antes y Su fuerza natural sin mermarse. El Báb, debido a la brevedad de Su vida, no había podido adiestrar a Sus seguidores bajo los preceptos morales de Su religión. Pero Bahá'u'lláh encontró, a lo largo de Su activa carrera, oportunidades para enseñar oralmente y por escrito, al igual que con el ejemplo. Al principio diseminó entre los bábís los principios establecidos por su Señor; posteriormente, siguiendo una progresión ordenada, fue ampliándolos hasta los principios más universales de Su propia Revelación, para lo que El Báb había abierto el camino.

Durante Su exilio, ya fuera en Baghdad, en Constantinopla o en Adrianópolis, atrajo la atención y la admiración de muchos y Su Causa se extendió ampliamente. Hasta la época de Su encarcelamiento en 'Akká Se mantuvo accesible a todos en general, mezclándose con cierta libertad entre la sociedad y recibiendo visitas de curiosos e investigadores de todo tipo. Gente reflexiva y devota de todas las clases sociales e incluso de muchas tierras, se esforzaba por formar parte del círculo de Sus conocidos. Si la distancia impedía una entrevista personal, se comunicaban con

Él por carta. Trataba problemas de arte y de ciencia, pero sobre todo problemas de religión. Eran tan satisfactorias, tan esclarecedoras Sus explicaciones que creó no poca agitación entre la gente, y en Adrianópolis Se convirtió en el centro de un movimiento considerable, fue éste el primer lugar donde el anuncio de Su propia posición como Profeta de Dios comenzó a tener un impacto sobre el público; y fue aquí donde el título bahá'í comenzó a reemplazar al título anterior, preparatorio, de bábí. El éxito de Su doctrina en esta ciudad fue tan llamativo que inflamó en grado mayor los celos de Sus enemigos particulares e instigó la campaña de calumnias que significó para éstos, al igual que para Él mismo, una nueva sentencia de exilio. Al llegar a 'Akká, Bahá'u'lláh, primero por necesidad y más tarde por decisión propia, Se mantuvo apartado de la vida pública y Se dedicó principalmente al trabajo literario. Las instrucciones orales que Bahá'u'lláh iba dando a todos y a cada uno durante Su larga peregrinación desde Teherán a 'Akká, y la orientación personal que dispensaba a los que Le rodeaban, cumplieron un papel vital dentro de Su misión y tuvieron resultados duraderos. Pero la religión de los bahá'ís es la religión de un Libro. La autoridad final descansa sólo en la Palabra escrita de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá, debidamente autentificada. El único intérprete autorizado del significado de estos Textos sagrados es el Guardián (Shoghi Effendi), cuyo pronunciamiento sobre el tema es vinculante para todos, incluso para futuros Guardianes. Los textos atribuidos sin verificación a Bahá'u'lláh o a 'Abdu'l-Bahá, o los relatos sobre Su vida y enseñanzas, hayan sido escritos por los que les conocieron o les escucharon, o por otros, deben juzgarse según las particularidades de cada caso: no son “evangelio”.

Los bahá'ís honran las Escrituras de todas las religiones precedentes, incluyendo el Bayán o las obras de El Báb, considerándolo su Antiguo Testamento. Su Nuevo Testamento se compone de los Escritos autentificados de Bahá'u'lláh. Son voluminosos y se dice que sobrepasan en masa a todo el conjunto de las Escrituras anteriores. En su forma son variados y comprenden poemas, epigramas, oraciones, exhortaciones, exposiciones, consejos y leyes. Gran parte se presenta en forma de cartas, de algunas de las cuales Bahá'u'lláh mandaba hacer y archivar una copia antes de enviar el original. Se dice de Él que componía a gran velocidad, sin premeditación y sin revisión. Era Su costumbre no escribir con Su propia mano sino dictar a Sus secretarios, prosiguiendo a veces sin apenas una pausa durante varias horas seguidas. El estilo, por regla general, corresponde a este método de composición: Su movimiento es el de una catarata, mientas que la riqueza del lenguaje y de las imágenes y el constante vigor del pensamiento testifican una energía que se recrea trabajando bajo las mayores presiones. Por otro lado, a menudo condensaba mucho contenido en una frase corta, e incluso componía todo un ensayo o un pequeño libro a base de aforismos. Escribió en persa y árabe, y se

dice de Él que fue un maestro en ambos y que empleaba la más pura dicción. Pocas traducciones se han realizado por el momento, y de un total de composiciones que las conjeturas han estimado en un millar, quizás no más de cincuenta están ahora al alcance del lector inglés: veinte o treinta epístolas de diversa longitud, un poema, una parábola, y algunas colecciones de oraciones y de preceptos.[5] Pero, por muy pocas que sean, son más que suficientes para indicar el carácter y las enseñanzas fundamentales de la filosofía religiosa del Autor. Lo más conocido es indudablemente **Las Palabras Ocultas**. Este pequeño libro de doctrinas y preceptos fue escrito en Bagdad, y su título, por su referencia a una cierta tradición musulmana, lleva implícita una afirmación de Su misión profética. El amor y la espiritualidad son la nota dominante y su propósito es la preparación religiosa de los rectos, ***"para que sean fieles a la Alianza de Dios, cumplan durante su vida su compromiso y obtengan en el Reino del Espíritu la joya de la virtud divina".*** Presenta en forma de sentencias la médula de las enseñanzas de los Profetas del pasado. La justicia es el gran principio de la vida humana; el amor es la causa, y el fin de la creación. La reunión del hombre con Dios es el cielo; la separación de Dios es la fuente de todas las desgracias. La grandeza de Dios, Su generosidad, Su paciencia, Su indignación, la amenaza de Su cólera, la promesa del restablecimiento del hombre, todas son expuestas allí.

Análogo a este volumen es el de las **Palabras de Sabiduría** que en veinte aforismos definen veinte aspectos de la verdad espiritual. Por ejemplo:

"La esencia de la religión es atestiguar lo que el Señor ha revelado y seguir lo que Él ha ordenado en Su poderoso Libro.

La fuente de toda gloria es aceptar todo aquello que el Señor ha conferido y contentarse con lo que Dios ha ordenado.

La fuente de toda erudición es el conocimiento de Dios, exaltado sea Su gloria, y ello no puede alcanzarse sino por el conocimiento de Su divina Manifestación."

El monismo sin concesiones de Bahá'u'lláh aparece aquí: ***"La fuente de toda maldad para el hombre es alejarse de su Señor y dedicar su corazón a los cosas profanas".***

Al igual que **Las Palabras Ocultas**, el **Libro de la Certeza** ha sido vertido dos veces al inglés, la segunda vez traducido por el Guardián de la Causa. Si **Las Palabras Ocultas** son un ejemplo del estilo sentencioso de su Autor, éste puede quedar como ejemplo de Su elocuencia sumamente fluida. El argumento ocupa

[5] La amplitud de las traducciones disponibles en inglés se ha incrementado considerablemente desde que el autor escribiera estas palabras. (N.E.)

doscientas cincuenta y tres páginas. Trata de la naturaleza de la Revelación de Dios al hombre y de la respuesta del hombre a ella. Afirma en primer lugar que quienes hayan de obtener de un Gran Profeta el verdadero conocimiento de Dios deben estar a prueba del poder seductor, tanto en lo intelectual como en lo más material, de la existencia terrenal, y deben liberarse del prejuicio y el orgullo, al igual que del consecuente deseo de comodidad, popularidad y cosas por el estilo; y afirma en segundo lugar que la actitud del hombre ante el Gran Profeta dentro de Su Dispensación debe ser la de inmediata, exacta y completa obediencia, en cuanto que el Profeta ha sido investido por Dios con la plenitud del Poder y la Soberanía divinos. Bahá'u'lláh establece Sus tesis con el mayo rigor y énfasis, mostrando que los hechos de la historia atestiguan la autoridad sobrehumana de los Mensajeros de Dios, y que si en Su aparición todos por igual son calumniados invariablemente por Sus contemporáneos, la razón, época tras época, es eternamente la misma. Mostrando el significado de algunos textos apocalípticos de las Escrituras cristianas y musulmanas, y estableciendo paralelos entre los advenimientos del pasado y los del presente, se esfuerza por librar a su generación de la repetición del mismo error histórico de sus antepasados y de la incapacidad para reconocer, salvo cuando ya es demasiado tarde, ***"el tiempo de Su visitación".***

Éstas son obras doctrinales; la **Alianza y Testamento de Bahá'u'lláh** es igualmente de profunda importancia para la comunidad bahá'í y se ocupa de cuestiones más prácticas.[6] Bahá'u'lláh designa aquí sucesor Suyo a Su hijo mayor, conocido como 'Abdu'l-Bahá, haciéndole ***"el Centro de la Alianza": "Quien se vuelva hacia Él se ha vuelto hacia Dios, y quien se aparte de Él se ha apartado de Mi Belleza, ha repudiado Mi Prueba y transgredido contra Mí,".*** Lega ciertas directrices a los pueblos del mundo y anuncia que después de Él mismo no habrá de levantarse ningún Gran Profeta durante todo un millar de años.

Más conocidas para el lector corriente que éstos o que ningún otro de los Escritos de Bahá'u'lláh son las cartas que dirigió a los gobernantes de Oriente Medio y de Occidente, incluyendo las **Epístolas a los Reyes** que fueron descritas y analizadas por el Barón Rosen en la **Bulletin de l'Institu Oriental de Saint-Pétersbourg**, y por el profesor E.G. Browne en el **Journal of the Royal Asiatic Society.**[7] Escribió al Sháh, al Sultán y a su primer ministro, a la Reina Victoria, a Napoleón II (dos veces), al Zar de Rusia, al Papa, e incluyó en el **Aqdas**[8] mensajes a los Emperadores de Alemania y de Austria y a los Presidentes de las repúblicas americanas. En estas cartas afirmó que estaba sufriendo una penosa cautividad;

[6] Kitáb-i-'Ahd: El Libro de la Alianza (N.E.)
[7] Ver ***La Proclamación de Bahá'u'lláh***, (Central Mundial Bahá'í, 1967) que ofrece pasajes seleccionados de estas cartas (Tablas). (N.E.)
[8] Kitáb-i-Aqdas. (N.E.)

pero el modo en que se dirigió a ellos, aunque cortés, no fue el de un súbdito ante un soberano, o el de la debilidad aproximándose al poder y la grandeza. El estilo es resonante y sus períodos rítmicos están sobrecargados con la energía de la voluntad de su Escritor. Se pide a los monarcas que cooperen con el Escritor en Sus esfuerzos para el mejoramiento de la condición de la gente y que promuevan entre sus ciudadanos Sus ideas de fraternidad y paz universal, ya que sólo con ellas se puede asegurar la felicidad y la prosperidad de la humanidad. Ellos figuran como los representantes de Dios en la tierra, pues en ellos están centrados los atributos divinos de poder y autoridad, y por tanto les incumbe manifestar las cualidades propias de Dios, tales como justicia y providencia, y cuidar con el mayor esmero de aquellos confiados a su cargo. Bahá'u'lláh les llama a aceptar y a reconocer al Gran Profeta que Dios ha enviado como guía para la humanidad, y asevera que el honor y la prosperidad bendecirán sus reinos solamente a través de la sumisión.

En estas cartas Bahá'u'lláh incorporó una serie de predicciones de acontecimientos históricos inminentes, hacia las cuales las circunstancias han vuelto la atención del público. También hay otros escritos del Profeta que contienen predicciones, desde Sus **Palabras Ocultas** compuestas en 1857-1858, a las obras de Sus años postreros. Algunas de estas predicciones son advertencias de una retribución, caída, derrota o de una inmensa calamidad; otras son bendiciones y promesas de una recompensa. Algunas son de ámbito material, otras espiritual. Algunas indican un cumplimiento próximo, otras apuntan a un futuro más lejano. Todas han de realizarse dentro de un tiempo determinado – parece que no más tarde del fin de este siglo -. Las más atrevidas, las más dramáticas, las más asombrosas de todas Sus profecías son indudablemente las que yacen en el centro de Su Mensaje divino: Sus aseveraciones categóricas y reiteradas de que después de un período de purgación mundial la naturaleza humana ha de ser regenerada, que las naciones se unirán en una federación y la paz permanente será establecida. Pero la atención de los eruditos y del público hasta el momento se ha limitado sobre todo a las afirmaciones que predijeron claramente cambios próximos referidos a las naciones y que se hicieron realidad exactamente de acuerdo con Su palabra. Así, escribiendo en 1869 a Napoleón III; entonces en el cenit de su fortuna, Bahá'u'lláh predijo la veloz caída del Emperador, la cual sucedió al año siguiente. Al primer ministro del Sultán de Turquía le escribió en 1868 desde Su prisión en 'Akká advirtiéndole que ***"pronto Él en Su terrible ira se apoderará de vosotros y se agitará en medio de vosotros la sedición y serán deshechos vuestros dominios. Entonces os lamentaréis y lloraréis sin encontrar a nadie que os ayude o socorra…".*** Y predijo para el Sultán una temprana caída del poder, la pérdida de Adrianópolis y otros lugares y un desmembramiento político generalizado. Por otro lado, prometió a la Reina Victoria un reinado largo y feliz. Escribiendo a principios

de los setenta, envió a Alemania (entonces exultante por su victoria sobre los franceses) una advertencia acerca de una derrota sangrienta en su frontera occidental, y de aun una segunda aflicción que habría de seguir más tarde. Al mismo tiempo prometió a Persia:

"Que nade te apene, oh Tierra de Tá (Tihrán), porque Dios te ha escogido para que seas la fuente de alegría de toda la humanidad. Si es <u>Su</u> Voluntad, Él bendecirá tu trono con uno que gobernará con justicia y reunirá el rebaño de Dios que los lobos han dispersado".

Entre Sus incontables obras, Bahá'u'lláh asignó el primer lugar en importancia al tratado que Él llamó el **Kitáb-i-Aqdas**, El Libro Más Sagrado. Éste aún no ha sido publicado en inglés, pero ha estado disponible desde hace tiempo en el original.[9] Contiene los estatutos y los criterios que han de ser la ley del Reino de Dios durante la Nueva Era. Estas ordenanzas están diseñadas para responder a las necesidades de cualquier región y para asegurar el progreso continuo de todos los pueblos. Son de ámbito universal, preservan las libertades de las naciones y habrán de llevar a la armonización de todos los intereses y el establecimiento de una concordia duradera entre las diferentes clases y pueblos del mundo.

La trayectoria de Bahá'u'lláh ha pasado ya ahora a la historia. Nada puede añadírsele y nada se le puede quitar. Se nos muestra completa. Quienes se opusieron a Él han perecido y el sistema que les dio la oportunidad de ir contra Él ha perecido con ellos. La jerarquía eclesiástica de Persia y de Turquía ha sido desacreditada y degradada por sus propios fieles. El sultanato y el califato, aquellas antiguas instituciones del islam sunní, han sido destruidas. Pero el Nombre y la Palabra de Bahá'u'lláh perduran. El historial de Su vida permanece para probar qué alturas de constancia y de éxito pueden alcanzarse frente a cualquier dificultad si se trata de alguien que ha consagrado su voluntad completamente a la omnipotente Voluntad de Dios. Sus consejos y enseñanzas se han esparcido por todo el globo y llevan consigo consuelo, valor y esperanza a muchas personas. Su presciencia y Su modernidad se vuelven cada vez más evidentes conforme los cambios mundiales que predijo toman forma efectivamente, y los ideales que promulgó impregnan el Oriente y el Occidente y son aclamados como los caracteres distintivos de nuestra edad progresista. Su sabiduría va grabando Su Mensaje cada vez más profundamente sobre la admiración de los hombres conforme el fracaso repetido de todos los planteamientos superficiales les hace volver a pensar que es verdad que el orden social del mundo nunca será reconstruido hasta que los hombres sometan su

[9] En la actualidad ya ha sido publicada la edición en inglés y castellano y está siendo <u>traducida</u> al resto de idiomas más importantes. (N.E.)

voluntad personal a aquel que es el Origen de toda unidad y la Causa de toda concordia.

****

Nota

Fechas Fundamentales de la Fe Bahá'í

1753-1829	Shaykh Ahmad de Ahsá, Arabia: primer precursor de El Báb
1789-1843	Siyyid Kázim: segundo precursor de El Báb.
12 noviembre 1817	Nacimiento de Bahá'u'lláh.
20 octubre 1819	Nacimiento de El Báb.
1841	Matrimonio de El Báb.
23 mayo 1844	Declaración de El Báb a Mullá Husayn en Shíráz.
Agosto 1845	Empieza la persecución de los bábís.
1847	Interrogatorio de El Báb en Tabríz.
Febrero 1849	Muerte de Mullá Husayn, “La Puerta de la Puerta”.
16 mayo 1849	Muerte de Quddús.
Junio 1849	Muerte de Vahíd.
Marzo 1850	Muerte de los Siete Mártires de Teherán.
9 julio 1850	Muerte de El Báb.
Enero 1851	Muerte de Hujjat.
15 agosto 1852	Atentado contra la vida del Sháh.
Agosto 1852	Muerte de Táhirih. Encarcelamiento de Bahá’u’lláh.
Diciembre 1852	Destierro de Bahá'u'lláh.
Marzo 1853	Bahá'u'lláh llega a Bagdad.
Abril 1854	Se retira a la soledad.
1856	Vuelve de Su retiro.
1856	Redacción de los **Siete Valles**, las **Palabras Ocultas**.

1858	Redacción del **Kitáb-i-Íqán** o **Libro de la Certeza**.
De abril a mayo 1863	Declaración de la Misión de Bahá'u'lláh.
Mayo 1863	Declaración de la Misión de Bahá'u'lláh.
Mayo 1863	Partida de Bagdad.
Agosto 1863	Llega a Constantinopla
Diciembre 1863	Llega a Adrianópolis
1864	Expulsión de todos los bábís de Persia.
1863-1868	Redacción de las **Epístolas a los Reyes, Primera Epístola a Napoleón III, Epístola al Sháh de Persia.**
31 agosto 1868	Llega a 'Akká.
1868-1891	Redacción de la **Segunda Epístola a Napoleón III, Epístolas a la Reina Victoria, al Zar, al Papa, Epístola al Hijo del Lobo.**
29 mayo 1892	Fallecimiento de Bahá'u'lláh.
1908	Liberación de 'Abdu'l-Bahá de Su prisión.
1909-1910	'Abdu'l-Bahá en Egipto.
1911	Primer viaje misionero de 'Abdu'l-Bahá (a Génova, Londres, París).
1912-1913	Segundo viaje misionero de 'Abdu'l-Bahá (a los Estados Unidos, Canadá, las Islas Británicos, a París, Stuttgart, Budapest y Viena).
1920	Nombramiento de 'Abdu'l-Bahá como Caballero.
28 noviembre 1921	Fallecimiento de 'Abdu'l-Bahá.

Capítulo VIII

La Luz de Las Leyes del Rey

Habiendo proclamado el Día de Dios, establecido los fundamentos de Su Reino en la conciencia de la humanidad y expuesto Sus principios y leyes, Bahá'u'lláh ascendió al mundo superior en el año 1892, a la edad de setenta y cinco años. En un testamento escrito nombró a Su hijo mayor, 'Abdu'l-Bahá, el Intérprete de Su Palabra y el Centro de Su Alianza. Hacia Él, como hacia el mismo Gran Mensajero, debían volverse ahora todos los creyentes en busca de guía.

'Abdu'l-Bahá se entregó inmediatamente a la tarea de fundar entre los hombres los primeros comienzos de aquella nueva civilización que Su Padre había planeado y ordenado. La tarea era de la mayor dificultad, incluso para alguien que no hubiera pasado su vida entre los rigores de una prisión turca. Nada que no fuera una confianza amorosa y suprema en Bahá'u'lláh podría haber sostenido a un hombre de sobrio juicio en su intento de construir un paraíso terrenal en un mundo como éste.

Estamos demasiado próximos en el tiempo a Bahá'u'lláh, demasiado debilitados por los hábitos mentales de un pasado que cuesta regenerar, para ser capaces de captar el significado de Su trabajo constructivo o para formarnos un cuadro de la nueva sociedad que ha de surgir bajo Su Mandato. Pero 'Abdu'l-Bahá, a partir de la Revelación de su Padre, ha expuesto los rasgos fundamentales del Plan Divino y ha explicado con una perspectiva clara las verdades centrales y las instrucciones principales en torno a las cuales la humanidad ha de reordenarse y reorganizarse.

Cristo, el Señor en aquel día en que los discípulos vinieron a Él y Le dijeron: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñaba también a sus discípulos”, seguramente debió haber posado Su mirada en la distancia, en el Reino Eterno, y haber visto allí la apariencia espiritual del mundo de Bahá'u'lláh. Pues lo que en este tiempo del fin ha sido deparado para el hombre es el cumplimiento exacto de esa oración que Cristo enseñó a Sus discípulos y que la cristiandad ha seguido repitiendo en Su Nombre a lo largo de los tiempos: ***“Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea Tu Nombre. Venga Tu Reino. Hágase Tu Voluntad en la tierra como en el Cielo”***. Por medio del poder regenerador y creador de Bahá'u'lláh los atributos del Altísimo van a ser ahora, en este mismo mundo, reverenciados entre los hombres y sus contrarios serán considerados con odio y desprecio. La justicia, la amabilidad, la compasión, la veracidad, la fidelidad y sus

similares van a reinar en el lugar de las cualidades satánicas cuyo domino ha hecho de la historia humana, hasta la actualidad, un relato de tristeza y vergüenza. El Reino que ahora ha descendido sobre la tierra no es el Reino de un Gran Profeta; tampoco toma esta Dispensación su nombre del título de ningún Gran Profeta; más bien esta edad es la Edad de Dios Mismo y este Reino el Reino de Dios manifiesto en Su Gloria.

"Con el nombre de este Día Tú has adornado Tu Tabla que sólo es conocida por Ti. Tú lo has llamado el Día de Dios. En él nada se podrá ver salvo Tu Ser Supremo y nada se podrá escuchar salvo Tu dulcísimo Nombre. Por lo cual, cuando Él apareció, las naciones fueron sacudidas hasta sus cimientos, los eruditos quedaron desconcertados, los sabios confundidos, exceptuando aquellos que se volvieron hacia Ti…".

En este Día, Bahá'u'lláh requiere que los hombres hagan lo que es la Voluntad de Dios; y los hombres serán juzgados por sus hechos y por nada más. En el pasado la fe ha sido demostrada por medio de palabras. Pero ahora no es así. ***"La esencia de la fe es ser parco en palabras y abundantes en hechos…"***. Y de nuevo:

"La guía siempre la han dado las palabras, pero ahora la dan las acciones. Todos deben manifestar acciones que sean puras y santas, pues las palabras son propiedad de todos por igual, en tanto que acciones como éstas pertenecen sólo a nuestros amados. Esforzaos con alma y corazón para distinguiros mediante vuestras acciones."

Bajo sistemas anteriores los hombres han sido aceptados por lo que profesaban y contados dentro de una u otra creencia según lo que sus labios declaraban creer. Ahora, por mandato expreso de Dios se exige a todo hombre probar esto o aquello con su conducta.

De esta manera, Cristo y todos aquellos que han repetido devotamente esta oración, han abierto el camino para el Reinado milenario de Bahá'u'lláh y quienes son ciudadanos del Nuevo Reino, no importa bajo qué confesión hayan sido criados, reconocen con gratitud la ayuda de esa antigua oración que ahora ha encontrado su cumplimiento.

Pues la primera, la más eminente, la más vital de las grandes verdades que distinguen esta Revelación de todas las demás es ésta: que el amor de Dios ha conquistado los corazones de los hombres y que Su Domino sobre la tierra es completo y permanente. Ésta no es la era de la promesa renovada sino de la promesa cumplida. No viene a traer al hombre un aspecto o fase nuevos de la Antigua Alianza, sino que trae el cumplimiento de esa Alianza en su plenitud. El epigrama de que el hombre nunca será bendecido ha podido ser cierto durante

ciertas épocas; pero ya no es cierto – está anticuado y ahora es falso-. La bendición está a las puertas. Hasta ahora Dios ha soportado las veleidades y rebelión de la humanidad en su inmadurez; Su merced les ha protegido de los naturales castigos a su desobediencia. Ha tolerado a la cizaña crecer entre el trigo, a los malos reunirse en el aprisco junto a los buenos y su sol ha brillado sobre los justos e injustos por igual. Pero Su paciencia se está ahora acabando. El tiempo prescrito para la siega de la cizaña, para el rechazo de los insinceros, para la destrucción por el fuego de todos los obradores de iniquidad ha llegado por fin en hechos tangibles. Ya ha pasado el tiempo en que la visión que con tal belleza y terror encierra la Biblia había de ser desvelada sólo ante los ojos de un vidente; ahora se ha de levantar sobre la tierra ante la vista de todos, encarnada en hechos históricos. La descripción del poeta sobre la Edad de Oro ya no ha de parecer "de ese material del que están hechos los sueños", sino que ha de ser contemplada por toda alma viviente como una anticipación inspirada de lo que esta edad actual está desplegando. Una metamorfosis de largo alcance del mundo exterior e interior del hombre, de la sociedad y de los pensamientos está teniendo lugar ya; y el poder por el que se está imponiendo este cambio es el decreto inmutable del Dios Altísimo.

Bahá'u'lláh no deja ninguna duda en cuanto al significado de la victoria de Dios y el triunfo de Su Causa. Ya no significa lo que los seguidores de un Gran Profeta solían entender en anteriores Dispensaciones como el triunfo de Su Causa. No significa oposición entre facciones, y mucho menos contienda.

"No es éste el significado de la victoria, que uno debería luchar o pelear con otro… Lo que Dios – gloriosa es Su mención – ha deseado para Él son los corazones de Sus siervos, que son tesoros de alabanza y amor del Señor y son depósitos de conocimiento y sabiduría divinas… La victoria de hoy nunca ha sido ni será la oposición a nadie, ni la lucha contra ninguna persona sino más bien lo que Le complace es que las ciudades de los corazones de los hombres, que se encuentran bajo el dominio de las huestes de egoísmo y la lujuria, sean subyugadas por la espada de la Palabra, de la sabiduría y la exhortación. Por consiguiente, todo aquel que desee la victoria debe subyugar primero la ciudad de su propio corazón con la espada de la verdad espiritual y de la Palabra, y debe protegerlo para que no recuerde absolutamente nada que no sea Dios; después, que dirija su atención hacia las ciudades de los corazones de los demás. Esto es lo que se quiere decir por victoria. La sedición nunca ha sido ni es agradable a Dios y lo que ciertas personas ignorantes forjaron en el pasado nunca fue aprobado. Si te matan en Su Nombre, en verdad eso es mejor a que tú mates".

Cuando el Trono de Dios sea establecido dentro del corazón de los hombres, Sus Escrituras regirán sin oposición ni interpelación. Ninguna tierra, ningún pueblo, ninguna actividad caerá fuera de Su jurisdicción. Las artes, las ciencias,

todas las ocupaciones de todas las secciones de la sociedad estarán agrupadas en torno a un Centro y serán objeto del esfuerzo de hombres que compartirán una devoción común y una obediencia universal.

Ésta es la más importante de las verdades que Bahá'u'lláh ha expuesto y que Su Voluntad ha hecho efectivas. De ésta depende todo lo demás y de ésta procede todo lo demás.

La Revelación de Bahá'u'lláh, por tanto, no se ocupa solamente de la religión pura. Le concierne algo más que la actitud del alma humana hacia Dios y hacia la Creación divina. Es un Evangelio tan social como espiritual. Implica verdaderamente una reorientación de muchas de las fases de la vida y ofrece consejo y directrices acerca de muchos campos del esfuerzo.

La comunidad bahá'í ha de ser una colmena de actividad y cooperación. Se estimulan la interacción social y las reuniones festivas. No hay personas recluidas. Todos comparten la vida ordinaria y sencilla de la humanidad. El matrimonio es recomendado y mostrado como algo compatible y en verdad conducente a los mayores logros espirituales – los tres grandes ejemplos, Bahá'u'lláh, El Báb y 'Abdu'l-Bahá estaban casados-. No hay ociosos ni parásitos. Todo hombre debe tener alguna forma de ocupación o profesión y el trabajo hecho con un espíritu de servicio a la sociedad es aceptado por Dios como un acto de adoración a Él.

"Los mejores de los hombres son los que ganan su sustento con su vocación y lo gastan en sí mismos y en su familia por amor a Dios, el Señor de todos los mundos." Hombres y mujeres se encontrarán todos a un mismo nivel. ***"¿No sabéis por qué os creamos a todos del mismo polvo? Para que ninguno se exalte por encima del otro".*** Pero las desigualdades permanecerán. La desigualdad se encuentra por todas partes en la creación, desde el cardo al cedro, desde el átomo hasta el monte Everest; de otra manera no habría mundo. Los hombres serán siempre diferentes en carácter, en aptitudes y en habilidad. Algunos serán más sabios o más influyentes o más cercanos a Dios que otros. Algunos serán más acaudalados, otros más pobres; el cuidado de los necesitados, de los afligidos y de los huérfanos se confía a quienes tienen capacidad para ayudar, así como a las autoridades.

Tampoco es indiferente el valor de las distintas profesiones. La agricultura es considerada de importancia primaria porque de ella depende la existencia de la gente. Es la base del sistema económico de Bahá'u'lláh. Se concede un lugar importante a las artes, particularmente a la música, y quienes practiquen estas artes reciben un lugar de honor. Se aprueba, aunque no se impone, la monarquía constitucional como forma de gobierno, en parte porque libera a los pueblos del desorden y los gastos que acarrea el tener que elegir frecuentemente al supremo

mandatario del Estado y en parte porque el rey es un símbolo de la unidad de Dios. La lealtad a las autoridades constituidas es algo que incumbe a todo bahá'í. La más elevada de todas las vocaciones es la del maestro de religión. Pero en el mundo de Bahá'u'lláh no hay clérigos profesionales, ni clase o casta eclesiástica de ningún tipo. No hay ritos, ni tampoco hay lugar u oportunidad para la aparición de ninguna forma de sacerdocio. Los maestros de religión no reciben un pago por su enseñanza y deben ganar su sustento por algún otro medio. Su mérito como maestros depende de su pureza de intención, y su eficacia, de que una sola cosa les mueva en su trabajo: el deseo de que Dios sea conocido. Se prohíbe la confesión oral porque confesarse a otro hombre ***"no lleva al perdón de Dios".*** La era de Bahá'u'lláh es la era de la responsabilidad individual. Se impone expresamente a cada hombre el deber de investigar la verdad por sí mismo. No debe contentarse conjugar en la vida el juego de "Sigue a tu líder"; no se ha de aceptar despreocupadamente la tradición ni formar opinión propia por las opiniones de otros. No ha de existir ningún tipo de opresión ni servilismo en el mundo bahá'í. Tal como Cristo predijo que el reinado de la injusticia social señalaría el final de Su Dispensación, así ha desatado Bahá'u'lláh los truenos de Su indignación sobre los tiranos y toda forma de tiranía y ha jurado que Dios podrá fin a todo ello.

"¡Oh opresores de la tierra!, apartad vuestros manos de la tiranía, pues Me he comprometido a no perdonar a nadie su injusticia. Ésta es Mi Alianza que he decretado irrevocablemente en la Tabla Guardada, sellándolo con Mi Sello de Gloria".

Él establece la Justicia como el gran principio de la Ley de Dios. ***"Lo más amado de todas las cosas ante Mi vista es la Justicia."*** Sobre ésta se basa el orden social y en ella también ha de confiar el individuo si quiere avanzar verdaderamente en independencia y sabiduría.

"No te apartes de ella (la justicia) ***si Me deseas y no la descuides para que confíe en ti. Con su ayuda verás con tus propios ojos y no por los ojos de otros. Conocerás con tu propio conocimiento y no mediante el conocimiento de tu prójimo… En verdad, la justicia es Mi don para ti y el signo de Mi amorosa bondad. Tenla, pues, ante Tus ojos".***

Por otra parte, Bahá'u'lláh advierte seriamente a los hombres ante un erróneo elogio de la libertad. Sólo es algo beneficioso cuando es limitada y regulada. De lo contrario, es causa de caos y lleva a la destrucción. Toda bondad depende del abandono de una libertad individualista falsamente concebida.

"La fuente de todo bien es la confianza en Dios, sumisión a Sus Mandatos y complacencia con Su Santa Voluntad y agrado…". El bahá'í es educado para pensar menos en su libertad que en el propósito para el que su Señor le dio esa

libertad. Mira como ideal suyo a alguien que escogió por título ***"El Siervo de Dios"***, y de ese ejemplo aprende a procurar utilizar todas sus facultades en su máxima capacidad, pero sin dejar nunca que el expresarse uno mismo se convierta en énfasis sobre uno mismo. ***"Bendito aquel que prefiere a los demás antes que a sí mismo",*** dijo Bahá'u'lláh. La ley de la justicia ordena a un hombre escoger para los demás lo que escoge para él; la ley de la misericordia, ayudar a los demás sin pensar en uno mismo.

El deber del grupo, por otra parte, es en primer lugar preservar el orden y la armonía, y en segundo lugar dar a la personalidad de los diversos miembros plena libertad al trabajar por el bien común. En todos y cada uno de los que pertenecen al grupo descansa la responsabilidad de preservar este equilibrio, y Dios presta Su ayuda especial a quienes se esfuerzan sinceramente.

Del ciudadano del Reino se espera que tenga la actitud mental correcta, no solamente hacia tales y cuales grupos en particular, sino también en la misma medida hacia el grupo que incluye a todos: la raza humana. ***"Que ningún hombre se gloríe de que ama a su patria"***, dijo Bahá'u'lláh al profesor Browne, ***"que más bien se gloríe de que ama a sus semejantes…".***

Bahá'u'lláh sufrió y trabajó por toda la humanidad.

Él no dirigió Su Llamamiento a ningún sector. No se propuso revivir una religión en particular, ni reformar alguna civilización especial. Su perspectiva era mundial; Sus enseñanzas, universales de principio a fin. La distinción de Su Revelación frente a todas las anteriores está en que, por el Antiguo Decreto de Dios, ha de ser aceptada por toda la humanidad. Ya no habrá una serie de sistemas de fe y de orden concurrentes, sino Un Sistema elaborado y expresado mediante el acuerdo de todas las naciones. La conciencia de la raza humana ha alcanzado ahora, en la plenitud del tiempo, un nuevo grado de desarrollo. Es capaz, por fin, de apreciar la unidad de la raza. Cada Uno de los Grandes Profetas del pasado ha aportado algo a esta educación. No se ha perdido el trabajo de ninguno de Ellos. El trabajo de todos Ellos vive todavía en los logros actuales de la raza. Ahora, por medio del Supremo Advenimiento de Bahá'u'lláh, el Dios Eterno y Su Espíritu Santo, han otorgado una nueva medida de Su Gracia, que corona y completa todo aquel trabajo. Los hombres de todas partes van ahora a conocer y a creer por fin esa Verdad revelada desde antiguo: que hay un solo Padre de todos nosotros, que la tierra es un solo hogar y que todos los hombres somos hermanos. Y esta creencia ha de dirigir la conducta y convertirse en la base del Nuevo Orden Mundial. Bahá'u'lláh ha ordenado a todos Sus seguidores purificar su corazón de todo prejuicio religioso y racial, y de todas animosidades nacionales o raciales. La obediencia a este Mandato es considerada hoy la marca característica de todo

bahá'í leal. Los judíos, los cristianos, los parsis, los musulmanes, los budistas, los agnósticos, los librepensadores, todos se reunieron a la mesa de 'Abdu'l-Bahá y disfrutaron de la misma consideración y de los mismos privilegios. En Su Presencia se olvidaban las diferencias; la hermandad esencial pasó a ser lo principal. Lo que el esfuerzo moral y la amplitud de mente difícilmente habrían conseguido por sí solos, ocurría en un momento por medio de la inspiración de Bahá'u'lláh.

La unificación de la humanidad es, por consiguiente, la primera gran tarea práctica encomendada por el Gran Profeta a Sus seguidores. El éxito en esta tarea lo ha hecho posible, más aún, está asegurado por la intervención especial de Dios; pero no se logrará espontáneamente. Su consecución necesitará esfuerzo. Si ese esfuerzo no se hace rápidamente, el retraso innecesario será causa de tribulaciones grandes y crecientes.

Bahá'u'lláh, según parece, habría llevado Su Mensaje en persona a los pueblos de Occidente pero Le impidieron hacerlo Sus enemigos, quienes Le mantuvieron prisionero hasta el día de Su muerte. Le correspondió a Su hijo, 'Abdu'l-Bahá, llevar a cabo este proyecto y viajar por Europa y los Estados Unidos, llegando incluso hasta San Francisco, para proclamar la Causa y explicar los principios fundamentales del Plan de Bahá'u'lláh para la unificación de la humanidad.

'Abdu'l-Bahá llamó la atención en primer lugar sobre el hecho de que en esta Era Dios había eliminado las barreras geográficas que hasta hoy habían separado a una nación de otra y que habían impedido la difusión de todas las anteriores Revelaciones. Dios había enseñado a los hombres métodos más avanzados de locomoción y de comunicación y había creado así las condiciones materiales que con el tiempo permitirían a los pueblos de Oriente y Occidente unificar sus actividades y formar, entre todos, una unidad orgánica.

La eliminación de los tradicionales malentendidos y de los prejuicios inveterados era una cuestión aparte. Apuntando a este fin, Bahá'u'lláh ordenó que todos los pueblos deberían ser a partir de entonces bilingües, esto es, compartir una lengua universal, además de tener cada uno su propia lengua nacional. Este medio universal debería ser o bien uno de los idiomas hablados actualmente o una estructura compuesta especialmente.

Bahá'u'lláh estableció también un calendario universal que sería empleado por todos los pueblos, en lugar de los sistemas rivales actualmente en vigor. Para este propósito adoptó, con un ligero ajuste, el que ya había creado El Báb. En él, como en el antiguo calendario griego de Metón, familiar para Occidente a través de los Números Dorados, el número fundamental del sistema es el diecinueve. Hay diecinueve días en cada mes y diecinueve meses en el año, con cuatro o cinco días

intercalares para hacer que el calendario coincida con el año solar, y los años se agrupan en ciclos de diecinueve. Los nombres de los meses se toman de atributos de Dios, como Esplendor, Gloria, Belleza, Grandeza, Luz, Misericordia y otros semejantes.

La inmensa importancia concedida a la educación (al igual que al aprendizaje y a la cultura en general) constituye uno de los rasgos sobresalientes de la economía y la religión bahá'í. Esto aparece de muchas formas a lo largo de los escritos de Bahá'u'lláh, tanto mediante alguna alusión o implicación como en afirmaciones concretas o en provisiones expresas. Por ejemplo, en el estatuto referente a los legados, el principio de que el profesor es realmente en un sentido intelectual un padre para su alumno se toma como base para un decreto legal. O de igual modo, se establece que la escolarización de una hija, al ser una futura madre, tiene preferencia sobre la de un hijo, por una razón muy significativa: que en una familia el primer maestro de los niños es la madre y su responsabilidad a este respecto debe ser contemplada especialmente desde el principio.

En general, la responsabilidad sobre los estudios, tanto en temas divinos como humanos por todo el mundo, es confiada un Cuerpo de Maestros Internacionales, que son designados por el Guardián, siendo Él mismo, como Intérprete ordenado de los Textos Sagrados, su Maestro Jefe. Este cuerpo elige de entre sus propias filas un Cuerpo o Capítulo especial de nueve miembros cuya tarea especial es trabajar en la más estrecha asociación con el Maestro Jefe. El sistema de educación que habrán de seguir las naciones ha sido, en su carácter y líneas generales, definido por Bahá'u'lláh. Se ocupará de estudiantes de todas las edades y sexos, de todos los grados de inteligencia. No estará limitado a las razas dominantes, sino que incluirá a todos sin quedar completo hasta que los pueblos que ahora se encuentran en condiciones primitivas entren dentro de su alcance. Su espectro será lo suficientemente amplio y diversificado como para permitir una plena expresión a cada una de las posibles variedades de gustos y talentos. Ninguna nación encontrará sus necesidades especiales y sus intereses particulares sacrificados por los de alguna otra nación ni por los de la totalidad. Se estimularán y desarrollarán las habilidades particulares de todos. Verdaderamente, el propósito general del Gran Plan educativo será llevar toda la capacidad y facultad humanas a su mayor perfección para que la raza, contemplada como un todo, alcance el grado más elevado de conocimiento y eficiencia posible.

Por otra parte, se impedirán las distorsiones en la historia de las naciones y la perpetuación de las sospechas y animosidades locales y se evitará inculcar puntos de vista estrechos y separatistas. El significado y el espíritu de toda la información que se dé a cada estudiante habrán sido aprobados por un Cuerpo Internacional, y

todo lo que se enseñe a un estudiante estará de acuerdo con la instrucción dada a cualquier otro estudiante en cualquier otro sitio.

El establecimiento de estos principios educativos será un requisito previo para una verdadera unificación de la humanidad. Constituirá también una base fuerte permanente para una única cultura mundial, una civilización universal.

Para dar estabilidad a tal civilización y para establecer un molde en el cual tomará forma, Bahá'u'lláh ha incluido en Sus Enseñanzas ciertas regulaciones económicas, tomadas casi totalmente de los Escritos de El Báb, y también una serie de importantes ordenanzas en el campo tanto de la ley civil como criminal. El Sistema económico y el Sistema legal habrán de regir, ambos, todo el globo. Durante la presente Dispensación nada se les puede sustraer; tampoco se les añadirá nada, salvo por el deseo de toda la humanidad expresado a través de un Consejo Representativo Central. La distinción de clases, en su sentido odioso, se difuminará; pero siempre habrá diferencias de posición social por la razón de que los miembros de un ejército no pueden ser todos soldados rasos ni todos generales. Continuará habiendo capital, pero se evitarán los extremos de riqueza y pobreza y se mitigarán las penalidades que causa la actual lucha por la existencia. Ningún ciudadano particular llevará armas ofensivas. Todo Gobierno nacional, sin embargo, tendrá su cuerpo de policía para preservar el orden, y el Gobierno mundial central tendrá una fuerza policial suprema para mantener la paz entre las naciones y para reducir a sumisión a cualquier agresor.

En la cúspide de este Sistema administrativo se encuentran dos grandes responsabilidades, dos Instituciones insignes: la Guardianía[10] y la Casa Universal de Justicia[11]. El Guardián es el centro y el representante de la unidad de la Causa y de los creyentes. Es denominado por 'Abdu'l-Bahá ***"el Signo de Dios, la Rama Escogida, el Intérprete de las Palabras de Dios"***. El cargo es hereditario y desciende normalmente al hijo mayor. Pero ha de observarse que incluso en este cargo hereditario (como en todos los demás cargos de la Administración bahá'í) la piedad en el carácter es un requisito previo esencial. Cada Guardián ha de designar a lo largo de su propia vida a su sucesor, siendo necesaria la aprobación del Capítulo de Nueve Maestros para la validez de dicho nombramiento. Si su hijo

[10] Cuando 'Abdu'l-Bahá estableció la Guardianía, hizo del Guardián la cabeza permanente de la Casa Universal de Justicia, y con el principio de la primogenitura dispuso una sucesión de guardianes, que ocuparían esa posición. Sin embargo, Shoghi Effendi falleció sin dejar sucesión en noviembre de 1957, cinco años y medio antes de que la Comunidad Mundial Bahá'í estuviera suficientemente desarrollada, de acuerdo con Su Plan, para la elección de la Casa Universal de Justicia. Como había sido previsto por Él, esta Institución fue elegida en 1963 y ahora perpetúa para el mundo bahá'í la Guía Divina, la que constituye la cualidad peculiar de la Alianza de Bahá'u'lláh (David Hofman, **La Renovación de la Civilización**, p. 120)

[11] Elegida por primera vez en abril de 1963, siendo los electores los miembros de las Asambleas Espirituales Nacionales del mundo bahá'í, que se reunieron en una Convención Mundial en Haifa, Israel. (N.E.)

primogénito no fuera espiritualmente digno de su puesto; si no estuviera ***"desprendido de las cosas mundanas, la esencia de la pureza"***; si no ***"mostrara en él mismo el temor de Dios, conocimiento, sabiduría y comprensión"***, el Guardián ha de pasarlo por alto y escoger ***"otra rama"*** en su lugar.

El Guardián tiene también el privilegio de nombrar el Cuerpo de Maestros Internacionales, las ***"Manos de la Causa",*** cuya función es ***"difundir las Fragancias Divinas, edificar las almas de los hombres, promover el aprendizaje, mejorar el carácter de todos los hombres y estar en todo momento y bajo todas las condiciones santificados y desprendidos de las cosas materiales"***. Estos Maestros eligen de entre ellos mismos un Consejo de Nueve que ha de dedicarse totalmente a ayudar al Guardián en su trabajo.[12]

La Casa Universal de Justicia, con el Guardián como presidente, es el cuerpo legislativo supremo del mundo bahá'í. Está reservado para ella el privilegio de hacer estatutos y ordenanzas sobre todas las cuestiones no tratadas expresamente en el **Aqdas**, y también el de modificar o rescindir sus propias regulaciones si surge la ocasión. Se evita de esta manera la rigidez en el sistema legal y se hacen suficientes previsiones para la adaptación de la ley a las necesidades cambiantes de un mundo en continuo desarrollo.

Tanto Bahá'u'lláh como 'Abdu'l-Bahá insisten vigorosamente sobre el orden y la disciplina en la comunidad bahá'í. El Guardián y la Casa Universal de Justicia están bajo la protección especial del Sapientísimo, y cualquier forma de desobediencia a Ellos en sus respectivas esferas está prohibida so pena de ser castigado por la tremenda ira de Dios.

El esquema general del Sistema mundial de administración hacia el que trabajan los bahá'ís está delineado así por el Guardián de la Causa en una exposición sobre ciertos pasajes contenidos en la Epístola que Bahá'u'lláh escribió y remitió a la Reina Victoria en 1868.

"¿Qué otra cosa podrían significar estas importantes palabras que no fuera una referencia a la inevitable reducción de las ilimitadas soberanías nacionales como requisito indispensable para la formación de la futura Mancomunidad de todas las naciones del mundo? Es necesario desarrollar cierta forma de Súper-Estado mundial, a favor del cual todas las naciones del mundo habrán de ceder voluntariamente todo derecho a entrar en guerra, ciertos derechos a recaudar impuestos y todos los derechos a mantener armamentos, salvo con el propósito de mantener el orden interno dentro de sus respectivos dominios. Dicho Estado habrá de incluir en su órbita un Poder Ejecutivo Internacional con capacidad

[12] Estos nueve también han de ***"dar su asentimiento a la elección de aquel"*** a quien el Guardián designe como su sucesor. (N.E.)

para hacer valer la autoridad suprema e indiscutible en todo miembro recalcitrante de la mancomunidad; un Parlamento Mundial cuyos miembros serán elegidos por el pueblo en sus respectivos países y cuya elección será confirmada por sus respectivos Gobiernos; y un Tribunal Supremo cuyos dictámenes tendrán efectos obligatorios aun en los casos en que las partes interesadas no estén voluntariamente de acuerdo en someter la disputa a su consideración. Una comunidad mundial en la que todas las barreras económicas serán derribadas para siempre y en la que se reconocerá definitivamente la interdependencia del capital y el trabajo; en la que el clamor del fanatismo y el conflicto religioso serán acallados para siempre; en la que será finalmente extinguida la llama de la animosidad racial; en la que un código único de derecho internacional – producto de un juicioso análisis de los representantes federados del mundo - será sancionado por la intervención instantánea y coercitiva de las fuerzas combinadas de las unidades federadas; y, finalmente, una comunidad mundial en la que el furor de un nacionalismo caprichoso y militante será trocado por una perdurable conciencia de ciudadanía mundial; así es como se presenta, en líneas generales, el Orden anticipado por Bahá'u'llá".[13]

En América, el trabajo administrativo de los bahá'ís se había extendido tanto hacia 1926 que se creyó aconsejable crear una forma legal dentro de la cual se pudieran llevar a cabo de modo más efectivo y seguro estas actividades por lo que se estableció un Fideicomiso Voluntario. Los términos de este Fideicomiso, que ha sido publicados en **The Bahá'í World**, muestran que éste fue un intento de aplicar a ciertas cuestiones prácticas los principios espirituales sobre los que Bahá'u'lláh insistió. Se ofrece, por tanto, a sí mismo como un ejemplo de la filosofía bahá'í en acción dentro del mundo moderno.

La Declaración de Fideicomiso contiene doce artículos, de los cuales pueden citarse los siguientes pasajes como ejemplo típico.

La parte final del preámbulo dice:

"La Asamblea Espiritual Nacional, al adoptar esta forma de asociación, unión y vínculo entre compañeros y al seleccionar para sí misma la designación de Fideicomisarios de los bahá'ís de los Estados Unidos y Canadá[14], lo hace en calidad de cuerpo administrativo de una comunidad religiosa que lleva existiendo y desempeñando responsabilidades durante más de dieciocho años. Como consecuencia de estas actividades, la Asamblea Espiritual Nacional se ve llamada a administrar una serie de asuntos y propiedades para los bahá'ís de los Estados

[13] Noviembre de 1931 en **Bahá'í Administration**.
[14] Canadá formó su propia Asamblea Espiritual Nacional en 1948. (N.E.)

Unidos y Canadá, cuya diversidad y volumen crecen de manera tan constante que nosotros, sus miembros, sentimos ahora que es la vez necesario y deseable dar a nuestras funciones colectivas una forma legal más definida. Esta acción se lleva a cabo con total unanimidad y con pleno reconocimiento de la sagrada relación que con ello se crea. Reconocemos en nuestro nombre y en el de nuestros sucesores en este Fideicomiso las exaltadas normas religiosas establecidas por Bahá'u'lláh para los cuerpos administrativos bahá'ís en la declaración: ***'Sed los Fideicomisos del Misericordioso entre los hombres'***; y pedimos la ayuda de Dios y Su Guía para cumplir con esta exhortación".

Hacia el final de la Declaración, en el Artículo XI de los Estatutos, se encuentran estas asombrosas palabras:

"Entre los deberes más sobresalientes y sagrados que incumben a quienes han sido llamados a iniciar, dirigir y coordinar los asuntos de la Causa como miembros de Asambleas Espirituales locales y nacionales están: Lograr por todos los medios de que dispongan la confianza y el afecto de aquellos a quienes tienen el privilegio de servir; investigar y familiarizarse con las opiniones formadas, los sentimientos predominantes y las convicciones personales de aquellos cuyo bienestar es su obligación solemne promover; limpiar sus deliberaciones y la ejecución en general de sus asuntos, de un distanciamiento autosuficiente, de secretos que despiertan recelo, de la atmósfera sofocante de la imposición dictatorial y de toda palabra y obra que puedan parecer parcialidad, egocentrismo o prejuicio; y al tiempo que retienen en sus manos el sagrado derecho a la decisión final, invitar al dialogo, ventilar los agravios, recibir con agrado los consejos y fomentar el sentimiento de ser socios e interdependientes y el clima de comprensión y confianza mutua entre ellos y todos los demás bahá'ís".

Extendidas ahora – por todo el mundo – en más de 260 países, las actividades de los bahá'ís se llevan a cabo de acuerdo a los ordenanzas de Bahá'u'lláh expuestas y desarrolladas por 'Abdu'l-Bahá. Un uniforme completo sobre este sistema y su funcionamiento, establecidos por el Guardián de la Fe, puede encontrarse en los más recientes volúmenes de **Bahá'í World**[15]**.**

El propósito declarado de la Administración bahá'í, en cualquier país en que se haya establecido, es promulgar el Conocimiento de Dios, proclamar el Nuevo Evangelio de Bahá'u'lláh y llevar a cabo Su deseo de paz y unidad entre la humanidad. Su espíritu es de servicio desinteresado. Su energía motriz es el amor espiritual. Todos los hombres por igual tienen derecho a un lugar en sus reuniones, los de piel morena, amarilla o roja, en igualdad con los blancos: ***"Es más***

[15] Ver Vol. XIII, Parte dos, **The World Order of Bahá'u'lláh**. También se remite al lector a Esslemont, **Bahá'u'lláh y la Nueva Era**, capítulo XV (Retrospectiva y Perspectiva), y Holley, **Una Religión para la Humanidad**, Parte II. (N.E.)

importante el que está más cerca de Dios”. Las cualificaciones morales de todos los oficiales están definidas, al igual que sus funciones públicas, de manera exacta y completa. La primera obligación impuesta a los miembros de cualquier grupo es la de tener amor y armonía perfectos. ***“Deben estar completamente libres de distanciamientos y deben manifestar en ellos mismos la Unidad de Dios”,*** dijo 'Abdu'l-Bahá. Su segundo mandato fue que ***“cuando se reúnan deben volver sus rostros al Reino de lo Alto y pedir la ayuda del Reino de Gloria”.*** La discusión de temas políticos está completamente prohibida y los asuntos quedan por orden Suya… limitados a cuestiones materiales que conciernen a “***la preparación de las almas, la instrucción de los niños, el socorro de los pobres, la ayuda a los débiles de entre todas las clases del mundo, la amabilidad con todos los pueblos, la difusión de las fragancias de Dios y la exaltación de Su Sagrada Palabra”.***

La disciplina es estricta y se pretende que haya la más completa e incondicional unidad entre los amigos. A cada creyente se le ordena encarecidamente que:

“obedezca de alma y corazón (todos los mandatos de la Asamblea Local) ***y sea sumiso a ella, para que las cosas puedan ordenarse adecuadamente y organizarse bien. De otro modo*** (continuó 'Abdu'l-Bahá), ***cada persona actuará independientemente y según su propio criterio seguirá sus propios deseos y hará daño a la Causa”.***

En circunscripciones en las que la Fe bahá'í está bien establecida las Asambleas Locales tienen no pocas cosas que hacer y a menudo llevan a cabo gran parte de su trabajo mediante comités. Procuran promover los buenos sentimientos entre los amigos y alentar la más devota cooperación en la Causa. Ayudan a los pobres, a los enfermos, los incapacitados, los huérfanos y las viudas, sin tener en cuenta el color, la clase o el credo. Toman el más vivo interés por la instrucción material, al igual que espiritual, de la juventud. Mantienen correspondencia con otros Centros bahá'ís por todo el mundo, estimulan el desarrollo de publicaciones y revistas bahá'ís y se encargan de todos los preparativos para hacer reuniones regulares de los amigos, al igual que reuniones especiales pensadas para mejorar el bienestar social, intelectual o espiritual de sus conciudadanos. En pro de la eficiencia, el procedimiento en una de estas Asambleas sigue los métodos más modernos del mundo de los negocios; pero el espíritu que impregna la reunión es de simplicidad y amistad, y las deliberaciones del grupo se asemejan a una reunión familiar más que a ninguna otra cosa. En verdad, para el bahá'í cualquier comunidad es, como la misma raza humana, una familia, cuyos intereses pueden promoverse mejor cuando se trabaja con esta idea.

Cada Asamblea Local está formada por nueve miembros elegidos y a la cabeza de todas las Asambleas de cualquier país en particular está una Asamblea

Espiritual Nacional que mantiene una conexión entre todas ellas. También ésta está formada por nueve miembros elegidos, no directamente (como las Asambleas Locales), sino indirectamente por medio de delegados elegidos en cada localidad con este propósito. Es costumbre realizar las elecciones durante el período de la Fiesta de Ridván, en el que se celebra la Declaración de Bahá'u'lláh y que se prolonga desde el 21 de abril al 3 de mayo.

Vemos así que un Sistema universal de administración, lo mismo que de economía, de educación y de leyes, junto con un calendario e idioma universales, forman los cinco instrumentos clave de unificación que en el nombre de Bahá'u'lláh fueron expuestos por 'Abdu'l-Bahá en su viaje misionero de 1912.

Pero, más allá de estas medidas prácticas, en el carácter y en la influencia en general de la Revelación de Bahá'u'lláh hay una fuerza unificadora aún más potente. Induce en todos aquellos que la sienten un nuevo estado de ánimo, una nueva perspectiva de la vida, una nueva comprensión de la Unidad de Dios, de Su creación y de los seres que Él ha hecho. Muestra que esta organización propuesta de muchas naciones en un todo no es una ocurrencia tardía, una idea feliz de estos últimos tiempos. Es en realidad la expresión normal de una verdad antigua y eterna que el hombre se ha negado a aplicar o a apreciar. Así como el cuerpo humano, aunque complejo y diferenciado, es un todo orgánico, también la raza humana es una unidad orgánica. ***"Un alma en muchos cuerpos"***, dijo 'Abdu'l-Bahá. Separa una parte de otra es debilitar y paralizar. La salud y la fuerza perfectas solamente existen cuando todas las partes trabajan juntas en armonía. Cuando todas las naciones se agrupen consciente e inteligentemente en un sistema único y coordinado, entonces, por primera vez en la historia humana, la raza alcanzará la plenitud de su fuerza y vigor. Entonces empezará a conocerse a sí misma, a sentir su poder, a percibir sus posibilidades, a alcanzar en la vida diaria alturas de realización y felicidad que ninguna de las naciones había soñado en la noche de la separación.

Esta unidad de la humanidad es situada por Bahá'u'lláh en el punto de partida de una unidad aún mayor. Se nos muestra que el hombre, por virtud de su naturaleza material, no es un extranjero dentro de su entorno, ni un extraño en medio de los reinos inferiores de la naturaleza. Es la cima de la creación de Dios, pero es una parte de ella y, en cuanto que vive en un cuerpo, todos los seres que se encuentran por debajo de él en la escala de la vida son sus hermanos menores. Todo el proceso creativo es uno: uno en su movimiento, uno en su origen y uno en su finalidad. Desde el Día en que el Espíritu empieza a actuar sobre aquella substancia primordial que llena eternamente el espacio y la moldea formando estructuras y después otras estructuras superiores hasta que tras vastos períodos de tiempo los elementos evolucionan y se fijan, y entonces aparecen formas a través de las cuales

la energía que fluye eternamente de Dios puede manifestarse a sí misma; desde los primeros movimientos pre-mundanos de la creación hasta que al fin alguien hecho a la imagen de Dios camina sobre el planeta e inclina la cabeza en adoración ante su Hacedor, a través de todo este proceso, todo cuanto ocurre procede de una Voluntad, es gobernada por una Ley, está dirigido hacia un Propósito y es proseguido hasta llegar a un último acontecimiento preordenado. La unidad de Dios se refleja en todo lo que Él hace. El hombre se encuentra en la cima de la creación, la cual existe para él y fue emprendida para que él llegara a la existencia. Bahá'u'lláh apoya la antigua cita de Dios: ***"Si no fuera por ti no hubiera creado las esferas".*** Todos los hombres, de cualquier raza o nación a que pertenezcan, representan la obra más elevada del Creador. Cada uno de ellos, sea blanco o negro, está dotado con todas las facultades y es ***"el punto de amanecer de la rectitud"***.

Con enseñanzas como éstas Bahá'u'lláh hace un llamamiento a la gente de Su Dispensación, a todos y a cada uno, para que exploren los significados secretos del universo y entren a un nuevo campo de conciencia donde el conocimiento de la Verdad les liberará de los viles engaños que hacen levantarse a un hombre contra otro, a una nación contra otra, a una raza contra otra.

Capítulo IX

El Fuego del Amor del Rey

Ni por mandato divino, ni por conocimientos de tipo intelectual, ni por seguir un código de leyes o un sistema de administración se va a establecer o inaugurar la unificación de la humanidad, sino más bien por un amor verdadero y perdurable que consuma las diferencias entre los intereses personales y funda con sus llamas todos los corazones en un solo corazón. Cada uno responde por todos y donde está uno están todos.

En este último y gran Día, Dios (según creen los bahá'ís) ha fijado sobre la tierra un Centro hacia el cual todos los hombres se volverán, un punto de atracción hacia el que todos se sentirán impulsados y que les conferirá para siempre una base común para el acuerdo y la comunión emocional. Dios ha establecido Su Tabernáculo entre los hombres, ha construido en sus corazones una morada donde Su amor pueda entrar y habitar, y ha fijado profundamente en el afecto de Sus hijos los cimientos firmes y perdurables de una concordia mundial y una unidad sin fisuras. Una religión que surge de una aspiración común, animada por una devoción común, llamando a una obediencia común, concediendo a todos una felicidad común, enlazará a todas las naciones y todas las vidas en un todo mediante las cadenas de un temor y amor comunes.

Los esfuerzos de todos los Grandes Profetas del pasado han dado ahora su fruto. Nada se ha perdido. La cosecha ha llegado, y para que ésta llegase todos los amados de Dios a lo largo de los tiempos, los mártires y los santos, los que eran conocidos a los ojos del mundo y también los desconocidos, todos han aportado su contribución. Ellos son recordados ante Dios y glorificados diariamente por todos los creyentes. El propósito de todos los Mensajeros de Dios ha sido promover entre los hombres la unidad por medio del amor.

"Has de saber (dijo Bahá'u'lláh en un pasaje citado anteriormente) ***que en cada edad y ciclo todas las leyes y ordenanzas han sido cambiadas de acuerdo a los requerimientos de los tiempos, excepto la ley del amor que, como un manantial, fluye eternamente y cuyo curso nunca sufre cambio alguno".***

Cuando un hindú dijo a 'Abdu'l-Bahá: "Mi misión en la vida es dar a conocer al mundo, tanto como me sea posible, el Mensaje de Krishna", el Maestro replicó: ***"El Mensaje de Krishna es el mensaje de Amor. Todos los Profetas de Dios han traído el Mensaje de Amor".***

'Abdu'l-Bahá escribió a un creyente:

"La esencia de las enseñanzas de Su Santidad Bahá'u'lláh es el Amor Universal, que comprende todas las virtudes del mundo de la humanidad y es la causa tanto de la vida eterna como del progreso de los individuos de la raza humana".[1]

Y de nuevo escribió:

"El propósito de la aparición de la Bendita Perfección fue la unidad y la armonía de la gente del mundo. Por tanto, mi mayor deseo es en primer lugar el acuerdo y la unión y el amor entre los creyentes, y después entre toda la gente del mundo".[2]

Y en otro lugar:

"La primera bendición del Verdadero es el amor, la unidad y la armonía. Y sin éstos todas las obras pasan en vano y no dan resultado alguno".[3]

El comienzo de esta Revelación y su fin es el Amor. El Amor de Dios ordenó su aparición antes de la fundación del mundo. El Amor de Dios la ha enviado en el momento propicio a este reino humano. El Amor de Dios ha guiado, gobernado y sostenido su curso. Los tres Portadores celestiales de la Luz (su Estrella de la mañana, su Sol, su Luna) vertieron con abundante e intensa profusión, sin restricciones, sin límites, sin interrupción, los Rayos del Amor Divino disipando la oscuridad que envolvía al mundo. Ellos mismos en Su propio Ser eran Amor, pues Dios es Amor y Ellos eran de Su Esencia. Su carácter y Su vida estaban completamente imbuidos de Su Amor, al igual que cada uno de Sus Mandatos y cada una de las Enseñanzas que dieron. Por Ellos el Amor se nos revela como el Principio originador y sostenedor de toda la existencia. En **Las Palabras Ocultas**, la Voz de Dios declara: ***"Velado en Mi Ser Inmemorial y en la Antigua Eternidad de Mi Esencia, conocía Mi Amor a ti; por tanto te creé, grabé en ti Mi Imagen y te revelé Mi Belleza".***

A través de todos los niveles de todo lo que respira o existe el Amor es la fuerza que construye; el Amor de Dios, siempre presente, lo envuelve todo. El Amor reflejado en los reinos inferiores es la fuerza que reúne substancias primordiales e indiferenciadas en formas y estructuras, que convoca a la existencia los antiguos elementos y lo que surgió de ellos, el helecho, la flor, el pájaro, la bestia y el hombre mismo con sus dones trascendentes de mente y corazón. Cuando en este reino mortal de crecimiento y decadencia se suspende la acción de esta fuerza de

[1] Epistles, III, p. 544
[2] Ibíd., p. 125
[3] Ibíd., p. 183

atracción, la combinación que ella formaba queda disuelta y desaparece. En todas las actividades de la sociedad el Amor es la fuerza que comunica unidad y vida, y cuando en el corazón de los hombres cesa el Amor, entonces la armonía y la cooperación, de las que él era a la vez causa y sostén, dan lugar a la separación y a la muerte.

"El Amor (escribió 'Abdu'l-Bahá en una de sus tablas) ***es el principio de la sagrada Dispensación de Dios, la Manifestación del Todomisericordioso, el manantial de efusiones espirituales. El Amor es la benéfica Luz Celestial, el aliento eterno del Espíritu Santo que vivifica al alma humana. El Amor es la causa de la Revelación de Dios al hombre, el vínculo vital inherente, según la creación divina, en la esencia de las cosas. El Amor es el único medio que asegura la verdadera felicidad, tanto en este mundo como en el venidero. El Amor es la luz que guía en la oscuridad, la conexión viviente que une a Dios con el hombre, que asegura el progreso de toda alma iluminada. El Amor es la Ley suprema que rige este Ciclo poderoso y celestial, el Poder que por sí solo mantiene unidos los elementos divinos en este mundo material, la suprema Fuerza magnética que dirige los movimientos de las esferas en los dominios celestes. El Amor revela con Poder infalible e ilimitado los misterios latentes en el universo. El Amor es el Espíritu de vida que se encuentra dentro del embellecido cuerpo de la humanidad; establece la verdadera Civilización en este mundo mortal y derrama Gloria imperecedera sobre todas las razas y naciones que aspiran…".***

El Amor de Dios está rodeando a cada corazón pero no entra si no es como huésped invitado. Consciente de su debilidad y su miseria, de una vida tan transitoria, un conocimiento tan incompleto, una felicidad tan restringida e inestable, el hombre anhela cosas mejores y sueña con un Cielo, si es que lo hay. El Amor de Dios es ese Cielo, exclama Bahá'u'lláh, y llama a todos los hijos de los hombres hacia Él:

"Tu Paraíso es Mi Amor; tu Morada Celestial, la reunión Conmigo. Entra y no tardes. Esto es lo que ha sido destinado para ti en Nuestro Reino de lo Alto y Nuestro Exaltado Dominio".

"Hijo Mío, dame tu corazón". Amar a Dios es el deber supremo y el único logro beatífico de cada alma humana. Dios espera afuera. El Paraíso está ahí con las puertas abiertas de par en par, pero sólo el verdadero amante puede entrar allí. ***"Ámame para que Yo te ame. Si tú no Me amas, Mi Amor jamás llegará a ti. Sábelo, oh siervo… Si Me amas, aléjate de ti mismo… a fin de que mueras en Mí y Yo viva eternamente en ti"***. No hay paz para el hombre ni gloria alguna, salvo en un Amor que abandona al propio yo para amar a Dios; aunque recorra la tierra en

su extensión y busque en lo más alto de los cielos no encontrará descanso para su alma más que en este Amor por Dios. El Amor a Dios es una fortaleza en la que quien entre estará seguro frente a la adversidad y la angustia.

"Bendíceme con el amor hacia Tu esencia" (así se le enseña a orar al fiel) ***"para que al ser liberado de toda preocupación por mí mismo o por cualquier cosa que no seas Tú, pueda yo quedar completamente cautivado por Ti, sin conocer nada que no seas Tú, sin ver nada más que a Ti, sin pensar en nada salvo en Ti".***

El Amor hacia Dios es la forma más elevada de riqueza que puede alcanzar el hombre en la tierra: en verdad es la única riqueza verdadera. ***"Aquel que Me ama es el poseedor de todas las cosas y aquel no Me ama es en verdad de los pobres e indigentes".***

Está en la naturaleza del hombre amar a Dios, si lo percibiera y lo supiera. Dios ha exhalado un hálito de Su propio Espíritu en el hombre para que el hombre pueda ser Su amante. ***"Mi amor está en ti; conócelo, para que Me encuentres junto a ti".*** El creyente ora: "Concédeme la alegría de contemplar Tu Ser eterno, oh Tú que eres más real que yo mismo, Tú que habitas en lo más íntimo de mi corazón". Y si se volviera y mirara en sí mismo, encontraría a Dios dentro de sí, en todo Su Amor, Majestad y Poder. Pues la Morada de Dios no es el cielo abovedado, ni tiene otro hogar en la tierra que no sea el corazón de Sus hijos.

En **Las Palabras Ocultas** la Voz de Dios da una expresión conmovedora al lamento de un amor no correspondido. El Gran Amante (que no tiene nada que ganar con el amor de Sus criaturas, pues ya todo es Suyo, pero tiene todo para dar) se entristece por la veleidad de esos 'hijos del polvo' que por su falta de amor desprecian las bienaventuranzas que les corresponden en herencia y atraen hacia ellos mil infortunios. Bahá'u'lláh reveló que la causa más importante de la lamentable condición del hombre era su falta de Amor a Dios. Expuso cuatro modos de Amor: el Amor de Dios hacia Sus propias Perfecciones que Le impulsó a crear para que éstas llegaran a ser conocidas, el Amor de Dios por el hombre, el Amor del hombre por Dios y el Amor del hombre por sus semejantes. Si se añadiera un quinto sería, como dijo 'Abdu'l-Bahá, el Amor del hombre hacia su propio ser superior, que es lo que le impulsa a progresar. Pero Bahá'u'lláh lo definió diciendo que, en Su esencia, el Amor es volverse el hombre hacia Dios, apartarse de todo salvo de Dios y no desear nada más que lo que Dios desea.

'Abdu'l-Bahá alabó el poder que este Amor hacia Dios crea dentro del hombre:

"Por el fuego del Amor a Dios se consume el velo que nos separa de las Realidades Celestiales, y con una clara visión estamos capacitados para avanzar hacia adelante y hacia arriba, progresando constantemente en los senderos de la

virtud y santidad, convirtiéndonos en portadores de luz para el mundo. ¡No hay nada más grande ni más sagrado que el Amor a Dios! Da salud al enfermo, bálsamo al herido, alegría y consuelo al mundo entero, y sólo por él puede el hombre alcanzar la Vida Eterna. El Amor a Dios es la esencia de todas las religiones y la base de todas las enseñanzas sagradas".

En la tierra hay muchas apariencias y muchas parodias del alto nombre del amor; pero el auténtico Amor es raro. Un amigo mundano, enseñó Bahá'u'lláh, en su amor por los demás, está pensando verdaderamente en sí mismo y en su propio bien; su amor es irreal. ***"En tanto que el verdadero Amigo os ha amado y os ama por vosotros mismos; de hecho, ha sufrido innumerables aflicciones para poder guiaros"***.

'Abdu'l-Bahá advertía a Sus oyentes que no pusieron su confianza en un amor que no fuese de los verdaderos. Con Su bondadosa forma de hablar expresó advertencias contra un amor que era mera fascinación, un amor que estaba basado (aunque fuera muy sutilmente) en el propio interés, un amor cuyo fin era la antipatía y el odio. Un amor con egoísmo o con limitaciones no es suficiente. El verdadero Amor no busca en modo alguno nada para sí mismo, ni cuenta lo que da, y Dios en esta época exige de Sus criaturas, tanto hacia Él como entre ellas, la verdad y la realidad misma del Amor. ***"El verdadero amante de Dios anhela la tribulación en Su sendero"***. El Báb, Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá se inmolaron con firme y radiante alegría en el altar del servicio a Dios, entregando a Él todo lo que tenían y todo lo que eran por completo. No se guardaron nada; ni lo que poseían, ni Su vida, ni siquiera Sus familias. Oraron para que Sus pruebas fueran aún mayores: ***"No paso un árbol sin que Mi corazón se dirija a él diciendo: '¡Ojalá fueses derribado en Mi Nombre y Mi cuerpo crucificado sobre ti en la Senda de Mi Señor!".***

Del bahá'í completo se requiere que ame a su vecino como a sí mismo hasta el punto, si es necesario, de sacrificar por el su propia comodidad y conveniencia, incluso su integridad física o su vida. Los breves anales de la fe registran ya cómo en países musulmanes muchas veces un bahá'í en momentos de peligro cargó con las culpas de un hermano o salvó la vida de un hermano a expensas de la suya. No ha de reservar el bahá'í su sacrifico para el círculo de sus camaradas o personas que le aprecian. En obediencia al Mandato de Dios y por el Poder infundido por Dios en él debe extender su amor a toda la humanidad sin discriminación de clase o partido, raza o credo.

"¿No sabéis acaso por qué os hemos creado a todos del mismo polvo? Para que ninguno se enaltezca a sí mismo por encima de otro. En todo momento ponderad en vuestro corazón cómo habéis sido creados. Puesto que os hemos

creado a todos de una misma substancia, os incumbe ser como una sola alma, caminar con los mismos pies, comer con la misma boca y habitar en la misma tierra, para que mediante vuestros hechos y acciones se manifiesten, desde vuestro más íntimo ser, los signos de la unicidad y la esencia del desprendimiento".

En una de sus disertaciones en París, 'Abdu'l-Bahá acentuó el carácter ilimitado del verdadero Amor y afirmó que ahora, como un don del Espíritu Santo, tal Amor había sido puesto al alcance de los hijos de los hombres. El amor dentro de la familia, en la nación, en la raza, en un partido, todas estas expresiones de amor y otras tan limitadas como éstas, eran inadecuadas.

"Un gran Amor desinteresado por la humanidad" (dijo Él) ***"no está limitado por ninguno de estos lazos imperfectos y semi-egoístas; éste es el Amor perfecto, posible para todo el género humano y que sólo puede alcanzarse por el poder del Espíritu Divino. Ningún poder mundano puede realizar el Amor universal".***

Dios no admite ninguna justificación como excusa para la falta de amor de un bahá'í. La amorosa amabilidad ha de ser una actitud constante e inexpugnable del alma.

"Cuanto más se opongan a ti" (escribió 'Abdu'l-Bahá a alguien cuya paciencia estaban siendo puesta a prueba), ***"derrama aún más justicia y equidad sobre ellos. Cuanto más odio y oposición te muestren, desafíales aún más con la veracidad, la amistad y la reconciliación".***[4]

En otra carta[5] explicó que según las enseñanzas de Bahá'u'lláh los creyentes deben en esta edad actual ser amigos de todas las naciones y de todas las comunidades. No deben dejar que sus ojos se posen sobre la violencia, la mala voluntad, la persecución o las hostilidades que les puedan rodear, sino que en lugar de esto deberían elevar su mirada al Reino de la Gloria Divina y mirar a quienes hacen el mal como criaturas de Dios, ***"signos del Señor de los signos",*** quienes han nacido a la existencia por el Favor y la Voluntad Divina, y por tanto han de ser contemplados no como extranjeros o extraños sino como conocidos y amigos. El creyente no debería considerar los méritos y capacidades de la gente, sino mostrar simpatía a los extraños igual que a los amigos, ofrecer amor auténtico a los demás bajo todas las condiciones, no permitiendo nunca que el amor sea dominado por el odio, la malicia, el espíritu contencioso o el rencor de la gente. Si le convierten en blanco de sus flechas, ha de dar leche y miel a cambio; si le administran un veneno, ha de ofrecer carne dulce; si le infligen dolor, ha de responder con bálsamo.

[4] Epistles, III, págs. 557-558.
[5] Ibíd., p. 389

"El Amor y la fidelidad (escribió Él)[6] ***"deben llenar de tal modo el corazón que los hombres verán al extraño como a un amigo, a los enemigos como aliados, a los oponentes como a compañeros queridos, a su verdugo como a quien les da la vida, al que niega a Dios como a un creyente y al infiel a uno de los fieles".***

Por todas partes vemos expresado en las enseñanzas, repetida e insistentemente, en todos sus detalles y en todos sus aspectos, el mandamiento según el cual el corazón aprenderá y las acciones expresarán la ley del Amor universal. Por ejemplo, en aquel pasaje en que 'Abdu'l-Bahá explica con grandes trazos qué es vivir la vida y qué se ha convertido en el viático de todo bahá'í, casi todos los mandatos son aplicaciones del principio supremo del Amor.

Vivir la vida es:

"No ser causa de pesar para nadie.

Ser amable con todo el mundo y amarles con un espíritu puro.

Si nos encontrásemos con oposición o injurias, soportarlas, ser todo lo amables que podamos llegar a ser y, por encima de todo, amar a las personas. Si sucedieran calamidades de la máxima intensidad, regocijarnos, pues estas cosas son dones y favores de Dios.

Callar los defectos de los demás, rogar por ellos y ayudarles, por medio de la bondad, a corregir sus defectos.

Ver siempre lo bueno y no lo malo. Si un hombre tiene diez buenas cualidades y una mala, considerad las diez y olvidad esta única; y si un hombre tiene diez malas cualidades y una buena, considerad esta única y olvidad las diez.

Que no nos permitamos decir una mala palabra de otro aun cuando ese otro fuese nuestro enemigo.

Realizar todas nuestras obras con amabilidad.

Apartar nuestros corazones de nosotros mismos y del mundo.

Ser humildes.

Ser sirvientes uno del otro y saber que somos menos que cualquier otro.

Ser como un alma en muchos cuerpos; pues cuanto más nos amemos unos a otros, más cerca estaremos de Dios; pero saber que nuestro amor, nuestra unidad y nuestra obediencia no deben ser algo que se declara, sino una realidad.

Actuar con cautela y sabiduría.

Ser veraces.

Ser hospitalarios.

Ser reverentes.

[6] Epistles I, p. 125

Ser la causa de curación para cada enfermo, un consolador para el afligido, agua fresca para el sediento, una mesa celestial para el hambriento, una estrella para cada horizonte, una luz para cada lámpara, un heraldo para todos los que anhelan el Reino de Dios".

'Abdu'l-Bahá

Lo que nos muestran las enseñanzas, lo muestran el carácter y las acciones de los propios Mensajeros de un modo aún más impresionante. Un perfecto Amor a Dios y al hombre es la explicación de Sus vidas, la clave para el misterio de Su éxito combinado. El hecho de haber dejado de lado Sus nombres personales para asumir títulos espirituales significó una abnegación completa, el sacrifico de todos Sus propios fines y propósitos por la prosecución de una tarea emprendida en obediencia a Dios. Cuando Mírzá 'Alí-Muhammad, el comerciante, tomó el título de El Báb Se proclamó la Puerta a través de la cual había de entrar el Rey de la Gloria y dedicó cada pensamiento y cada instante a preparar en el desierto un camino para su Señor.

Con la firmeza de un amante Se enfrentó en la Causa de Dios a la incomprensión, la tergiversación y la tortura, y antes de sobrepasar la edad de treinta años alcanzó la muerte de un mártir.

Mírzá Husayn 'Alí, por mandato del Altísimo, renunció a Su rango, riqueza y honor, y con el título de Bahá'u'lláh soportó medio siglo de encarcelamiento, fue exiliado cuatro veces y sufrió años tras año y día tras día incontables aflicciones, sometiéndose a todas con una conformidad radiante para hacer la Voluntad de aquel Soberano Supremo a Quien él servía por amor.

'Abbás Effendi, cuyo nacimiento le destinaba a heredar altas distinciones y extensas propiedades, a la edad de nueve años siguió a su Padre al exilio, y desde ese momento hasta su muerte a una edad avanzada no quiso ser otra cosa más que el siervo del Gran Amado, y su título 'Abdu'l-Bahá, "el Siervo de la Gloria", fue para Él su espada y su corona.

La apariencia personal de los tres, tal como se ve en los retratos existentes, atestigua el mismo espíritu de buena voluntad y amor. El cuadro del juvenil Báb muestra en Su rostro esa bondad conquistadora que testifican las crónicas. En el de Bahá'u'lláh, una dulzura maravillosa, se dice, se mezcla con una expresión de autoridad e imponente poder. He aquí cómo relató un americano la primera vez que contempló el retrato:

"Miramos la fotografía de Bahá'u'lláh. Es… el Rostro de alguien que había 'encontrado a su amado en el jardín' de su corazón; en quien era evidente un Poder asombroso, no para oponerse sino para someterse y, sometiéndose, conquistar a los oponentes. No puede haber duda del origen de ese Poder asombroso que se asienta

en esa frente como en un trono de majestad, que se eleva sin querer, como el sonrojo de una doncella, sobre ese Rostro de tan rara belleza. Es la Bendita Belleza, la Bendita Perfección. Es el Rostro de Aquel en Quien no se encuentra deseo ni anhelo salvo la Voluntad de Dios. Es el Rostro de Dios; las luces de todos los atributos de Dios brillan sobre Él".

En las conocidas fotografías de 'Abdu'l-Bahá tomadas en París, la fuerza del intelecto y la voluntad aparecen en armonía con una gran humildad y la tristeza de un corazón que sufría por simpatía con un mundo doliente.

Al ser un Amor celestial el principio rector de Su actividad, El Báb, Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá unieron, a una energía y resolución heroica, la suave belleza y perfecciones de los santos. Cada uno en Su puesto, Se irguieron parar hacer frente, desafiar y redimir a una civilización corrupta, impía y cruel. En el terrible combate que siguió (un combate moral en que ninguna de las partes pidió ni dio cuartel) los campeones del Altísimo nunca levantaron una mano en defensa propia, nunca huyeron del peligro, ni mostraron resentimiento personal, ni escatimaron Su amabilidad a nadie aunque fuera el más mezquino e implacable de Sus enemigos. Detestando y denunciando el mal, desenmascarando a los malvados y librando batalla, sin evitar ningún riesgo, contra todos los que se opusieron al progreso de la Voluntad declarada de Dios, aún fueron compasivos y pacientes, tranquilos y mansos.

Era tan radiante la belleza del carácter de El Báb que Su influencia sobre los que estaban alrededor de Él parecía mágica. Conquistaba el corazón hasta de Sus carceleros, escoltas e inquisidores. El efecto de Su persona sobre quienes Le rodeaban durante Su confinamiento en Chihríq es descrito por Nabíl, quien declara que el Gobernador de la prisión se vio incapaz de llevar a efecto el severo trato que el Visir había ordenado para El Báb. Pues:

"él también, muy pronto, comenzó a sentir la fascinación de su Prisionero; él también se olvidó, en cuanto tomó contacto con Su espíritu, del deber que se esperaba que cumpliera. Desde el principio el amor por El Báb penetró su corazón y reclamó todo su ser. Los kurdos que vivían en Chihríq… se sintieron asimismo subyugados por la influencia transformadora de El Báb. El amor que encendió en sus corazones fue tal que todas las mañanas, antes de empezar sus tareas del día, encaminaban sus pasos a Su prisión y, contemplando desde lejos el castillo que encerraba su amada Persona, invocaban Su nombre y pedían Sus bendiciones. Acostumbraban a postrarse sobre el suelo buscando refrescar sus almas con el recuerdo de Él."

Si Él hubiera logrado tener acceso a la suprema autoridad del reino, el Sháh, podría haber persuadido a Su Majestad para que aceptara las Nuevas Enseñanzas y

así haber inaugurado una nueva era de reforma. Sus enemigos se dieron cuenta del peligro y temían por ello. Estaban siempre alerta para evitarlo. Su irregular y apresurada ejecución fue concebida especialmente para hacer imposible esa entrevista de una vez y para siempre.

Bahá'u'lláh tenía el mismo poder para evocar una respuesta a Su propia efusión de amor.

En los primeros días de la Fe, muchos antes de que Bahá'u'lláh declarara Su misión, la poetisa Táhirih dio testimonio de este poder: "La refulgencia de la Belleza de Abhá ha penetrado el velo de la noche; ¡observad las almas de Sus amados que como mariposas danzan a la Luz que ha brillado de Su Rostro!"

El profesor E.G. Browne, al visitar 'Akká en 1890, encontró que Él era el centro de "un amor y una reverencia ilimitados y casi increíbles", y tras ser admitido a Su presencia se descubría a sí mismo inclinándose "¡ante alguien que es objeto de una devoción y un amor que los reyes envidarían y por el que los emperadores suspirarían en vano!"[7]

El encanto y el poder de aquella Personalidad, con el paso del tiempo, están siendo borrados ahora del recuerdo por la Providencia de Dios, no sea que los hombres puedan caer en el error de honrar demasiado al Superhombre y muy poco el Espíritu Eterno que brilló a través de Él. Pero el espíritu de servidumbre que Él inspiró en Sus amados está registrado en la historia; y está encarnado en su forma más perfecta en la vida, el ejemplo y el nombre del Centro de la Alianza.

Tan sólo se sabe de un europeo que haya escrito un relato de una entrevista con El Báb; asimismo sólo uno que haya dejado constancia de una entrevista con Bahá'u'lláh. Pero muchos viajeros y peregrinos occidentales visitaron a 'Abdu'l-Bahá en Su casa en Palestina y atestiguaron el calor y la magnitud de Su simpatía, Su amabilidad y Su encanto.

Siendo ya de avanzada edad, deteriorada Su salud, visitó Occidente en un esfuerzo por disuadir a los hombres de iniciar la guerra que Él veía inminente; millares de personas de Alemania, Francia, Inglaterra y América Le vieron y Le oyeron hablar. Sus modales afables, Su viva simpatía, la bondad que en todo momento prodigaba, Su devoción desinteresada a la Causa de Su Padre, eran evidentes para todos los que tenían el privilegio de conocerle. Exhausto físicamente, nunca dejó pasar una oportunidad de dar Su Mensaje. ***"Donde hay amor"***, decía, ***"el esfuerzo es un descanso".*** Quedan aún, tanto en Oriente como en Occidente, muchas personas que testifican el poder de unas palabras que

[7] Traveller's Narrative, introducción, pág. 40

tocaban todos los corazones y daban a todo oído atento un nuevo conocimiento de lo que significan buena voluntad y amor verdaderos.

Sobre su visita a Londres se escribió:[8]

"Una profunda impresión quedó grabada en la mente y en el recuerdo de hombres y mujeres de toda clase y condición. La desbordante simpatía de 'Abdu'l-Bahá resultó, en todas las ocasiones, tan valiosa como su discernimiento y su perspicacia para hacer frente a las dificultades, ya fueran éstas sutiles u obvias. Cada uno de los que se acercaban a Él se sentía comprendido y quedaba asombrado y aliviado por el modo en que 'Abdu'l-Bahá entendía las diferencias religiosas; más que nada las coincidencias religiosas… Dejó tras de sí muchos, muchos amigos. Su amor había encendido amor. Su corazón se había abierto al Occidente y el corazón de Occidente se había volcado en torno a esta presencia patriarcal que venía del Oriente".

"Todos Le conocen y Le aman, ricos y pobres, jóvenes y mayores, hasta el niño que brinca en brazos de su madre. Si oye de alguien que está enfermo en la ciudad, sea musulmán o cristiano, o de cualquier otra secta, no importa: Él está cada día a la cabecera de su cama, o envía a alguien de confianza… No pide nada para sí mismo, ni comodidad, ni honores, ni reposo. Tres o cuatro horas de sueño Le bastan; todo lo que resta de Su tiempo y toda Su fuerza son para socorrer a los que sufren, espiritual o corporalmente."

Así escribió M.H. Phelps en su libro: 'Abbás Effendi.

Otro que conoció a 'Abdu'l-Bahá (el Gobernador de Haifa) habló sobre Él del siguiente modo.[9]

"La mayoría de nosotros, creo, recordamos claramente la persona de Sir 'Abdu'l-Bahá 'Abbás, Su digna figura caminando pensativa por nuestras calles, Sus modales corteses y elegantes, Su amabilidad, Su amor hacia los niños pequeños y las flores, Su generosidad y cuidado hacia los pobres y los que sufren. Era tan amable y tan sencillo que, en Su presencia, uno casi olvidaba que se trataba también de un gran Maestro y que Sus escritos y Sus conversaciones han servido de consuelo e inspiración a cientos de miles de personas de Oriente y Occidente…".

Un americano que conoció a 'Abdu'l-Bahá en Thonon expresó así su experiencia:

[8] 'Abdu'l-Bahá in London, págs. xiii y xiv.
[9] The Passing of 'Abdu'l-Bahá, p. 22

"Mirar a un ser humano tan maravilloso, responder absolutamente al encanto de Su presencia, me trajo una felicidad continua… Patriarcal, majestuoso, fuerte, pero infinitamente bondadoso, se mostraba como un rey justo quien en todo momento descendiera de Su trono para mezclarse con un pueblo devoto… De vez en cuando se reía de buena gana, pues la idea del ascetismo o del sufrimiento inútil de cualquier tipo no puede unirse a esta Personalidad totalmente desarrollada. El elemento divino en Él no se alimenta a expensas del elemento humano, sino que más bien vivifica y enriquece al elemento humano por su propia abundancia, como si Él hubiera alcanzado Su desarrollo espiritual llenando Sus relaciones sociales con el ardor supremo".[10]

Cuando en noviembre de 1921 falleció 'Abdu'l-Bahá, uno de los tributos que se Le rindieron contenía estas palabras:

"Los ojos que siempre habían mirado con amabilidad a la humanidad, tanto amiga como enemiga, estaban ya cerrados. Las manos que siempre se habían extendido para dar limosna a los pobres y los necesitados, al cojo y al manco, al ciego, al huérfano y a la viuda, habían terminado ya su labor. Los pies que, con incansable celo, habían caminado incesantemente por los senderos del Señor de Compasión estaban ahora descansando. Los labios que tan elocuentemente habían defendido la causa de los desamparados hijos de los hombres mantenían ahora silencio. El corazón que había latido tan poderosamente con maravilloso amor por los hijos de Dios permanecía ahora inmóvil. Su glorioso espíritu había pasado más allá de la vida terrenal, de la persecución de los enemigos de la rectitud, de las tormentas y tensión de casi ochenta años de infatigable labor por el bien de los demás".[11]

Estas citas, escogidas casi al azar, sugieren apenas la impresión causada sobre aquellos occidentales que Le conocieron y trataron. La exposición que se ha hecho clásica del poder inspirador que Él era capaz de comunicar a alguien dispuesto a recibirlo procede de la pluma de uno de los escritores antes citados:

"…al levantarse el grupo vimos entre ellos a un anciano majestuoso, vestido con una toga de color crema, su cabello blanco y su barba brillando al sol. Poseía una gran estatura, una inevitable armonía de actitud y vestido que yo no había visto ni imaginado jamás en un hombre. Sin haber visto antes al Maestro sabía que era Él. Todo mi cuerpo estaba conmocionado. Mi corazón dio un salto, mis rodillas flaquearon, un escalofrío de emoción aguda y receptiva me llenó de la cabeza a los pies. Me pareció haberme convertido en un órgano sensorial altamente sensible, como si los ojos y los oídos no fueran suficientes para esta impresión sublime. Yo

[10] Horace Holley, Modern Social Religion, págs. 213-14.
[11] The Passing of 'Abdu'l-Bahá, págs. 9-10.

era consciente de la presencia de 'Abdu'l-Bahá en todo mi cuerpo. Con verdadera alegría quería gritar: parecía ser la forma más adecuada de expresarme en aquellos momentos. Mientras mi propia personalidad desaparecía, un nuevo ser, no yo mismo, asumía su puesto. Una gloria, como desde la cumbre de la naturaleza humana, se derramó dentro de mí y fui consciente de un impulso intensísimo de admiración. En 'Abdu'l-Bahá sentí la grandiosa Presencia de Bahá'u'lláh, y cuando mis pensamientos retornaron a la actividad me di cuenta de que, de esta forma, me había acercado al Espíritu puro y al Ser puro lo más posible. Esta maravillosa experiencia me sucedió más allá de mi propia voluntad. Estaba ante la presencia del Maestro y me convertí en el siervo de una voluntad superior por su propia intención. Incluso mi recuerdo de este cambio temporal de personalidad ejerce una extraña autoridad sobre mí. Yo sé lo que el hombre puede llegar a ser; y en este momento único, sobrecargado, brillando desde la masa oscura de las montañas del tiempo pasado, refleja, como un espejo que puedo estudiar, todas las circunstancias para considerar su valor a través de una inteligencia más pura que la mía propia".[12]

Tal es el Amor que Dios ha infundido en el corazón muerto del mundo. Tal es el Amor que ha de resucitar las almas de los hombres a la consciencia de las cosas celestiales y apresurar sus espíritus hacia una vida superior. Ya ha mostrado su eficacia en lo grande y en lo pequeño. Ha aportado un encanto nuevo a las relaciones sociales. Ha ampliado la visión, ha roto barreras, ha hecho que la vida sea más dulce, ha enseñado cómo alcanzar una fortaleza y una audacia para la que no parece haber límites. En los primeros tiempos de la Fe solía decirse que uno no podía tomar té con los bahá'ís sino desear unirse a su sociedad. Los musulmanes persas atribuían el poder atractivo de los amigos al uso de filtros y encantos mágicos con los que contagiaban a sus vecinos con su propia locura. La ansiedad, el ardor, el rapto que llevaba los corazones y almas de estos primeros bábís, es verdaderamente (incluso para quienes sólo pueden ya leer el relato de todo aquello) una maravilla, una inspiración y un desafío. Con qué anhelo, con qué ilimitado entusiasmo se regocijaban de consumirse a sí mismos por devoción a su Señor. Ningún esfuerzo era demasiado difícil de hacer, nada les parecía correr un peligro demasiado grave, si es que pensaban que con ello podían servir a su Causa. Las posesiones a las que ellos, como otros hombres, tenían aprecio – propiedad, reputación, comodidad, hogar, hijos, esposa y la misma vida – estaban dispuestos a abandonarlas por su amado Señor, y era para ellos la mayor bendición el conseguir por alguna acción de excepcional y completa abnegación mostrar aún mejor la medida completa de su amor y dar a El Báb y a su Dios una gloria aún mayor.

[12] Horace Holley, Modern Social Religión, págs. 211-212.

El Báb (Él mismo era una llama viviente de la que todos los demás tomaban su fuego en aquellos primeros días y a Quien en Su intensidad y poder ningún otro podía rivalizar y aproximarse) – El Báb en la perfección y la pasión de Su amor espiritual – era el modelo y el brillante ejemplo entre todos ellos.

En una ocasión en que algunos amigos de El Báb Le expresaron su temor por Su seguridad personal, Él respondió:

"No temáis… He venido a este mundo para dar testimonio de la gloria del sacrificio. Sabéis cuán intensamente lo añoro; comprendéis el grado de Mi renunciación. Más aún, implorad al Señor vuestro Dios que apresure la hora de Mi martirio y que acepte Mi sacrificio. Regocijaos, porque tanto Yo como Quddús seremos sacrificados en el altar de nuestra devoción al Rey de la Gloria. La sangre que estamos destinados a derramar en Su sendero regará y dará nueva vida al jardín de nuestra felicidad inmortal. Las gotas de esta sangre consagrada serán la semilla de la que brotará el poderoso Árbol de Dios, el Árbol que reunirá bajo Su sombra, que todo lo abarca, a los pueblos y razas de la tierra".[13]

Aquel sagrado adagio que Nabíl aplica al mártir Quddús parecería ser aplicable casi con la misma exactitud a muchos de sus compañeros bábís:

"Quien Me busque, Me encontrará.
Quien Me encuentre, será atraído hacia Mí.
Quien sea atraído hacia Mí, Me amará.
Quien Me ame, Yo también, le amaré.
Aquel a quien Yo ame, le mataré.
Aquel a quien mate, Yo mismo seré su rescate."

Si hiciera falta otra cita de aquella edad heroica para mostrar el espíritu de los bábís de aquella época, podría ser el grito del joven Hujjat cuando, en la persecución de Zanján, acababa de ver morir a su querida mujer y a su hijo asesinados.

"Profundamente apenado, rehusó ceder ante su dolor. 'El día en que encontré a tu Bienamado, ¡oh mi Dios!', exclamó, 'y reconocí en Él la Manifestación de Tu eterno Espíritu, previ los sufrimientos que padecería por Ti. Por grandes que hayan sido hasta el momento mis pesares, no se pueden comparar con las agonías que estaría dispuesto a sufrir por Tu Nombre. ¿Cómo puedo comparar esta vida miserable, la pérdida de mi mujer y mi hijo y el sacrificio del grupo de mis parientes y compañeros, con las bendiciones que el reconocimiento de Tu Manifestación me ha conferido? ¡Ojalá tuviera mil vidas y poseyera todas las

[13] Nabil, págs. 140-141.

riquezas de la tierra y su gloria, para que pudiera renunciar a todo libremente y con alegría en Tu Sendero!”.[14]

Desconcertados en sus esfuerzos por detener esta influencia, los mullás, por medio de una persecución insistente a la que ya se ha hecho referencia, trataron de destruir el bien con el mal y de matar al amor con el odio. La nueva Fe fue proscrita y sus seguidores sujetos a una persecución violenta e implacable. Los bábís, y después los bahá'ís, fueron insultados, sacados de sus casas, reducidos a la miseria, golpeados, exiliados, hechos desfilar bajo torturas por las calles, recapacitados, despedazados o masacrados indiscriminadamente a docenas o centenares. El cuchillo y la cachiporra, el agua hirviendo y el fuego lento: éstas y otra parecidas fueron las armas de la jerarquía religiosa contra los objetos de su furor. Pocos de los fieles se acobardaron por la tortura; pocos dudaron; muchos fueron hacia la muerte cantando exultantes la canción de amor de los mártires y soportaron sus sufrimientos con bendiciones en los labios. Así han dado sus vidas a millares por la Causa Bahá'í.

Al igual que sucediera en épocas pasadas, también hoy la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia. El Amor que Dios había encendido en el mundo sobrevivió sin que nadie pudiera apagarlo o reducir su intensidad. Se extendió por todas direcciones, al este y al oeste, atravesando continentes, saltando mares, consumiendo todas las barreras, sin límites que pudieran detenerlo. Por el momento, apenas una pequeña fracción de la raza humana ha percibido Su influencia. Sin embargo, bajo la bandera de Bahá'u'lláh se encuentran ya unidos hombres de muchas lenguas y diversas lealtades con un lazo más fuerte que el de los intereses comunes o la sangre. El Amor divino reflejado en su corazón ha consumido los prejuicios y la incomprensión y ha hecho de ellos una sola cosa. Para hombres así la tierra en toda su extensión es un solo reino y un solo hogar, donde todos los hombres piensan, sienten y actúan como hermanos bajo la égida de un Rey Padre.

Este Amor que Dios está vertiendo ahora en medida infinita sobre la consciencia de la humanidad que despierta lentamente, es el Poder que regenerará la naturaleza humana y creará con hechos y de Verdad un Nuevo Ciclo y una Nueva Tierra.

[14] Nabil, pág.. 572.

Conclusión

Así es la doctrina de Bahá'u'lláh sobre la unidad original y esencial de la raza humana, sobre la unidad de sus religiones, sobre la unidad de su desarrollo bajo la Guía Divina.

Así es también la historia de los esfuerzos de Bahá'u'lláh por llevar a los hombres las nuevas del milenio y por inculcar en ellos el ideal de armonía universal y la práctica de la paz universal.

¿No hay en todo esto un mensaje para un mundo que se hunde cada vez más profundamente en la angustia política y económica, avanzando dificultosamente entre esperanzas deshechas, entristecido por la desilusión, acosado por temores crecientes y buscando olvidar sus miserias con extravagancias precipitadas y excesos pasionales?

Desde la publicación de la primera edición de este trabajo, el progreso y la consolidación de la Causa Bahá'í ha sido el logro más señalado y esperanzador de la historia espiritual contemporánea.

La Fe ha demostrado estar a prueba de esas fuerzas desintegradoras que han corroído el tejido de la sociedad humana, han sacudido o destruido sus instituciones y han producido la caída de su orgullosa y poderosa civilización. Mientras un mundo desilusionado y sin visión andaba a la deriva de aflicción en aflicción, de una crisis incontrolable a otra, se ha extendido al Oriente y Occidente hasta haber alcanzado a más de ochenta países[15], ha preservado la integridad y la exaltación de sus enseñanzas, ha coordinado sus actividades en expansión, ha desarrollado su Orden Administrativo y ha animado a sus seguidores con un entusiasmo que les lleva continuamente adelante hacia nuevas empresas y nuevos triunfos.

Es adecuado, por lo tanto, que esta edición (sobre todo teniendo en cuenta que su autor se ha identificado ahora con la Fe bahá'í) se cierre con una nota de esperanza y confianza aún más rotunda que la anterior. Para todos los que son capaces de ver la situación espiritual del mundo como un todo, es evidente que la humanidad no construirá nunca una nueva civilización, ni escapará de la ruina de la antigua, a no ser que adopte en su totalidad los planes y consejos de Bahá'u'lláh.

[15] La Fe Bahá'í está establecida actualmente (1993) en más de 350 países independientes, territorios e islas importantes; su literatura ha sido traducida y publicada en 802 idiomas y dialectos.

¿No habrán de examinar los líderes religiosos y pensadores de Occidente, detenidamente y sin prejuicios, las elevadas demandas de Bahá'u'lláh? ¿Y no habrán de conducir a sus iglesias, tras percibir cuál es la verdadera Fuente y naturaleza espiritual de esta época suprema de transición, hacia la Jerusalén celestial, para que toda la cristiandad pueda levantarse por la regeneración de la humanidad?